

Libros del Asteroide 

# Seicho Matsumoto

## Un lugar desconocido

Traducción de Marina Bornas



**Seicho Matsumoto**

Un lugar desconocido

Traducción del japonés de Marina Bornas

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada	
Un lugar desconocido	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
Colofón	

Primera edición, 2021

Título original: *Kikanakatta Basho*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

KIKANAKATTA BASHO

© Seicho Matsumoto 1975

First published in Japan in 1975 by KADOKAWA CORPORATION, Tokyo.

Spanish translation rights arranged with KADOKAWA CORPORATION, Tokyo through TUTTLE-MORI AGENCY, INC., Tokyo.

© de la traducción, Marina Bornas, 2021

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Ajay Ahdiyat

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U. Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17977-92-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

La editorial agradece la ayuda a la traducción de la Japan Foundation.



# 1

Cuando recibió la noticia, Tsuneo Asai se encontraba de viaje de negocios en la ciudad de Kobe.

Eran las ocho y media de la noche y estaba cenando con un grupo de empresarios de la industria de alimentos procesados. Asai era el encargado jefe del departamento de Alimentación del Ministerio de Agricultura y Silvicultura. Había llegado un día antes junto con el director general, el señor Shiraishi, que el mes anterior había sido ascendido desde otro departamento y no sabía prácticamente nada sobre gestión de alimentos. Ambos habían estado visitando fábricas de enlatado y plantas de procesado de jamón en la región de Osaka y Kobe, y tenían previsto dirigirse a Hiroshima al día siguiente. Aquella noche se habían reunido con algunos empresarios locales para celebrar una velada informal.

El ambiente empezaba a decaer. El director general Shiraishi, que era tres años mayor que Asai, mantenía una conversación sobre golf con el presidente de la asociación, sentado frente a él. Shiraishi tenía un hándicap de golf bajo. Además, era prácticamente un profesional en juegos de mesa como el *go* y el *shogi*, y su dominio del *mahjong* era conocido en todo el ministerio. Asai estaba sentado a su lado, bebiendo sake a pequeños sorbos mientras escuchaba al director con expresión sumisa. Consideraba que prestar atención a la cháchara de su jefe era una señal de respeto. Shiraishi hablaba en voz demasiado alta por culpa del whisky. Su carrera estaba siendo meteórica, pues había llegado a director general a los cuarenta y cinco años. A diferencia de Asai, Shiraishi había estudiado Derecho en la Universidad de Tokio y era el niño mimado del viceministro, líder de una de las facciones políticas del ministerio.

Antes del cambio de director, Asai había advertido a los empresarios de que al cabo de tan solo dos años — quizá incluso uno y medio— el nuevo director general sería trasladado a un ministerio de más relevancia, y que aquel cargo no era más que un peldaño en su ascenso hacia el éxito profesional, una simple ocupación temporal a la que no tenía previsto dedicar demasiados esfuerzos. «No aprenderá las cuestiones prácticas del trabajo, lo dejaré todo en mis manos —les dijo Asai—, pero no se preocupen: yo me encargaré. Es posible que mientras ocupe su cargo intente ganarse la admiración del personal, pero yo estaré a su lado en todo momento para guiarlo y mantenerlo bajo control.» Los empresarios eran personas sin apenas formación, por lo que solían dejar los asuntos prácticos en manos del veterano Asai. El encargado jefe mantenía una relación de perfecto entendimiento con ellos, pero delante del director general se esforzaba en disimularlo. En la universidad, Shiraishi había dedicado su tiempo libre a perfeccionar pasatiempos como el *go*, el *shogi* o el *mahjong*, mientras que Asai era hijo de una familia humilde que había conseguido con muchos esfuerzos graduarse en una universidad privada y ahora ocupaba un puesto en un departamento gubernamental. Ambos hombres eran tan diferentes que no parecían de la misma especie.

En la sala había unas veinte geishas. Enfrente del director general se encontraba la más destacable. Resultó que la muchacha también jugaba al golf, y se había unido a la conversación. Su presencia frente a Shiraishi durante toda la velada, que ya se acercaba a su fin, parecía una maniobra del vicepresidente de la asociación local de empresarios de alimentos procesados, el señor Yagishita. Al menos eso era lo que Asai sospechaba. Yagishita se dedicaba a la producción de jamón y salchichas.

De repente, alguien susurró algo al oído de Asai y este pensó que se trataba de Yagishita, que se había levantado del asiento desde donde analizaba todas las reacciones del director general. Pero no era Yagishita, sino una de las camareras del lujoso restaurante.

—Tiene una llamada de su casa —dijo la muchacha en voz baja.

Asai no se levantó enseguida. Salir precipitadamente habría sido una falta de respeto para con el director general. Para ganar tiempo, cogió el vaso de sake de la mesa y bebió un sorbo. Mientras fingía interesarse por la conversación de su jefe, se preguntó cuál sería el motivo de aquella llamada tan tardía. A pesar de que solía viajar bastante por trabajo, su esposa Eiko casi nunca le llamaba, y con ellos no vivía nadie más. Cuando tenía previsto hacer un viaje largo, su mujer invitaba a su hermana pequeña a casa para que le hiciera compañía. Aquel viaje iba a durar cinco días, así que su cuñada debía de estar con ella. Una llamada de Tokio a aquellas horas de la noche no presagiaba nada bueno. Si bien era cierto que no había pisado el hotel en todo el día, ¿qué podía ser tan urgente

como para que Eiko, que casi nunca le llamaba, se viera obligada a localizarlo en el restaurante? No podía ser un asunto doméstico trivial que se le hubiera ocurrido consultarle precisamente entonces.

Después de aproximadamente un minuto, Asai se levantó en silencio del cojín donde estaba sentado sobre sus talones. Su jefe estaba de espaldas a él, enfrascado en su conversación con el vicepresidente. Al incorporarse, la geisha le dirigió una rápida mirada de soslayo, pero enseguida volvió a centrar la atención en Shiraiishi. Saltaba a la vista que aquella muchacha, de veintisiete o veintiocho años y la cara perfectamente ovalada, era del agrado del director general.

La camarera, que lo estaba esperando en el exterior de la sala de banquetes, condujo a Asai a través de un pasillo. Después de doblar dos equinas llegaron a una cabina telefónica. A través de la puerta de cristal se veía el auricular descolgado.

—Hola, soy yo —dijo Asai, pero nadie le respondió.

Se le aceleró el pulso. Al otro lado de la línea se oía un murmullo de voces, pero eran demasiado lejanas para descifrar lo que decían. Oyó a una mujer que sollozaba muy cerca de su oído y reconoció a su cuñada Miyako. No podía decirle nada porque estaba llorando.

—¿Qué ha pasado, Miyako? —preguntó Asai con un ligero temblor en la voz, temiendo que a Eiko le hubiera sucedido algo y no hubiera podido llamarle en persona.

—Eiko ha... —Asai no entendió el resto de la frase. Su cuñada estaba tan alterada que era difícil decir si estaba riendo o llorando.

Entonces le pareció que había dicho «muerto».

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Ha muerto. Ha sido muy repentino.

—¿Ha muerto? ¿Estás segura? —Una camarera pasó por detrás de la cabina, pero la puerta de cristal estaba firmemente cerrada y la chica ni siquiera reparó en él—. ¿Cuándo ha sido?

Una fuerte oleada de sollozos ahogó las palabras de su cuñada durante un buen rato.

—Hace tres horas.

¿Su mujer llevaba tres horas muerta y él no lo había sabido hasta ahora? Tres horas antes acababa de entrar en el restaurante. Antes de salir de Tokio había anotado para Eiko y Miyako su agenda de actividades previstas y los nombres de los hoteles en los que se alojaría. Miyako debía de haber llamado al hotel, donde le habrían dado el número de teléfono del restaurante. Aun así, habría podido localizarlo inmediatamente.

Asai pensó que debía de haber sido un accidente: aquello justificaría el retraso en darle la noticia. Además, su mujer debía de haber muerto fuera de casa. De lo contrario le habrían avisado enseguida. Aunque la hubieran llevado al hospital, alguien le habría llamado mucho antes.

—¿Ha sido un accidente? —preguntó.

—Soy yo —le respondió una voz diferente—. No, no ha sido un accidente. —Era el padre de Eiko. Incluso él, que vivía en Hachioji, había tenido tiempo de llegar a su casa—. Se le ha parado el corazón. Ha sido muy repentino. —Un ataque de tos distorsionó la voz turbada de su suegro, de setenta años—. Estaba en la calle. Ha sufrido un infarto y ha entrado precipitadamente en la tienda más cercana. La dueña ha llamado a Miyako, que ha ido enseguida en taxi, pero ya era demasiado tarde.

—Ya veo. ¿Y ha sido la dueña de la tienda quien ha llamado a la ambulancia? —preguntó Asai, haciendo un esfuerzo por dominar sus emociones.

—En realidad, había una clínica de medicina general a unos doscientos metros y enseguida ha ido un médico. Pero su corazón ya había dejado de latir.

Eiko estaba delicada del corazón. Dos años antes había sufrido una angina de pecho.

—¿Dónde está ahora?

—La han traído a casa hace una hora. Miyako ha llamado a tu hotel para preguntar dónde estabas. —Parecía que su suegro intentara excusarse por haber tardado tanto en avisarle. A través del auricular oía llorar a Miyako y a otra persona, que le pareció el hermano pequeño de su mujer—. ¿A qué hora llegarás?

—Los trenes bala ya no circulan a esta hora. Si consigo llegar a tiempo al aeropuerto, volveré en avión. Si no, tomaré el tren nocturno que llega a Tokio mañana por la mañana.

—Te estaremos esperando. En fin, es una tragedia. Procura... —Su suegro seguramente iba a decirle que procurase mantener la calma y regresar a casa sano y salvo, pero la voz se le quebró. Casi parecía que le pesara más

el hecho de haberle fallado a su yerno avisándole tan tarde que la muerte de su propia hija.

Asai salió de la cabina e hizo una seña a una camarera que pasaba por el pasillo.

—¿Hay algún avión que vuele a Tokio esta misma noche?

La muchacha se arremangó una de las mangas violeta del kimono que llevaba y consultó un pequeño reloj de pulsera.

—Son casi las nueve y diez y el último avión despegó a las nueve y media, así que me temo que ya no le da tiempo a llegar al aeropuerto de Itami. —El restaurante tenía muchos clientes de la capital, por eso el personal conocía de memoria el horario de los vuelos—. ¿Necesita regresar ahora?

—Sí. ¿A qué hora sale el expreso?

—Hay uno que sale de Sannomiya a las diez y cinco y llega a Tokio mañana, sobre las nueve y media.

—Pues tomaré este. ¿Puede llamar a un taxi?

—¿Para una persona?

—Sí, regresaré yo solo. Es una emergencia.

Mientras recorría el pasillo de vuelta a la sala de banquetes, decidió pedirle al vicepresidente Yagishita que atendiera al director Shiraishi. No podía pedir al ministerio que enviaran a un sustituto, así que su jefe tendría que completar solo los dos días de visitas que todavía tenía por delante. Un hombre como él, al que le gustaba darse aires de importancia, se sentiría humillado viajando sin acompañante. Se planteó pedir un sustituto a la delegación de Hiroshima, pero descartó la idea porque le pareció irrespetuoso dejar al director general y a los empresarios con alguien que no fuera de la sede del ministerio. A pesar de la conmoción de haber perdido a su mujer de forma tan repentina, Asai estaba completamente centrado en resolver los asuntos del trabajo.

Cuando volvió a la sala de banquetes ya habían servido el último plato. Su jefe estaba dando buena cuenta de un cuenco de arroz con besugo y té verde. La geisha seguía entreteniéndolo. Después de que Asai le hiciera una reverencia a Shiraishi y se sentara, la muchacha le preguntó si quería arroz con besugo y té verde o prefería arroz blanco.

Asai detectó en el rostro de perfil de su jefe un ligero malestar por su prolongada ausencia. Mientras sujetaba el cuenco caliente de arroz con la punta de los dedos, pensaba en la mejor forma de exponerle el asunto. No tenía tiempo que perder. La voz llorosa de Miyako todavía resonaba en sus oídos.

Asai volvió a dejar encima de la mesa el cuenco que acababa de levantar, se arrodilló y se acercó a su jefe.

—Señor Shiraishi, le pido disculpas de antemano —le susurró al oído. Su jefe se inclinó en su dirección, frunciendo la frente para indicarle que lo escuchaba—. Me gustaría pedirle que este asunto no trascendiera al resto de los invitados. —La velada no estaba tan animada como a la hora del aperitivo, pero la conversación continuaba viva—. Acabo de recibir una llamada de Tokio, desde mi casa. Parece ser que mi esposa ha fallecido repentinamente. —Shiraishi se inclinó un poco más con expresión confundida, como si no hubiera entendido bien la palabra «fallecido»—. Ha sufrido un infarto hace tres horas.

La palabra «infarto» sí que llegó a sus oídos con claridad. El director general abrió los ojos como platos y dejó el cuenco de arroz encima de la mesa. Su mirada se paseó por el comedor y finalmente se detuvo en el rostro de Asai.

—¿Estás seguro? —preguntó en el tono grave que la situación requería.

—Me temo que sí —confirmó Asai en un murmullo—. He hablado con mi suegro y mi cuñada.

—¿Estaba enferma? —inquirió su jefe, bajando la voz como había hecho Asai.

—No, gozaba de buena salud. Se ve que ha empezado a encontrarse mal en la calle, ha entrado en una tienda cercana y ha muerto en el acto.

—¡Cielo santo!

Como Asai le había pedido la máxima discreción para que la triste noticia no trascendiera, su jefe se limitó a agachar ligeramente la cabeza. Su irritabilidad mutó inmediatamente en una expresión en la que se mezclaban la compasión y el nerviosismo.

—Debes volver a Tokio ahora mismo —le ordenó en voz baja.

—Sí, señor. Lamento no poder seguir siéndole de ayuda en este viaje.

—No te disculpes, no importa —dijo Shiraishi, y consultó su reloj—. A esta hora ya no saldrán más aviones.

—No.

—¿Sabes si todavía hay trenes?

—Le he preguntado a una de las camareras y me ha dicho que hay un tren nocturno que sale a las diez y cinco.

—No tienes mucho tiempo. Más vale que te vayas, me las arreglaré solo.

—Muchas gracias, señor. Lamento las molestias que le estoy ocasionando.

—En absoluto. No te preocupes por mí.

Los representantes de la industria de alimentos procesados seguían comiendo y bebiendo ajenos a todo, pero lanzaban alguna que otra mirada de curiosidad a los dos hombres que hablaban en susurros. La geisha había tenido la discreción de no entrometerse y estaba conversando en voz baja con una de sus compañeras.

—De acuerdo. Gracias, señor.

—Iré a ofrecer mis condolencias a tu familia en cuanto regrese a Tokio.

—No será necesario, señor... Se lo agradezco mucho, pero sé que está muy ocupado.

—En cualquier caso, será mejor que te vayas. Ya encontraré el momento adecuado para decírselo a los demás.

—No hace falta que se moleste. Llamaré al vicepresidente Yagishita para que salga al pasillo un momento y le pondré al corriente yo mismo. Él informará a los demás.

—Entendido.

El director general aceptó sin vacilar, como si lo aliviara saber que no tendría que ocuparse él mismo de comunicar a los demás el infortunio sucedido en el hogar de su subordinado.

—En cuanto al resto del viaje, señor, podría pedirle al director de Asuntos Generales de la delegación de Hiroshima que le acompañara en sus visitas. Si está usted de acuerdo, le diré a Yagishita que tome las disposiciones necesarias.

—No te preocupes por nada, me las arreglaré solo.

—Pero habría que zanjar los asuntos pendientes...

—Tranquilo. Anda, vete. Todavía tienes que pasar por el hotel para recoger tus cosas, ¿verdad?

—Sí. En ese caso, señor, será mejor que me vaya.

A esas alturas, todo el mundo había advertido ya que ocurría algo excepcional. Cuando Asai se levantó del cojín, treinta pares de ojos se posaron sobre él. Asai le hizo una seña a Yagishita con la mirada y salió al pasillo. El hombre lo siguió inmediatamente.

El vicepresidente se quedó perplejo al oír la trágica noticia. Para no perder más tiempo, ambos hombres hablaron mientras caminaban hacia la puerta de salida.

—Me ha parecido raro que empezara a cuchichear con su jefe nada más regresar, pero jamás habría imaginado que se tratara de algo tan espantoso. No sé qué decir...

Yagishita agachó su cabeza calva y le hizo una profunda reverencia a Asai.

—Gracias. Para mí también ha sido muy inesperado.

—Naturalmente. Es una auténtica pesadilla. Los demás también se sorprenderán mucho cuando se enteren.

—No me ha parecido apropiado anunciar una noticia tan triste durante la cena. ¿Lo harás tú cuando encuentres el momento adecuado?

—Faltaría más. Pero aquí no tiene por qué guardar las apariencias, señor Asai. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, está usted entre amigos. No se preocupe, avisaré a los demás.

—Me gustaría pedirte otra cosa. Cuando yo me vaya, el director general tendrá que seguir viajando solo. No habrá nadie que lo acompañe. Si tuviera que venir alguien del ministerio, ya no llegaría a tiempo, pero he pensado que tú podrías llamar mañana por la mañana a Asuntos Generales de la delegación de Hiroshima y pedirle al director que vaya a recibir al señor Shiraishi a la estación y lo acompañe en mi lugar durante el resto del viaje.

—Por supuesto, no hay problema. Así lo haré. Pero no tiene por qué pensar en estas cosas en un momento como este, señor Asai —observó Yagishita en tono compasivo.

—Debo hacerlo, es mi responsabilidad. Tengo que asegurarme de dejarlo todo bien atado. No puedo permitir que los asuntos personales me distraigan del trabajo.

—Pero esto no es un asunto personal cualquiera, ¡su esposa ha fallecido! Es completamente distinto.

—Aun así, hay que saber distinguir lo laboral de lo personal. El señor Shiraishi se quedará solo, y no le gustará dar esa imagen.

—Bueno, supongo que tiene razón, pero...

—¿Me harás ese favor?

—Sí, de acuerdo. Espero que tenga un buen viaje de vuelta.

Asai se detuvo un instante y se inclinó hacia el oído de Yagishita.

—¿Qué opinas de la muchacha que está sentada enfrente del señor Shiraishi? ¿Crees que podría surgir algo más entre ambos?

Yagishita se quedó atónito ante la pregunta de Asai.

—Señor Asai, ¿de verdad le preocupan esas cosas en un momento como este?

Asai no salió de su estupor hasta más tarde. Mecido por el traqueteo del tren nocturno, sin poder dormir, se dio cuenta de que se le había olvidado preguntar dónde estaba Eiko cuando había sufrido el infarto.

## 2

Cuando terminó la ceremonia budista que se celebró siete días después del funeral de la esposa de Asai, la casa se quedó vacía de repente. Pasaría algún tiempo antes de que volviera a reunirse con sus parientes. Se organizaría otra ceremonia para conmemorar el primer aniversario de la defunción, pero Asai no sabía cuántos familiares de su esposa se presentarían al cabo de un año. Puesto que no tenían hijos, era prácticamente como si el linaje familiar hubiera acabado.

El matrimonio de Asai había durado siete años. Se había casado con Eiko a los treinta y cinco, un año después de haber perdido a su primera esposa. Eiko tenía veintisiete, ocho años menos que él, y para ella era su primer matrimonio. La casamentera le había comentado que, anteriormente, la muchacha había sido muy selectiva con sus posibles pretendientes, y que por eso sus perspectivas de casarse se habían ido reduciendo poco a poco. Cuando acordaron una presentación formal y Asai vio a Eiko por primera vez, pensó que debía de ser verdad. No tenía unas facciones especialmente hermosas, pero su expresión alegre la hacía atractiva.

Asai le expresó a la casamentera su gran interés por Eiko, quizá porque su primera esposa era muy poco agraciada. Pero la muchacha tardó bastante en darle una respuesta favorable: al parecer, no lo tenía claro. Tal vez no tenía prisa por casarse, como había demostrado en otras ocasiones, o le daba reparo que él ya hubiera estado casado. Además, Asai no confiaba demasiado en su propio atractivo: de joven nunca había tenido éxito entre las mujeres. Su mejor baza era la estabilidad que le aseguraba su empleo como funcionario, a pesar de que tenía un salario más bien modesto.

Finalmente, después de haberlo tenido en vilo bastante tiempo, ella accedió a casarse. Asai la quería, naturalmente. Su segunda esposa era como una niña: más que amarla, parecía malcriarla. Era ocho años más joven que él, pero a veces parecía sacarle doce o trece años.

Eiko, por su parte, se había acomodado a la devoción de su nuevo marido y se dejaba mimar por él. Se volvió caprichosa como una criatura. Era capaz de pasarse dos o tres días en casa sin hacer nada, tumbada en la cama, con la excusa de que estaba cansada. En lugar de reprochárselo, Asai se encargaba de cocinar, limpiar e incluso hacer la compra en el mercado.

Cuando estaba cansada, Eiko no dejaba que Asai se le acercara. Ella nunca había mostrado interés por las relaciones íntimas. Esto no significaba que no lo amara, solo que era bastante pasiva en la cama. A él le habría gustado que su esposa fuera más apasionada, pero aquello no mermaba su amor.

Ante los demás, Eiko era una mujer muy cordial y sociable. Cuando estaba en casa, en cambio, era más bien reservada. Asai solía pensar que, de puertas afuera, era una persona completamente distinta que de puertas adentro, y estaba convencido de que se aburría cuando estaban los dos solos en casa. Cuando salía, Eiko parecía revivir.

La mayoría de las veces salía con amigas de su juventud, y también con nuevas amistades que había hecho a partir de las antiguas. Al principio iba a clases de canto tradicional con sus amigas, pero más adelante cambió el canto por lecciones de *shamisen*. Cuando el *shamisen* pasó de moda, se apuntó a pintura japonesa. Últimamente, Eiko asistía a talleres de haiku impartidos por una poeta que vivía en el barrio de Suginami. Se la había presentado una de sus amigas. Eiko enseguida se cansaba de todo cuanto hacía, daba la impresión de que aborrecía la monotonía.

Afortunadamente, el haiku parecía haber calado hondo en ella. Después de dos años, aún no había dado muestras de aburrimiento. Tenía cierto talento para la poesía, y sus poemas recibían los elogios de la profesora y de sus compañeros. De vez en cuando, una de sus composiciones aparecía publicada en la portada de una revista de pequeño formato, parecida a un boletín, que editaba un grupo de aficionados a la poesía. Sus profesores de *shamisen* y de pintura japonesa también habían elogiado su trabajo, pero al parecer a Eiko le compensaba mucho más ver sus poemas publicados. Cuando pasaba desapercibida, se desanimaba. Cuando destacaba en algo, se alegraba. Siempre había disfrutado comparándose con los demás. En casa, había apartado de la mesa los pinceles y enseres de pintura japonesa y ya llevaba un tiempo coleccionando antologías de haiku y glosarios de términos poéticos.

Al parecer, las mujeres que componían haiku eran o muy mayores o muy jóvenes. Las mujeres de la edad de Eiko solían ser amas de casa con dos o tres hijos y no podían escaparse fácilmente, así que ella y sus tres o cuatro amigas eran las únicas mujeres de su generación que asistían a aquellos talleres.

Dos o tres años antes, Eiko le había preguntado a su marido: «¿Te parezco sensual?». Asai quiso saber si alguien le había hecho algún comentario al respecto. «Una persona que viene conmigo a los talleres de haiku me ha dicho que rezumo sensualidad. No lo ha dicho en el sentido vulgar, se refería más bien a una sensualidad refinada», repuso ella sonriendo. «¿Es un hombre o una mujer?», preguntó Asai, que sabía que la inmensa mayoría de asistentes a los talleres de haiku eran hombres. «Una mujer, por supuesto. Con los hombres solo hablo de poesía, no tengo suficiente confianza con ninguno para que se atreva a decirme algo semejante. Pero esta mujer me ha dicho que, si ella lo ha notado, seguro que a los hombres tampoco les pasa inadvertido.»

Como la veía todos los días, Asai no se había percatado. Sin embargo, cuando Eiko se lo comentó, se dio cuenta de que tenía razón. Constató que las líneas angulosas de su cuerpo se habían suavizado. Siempre había sido atractiva, pero ahora que se acercaba a los treinta y cinco años su encanto se había convertido en una sensualidad más madura.

«¿Sabes qué me ha pasado hoy? —le dijo otro día—. Una mujer del taller de haiku me ha dicho que siempre había pensado que yo era una señorita de compañía. Una de mis amigas le ha asegurado que no lo soy, pero aun así le ha costado creerlo. No me gusta que los demás me vean así. Creo que empezaré a vestirme de forma más recatada.»

Pero ninguna prenda de vestir, por discreta que fuera, podría haber ocultado su sensualidad, sino al contrario: solo habría servido para destacar aún más los encantos que trataba de disimular. A decir verdad, no tenía nada que ver con su forma de vestir. Era algo inherente a su cuerpo. Eiko siempre había sido una mujer muy sociable. Sus ademanes, que antes tendían a ser un poco exaltados, ahora se habían vuelto coquetos. De hecho, el propio Asai empezó a notarlo en su comportamiento, incluso en el gesto más pequeño.

Asai pensaba que el cambio que había experimentado el cuerpo de su esposa era natural. A fin de cuentas, decían que las mujeres de treinta y tantos años estaban en el punto álgido de su madurez y, por tanto, la coquetería afloraba en su cuerpo. Un día salió el tema mientras estaba tomando una copa con sus compañeros de trabajo. Uno de ellos opinó que no había nada natural en ese cambio, sino que estaba provocado por circunstancias externas. Los demás se mostraron de acuerdo. Decían que una mujer de treinta y tantos años no podía alcanzar la plenitud de su madurez porque ya era demasiado madura, como una fruta pasada. Si de repente adquiría una nueva sensualidad era sin duda debido a un detonante externo. Y todos entendían lo que aquello significaba.

Sin embargo, Asai no estaba del todo de acuerdo. Sus encuentros en la cama con Eiko no eran lo bastante frecuentes ni apasionados como para ser el «detonante artificial» del cambio obrado en el aspecto físico de su mujer. Gracias a las abiertas conversaciones que mantenía con sus compañeros de trabajo sabía que sus relaciones eran diez veces más esporádicas que las de sus colegas. Suponiendo que ellos representaran la norma general, él se encontraba a mucha distancia de la media estándar. A Eiko no le interesaban las relaciones conyugales.

Para empeorar las cosas, dos años antes Eiko había tenido una angina de pecho. Había sentido un dolor repentino en el pecho que la había inquietado sobremanera y le había cubierto la lívida frente de sudor frío. Gracias a la intervención de los médicos se recuperó parcialmente y consiguió evitar lo peor, pero le diagnosticaron un infarto de miocardio leve. Estuvo una semana en el hospital haciendo reposo, pero después de aquello todavía se mostraba menos receptiva que antes a las aproximaciones de Asai en la cama. Había leído en alguna revista de medicina que un segundo infarto podría costarle la vida y había decidido extremar las precauciones: decía que era importante mantener las pulsaciones siempre al mismo ritmo y evitar sobresaltos. También por eso se había aficionado al haiku.

Según el médico no hacía falta extremar la prudencia, pues lo que se escribía en las revistas de medicina eran más bien consejos de manual que no tenían por qué tomarse al pie de la letra. Si bien era cierto que Eiko había sufrido un infarto, había sido leve, y lo mejor sería no exagerar. Lo que sí desaconsejaba era precisamente obsesionarse con el asunto.

La tensión nerviosa era ciertamente perjudicial, y por eso Eiko había decidido adentrarse en el mundo de la poesía. Pero eso era solo en el terreno espiritual: en el terreno físico reaccionó mostrándose más apática que nunca.

Por esta razón Asai discrepaba con los que decían que el atractivo sexual de una mujer madura solo podía ser provocado por factores externos. Aquello no tenía nada que ver. Para él, el cuerpo de las mujeres iba

experimentando cambios naturales a medida que maduraba. Sin embargo, no podía compartir su opinión con los demás. En caso de hacerlo, se vería obligado a confesar las intimidades de su vida matrimonial para convencer a sus compañeros, que opinaban todo lo contrario. Y aquello no le parecía motivo suficiente para revelar los detalles más privados de su relación. Así pues, cada vez que salía el tema, Asai les llevaba la contraria para sus adentros, pero lo disimulaba muy bien.

Por muy curioso que parezca, en su caso —y sabía que solo podía hablar por él—, sus propias necesidades parecían haberse adaptado de forma natural a la libido de su mujer, de forma que su deseo también se había reducido a la mínima expresión. Habría podido saciar el deseo insatisfecho fuera de casa, pagando a una prostituta o buscándose una amante, pero no le apetecía. Suponía que era porque sus necesidades estaban en plena sintonía con las de su mujer.

Sintonías aparte, había dos razones más por las que a Asai no le interesaba buscar el placer fuera de casa. En primer lugar, era un hombre que valoraba mucho el dinero. Sabía que el dinero era fundamental para tener una vida estable, y que no tener ahorros era como estar al borde del precipicio. Aquella mentalidad tenía su origen en los apuros que había vivido en el pasado, cuando había tenido que costearse los estudios trabajando y, después de muchos esfuerzos, había logrado licenciarse en una universidad privada. Le parecía un despilfarro gastarse el dinero que tanto le costaba ahorrar en un breve momento de placer con una prostituta. Además, ya no era tan fácil como antes, cuando uno se limitaba a ir al barrio rojo de la ciudad y escoger a cualquiera de las mujeres que trabajaban allí. Ahora era necesario tener contactos. De lo contrario, había que frecuentar alguna taberna y, después de varias noches, seducir a alguna de las mujeres o pedirle que te presentara a alguien. Aquello, además de ser muy engorroso, era un auténtico desperdicio de tiempo y dinero. De joven quizá podría haberlo hecho, pero era una conducta impropia de un cuarentón como él. Y si lo veía alguno de los chicos jóvenes del ministerio sería el hazmerreír de todos sus compañeros. Además, podría perjudicar su carrera como funcionario.

Asai se sentía muy orgulloso de su empleo como encargado jefe del ministerio. Este era el otro motivo por el que quería mantener los escándalos al margen de su vida privada. Había mucha gente que había antepuesto sus asuntos privados a los profesionales, y aquello les había costado la antipatía de sus superiores y la brusca interrupción de sus carreras. Algunos incluso habían dejado el ministerio y, después, habían sido incapaces de encontrar un empleo decente.

Es cierto que el ministerio no era un lugar de trabajo especialmente agradable, pero Asai no se quejaba más de lo imprescindible. Lo indignaban los funcionarios de élite, que recibían el nombre de «funcionarios civiles de carrera», pero, al fin y al cabo, aquello era propio de la burocracia japonesa y no tenía sentido luchar contra ello. Para estar enfadado con el sistema valía más dejar el trabajo. Rebelarse contra el sistema era un gesto valiente pero inútil.

Así pues, en lugar de desgastarse oponiendo una resistencia sin sentido, Asai decidió planear su propio ascenso. Si dedicaba a su trabajo la debida atención podría llegar a ser jefe de departamento. Algunas personas con el mismo currículum que él habían llegado a directores de departamento y, en contadas ocasiones, incluso a directores generales.

A decir verdad, Asai no aspiraba a tanto, pero sí que quería llegar a ser jefe de departamento antes de jubilarse. Por eso trabajaba sin descanso. Se había propuesto convertirse en un experto en las cuestiones prácticas, algo con lo que los elitistas directores generales y jefes de departamento no podían rivalizar. Esa era su única arma para poder competir con los funcionarios civiles de carrera.

De hecho, no se trataba exactamente de una competición. Solo quería asegurarse de ser la persona más fiable para lidiar con los asuntos prácticos. Los funcionarios de la élite solían considerar sus empleos en el ministerio como un peldaño temporal en su ascenso hacia el éxito social. Tenían un desconocimiento casi absoluto de las cuestiones prácticas del trabajo. Como para ellos solo era un cargo transitorio no se molestaban en familiarizarse con sus pormenores. Su única intención era comprender los principios básicos, y firmaban documentos sin haberlos leído con detalle.

Asai había decidido ser el leal asistente de sus superiores, el ayudante perfecto. Aun así, no era igual de solícito con todos ellos. Tenía buen olfato para distinguir cuál de aquellos directores llegaría a ser alguien en un futuro y cuál no. Era una intuición que había desarrollado a base de experiencia y datos objetivos. Cuando trabajaba para alguien que no tenía perspectivas de éxito también se mostraba solícito, pero no ponía todo su empeño en ello. No hacía más de lo estrictamente necesario, y deseaba en secreto que su jefe se encontrara en apuros. Lo hacía con la

máxima discreción, para no ser señalado si alguien se daba cuenta. Era su forma de desahogar a escondidas el rencor acumulado contra el sistema.

Sin embargo, todo cambiaba cuando tenía un jefe con un brillante futuro por delante, por muy mediocre que fuera. Entonces Asai lo servía con auténtica devoción, facilitándole el trabajo y, de vez en cuando, permitiendo que se llevara el mérito. Aquel jefe de sección se convertiría en director de departamento y, más adelante, en director general. Asai esperaba que cuando regresara a su departamento y volviera a ser su supervisor directo le recompensara sus servicios. Cada promoción conllevaba un aumento de sueldo, naturalmente; además de una mayor pensión de jubilación y una bonificación más suculenta.

Asai dedicaba todas sus energías a su trabajo en la administración pública, por lo que apenas le quedaba tiempo para preocuparse por el precario estado de sus relaciones íntimas con Eiko. Las cosas habían sido así desde el principio de su matrimonio, y ahora ella estaba enferma del corazón. Estaba acostumbrado a cuidarla.

Con la repentina muerte de su esposa, Asai parecía perdido después del funeral.

Había llorado desconsoladamente sobre el ataúd donde yacía el cuerpo de su mujer y, cuando había llegado el momento de meter el féretro en el crematorio a través de la puertecita, el padre de Eiko había tenido que sujetarlo por detrás y tirar de él para separarlo de su difunta esposa. Deshecho en lágrimas, Asai se preguntaba si todos los maridos que perdían a su amada esposa sentían el mismo dolor que él. ¿Todo el mundo se sentía así? Nunca se había considerado un hombre que se dejara llevar por sus sentimientos, por lo que lo sorprendió verse presa de un llanto incontrolable.

Así es como se dio cuenta de lo que sentía por Eiko. No se podía decir que sus siete años de matrimonio hubieran sido una aventura trepidante, pero con su muerte había descubierto la verdadera magnitud de su amor por ella. Él era mayor y tenía más experiencia, por lo que muchas veces la había tratado como a una niña, pero su pérdida le recordó de forma fulminante que habían sido cónyuges, dos partes iguales de un matrimonio.

Estas eran las emociones con las que continuaba lidiando cuando Miyako, la hermana de Eiko, se presentó en su casa un domingo, diez días después del funeral. El marido de Miyako, que era técnico en una empresa petrolera, tenía previsto pasar dos meses en el extranjero buscando nuevos yacimientos que explotar. Miyako solía quedarse en casa de sus padres cada vez que su marido tenía que viajar y, si Asai también estaba de viaje, Eiko la llamaba para que pasara unos días con ella. Por eso cuando Eiko murió su hermana estaba en casa de Asai.

—Debes de sentirte muy solo. —Miyako encendió una barrita de incienso para colocarla en el altar budista y vaciló un poco antes de sentarse frente a Asai. Era tres años más joven que Eiko.

—Todavía no me acabo de creer que haya muerto —respondió Asai con sinceridad—. No estaba con ella cuando exhaló el último suspiro. Ni siquiera murió en casa.

Cuando Miyako le había comunicado la triste noticia por teléfono, Asai estaba cenando en Kobe. Además, había tardado un poco en procesar en su mente el contenido de aquella conversación telefónica. Esa noche estaba metido de lleno en su papel de asistente del director general Shiraishi. Todavía no estaba seguro de que Shiraishi fuera a tener una brillante carrera dentro de la administración pública. Su esposa pertenecía a una famosa dinastía política, pero su familia no tenía contactos en el ministerio. Aun así, corrían rumores de que la señora Shiraishi estaba bien relacionada con un político muy influyente. Asai no sabía a ciencia cierta si el director general llegaría a ser viceministro o sería destinado en mitad de su carrera a un puesto más adecuado para él, como asesor en una empresa privada. Asai solo sabía que no podía bajar la guardia ni un momento, así que aquella noche estaba muy tenso. El director general Shiraishi era hijo de una familia adinerada y había sido educado como tal, de modo que tendía a ser distraído e impulsivo. Así pues, tenía que estar muy atento.

Los invitados a la cena eran los empresarios de la industria de alimentos procesados de Osaka y Kobe, por lo que aquel evento formaba parte de la agenda de trabajo de Asai. El ambiente de la velada era animado, y todos los invitados habían saludado al director general y habían recibido una copita de sake de sus manos. Enfrente de Shiraishi estaba sentada una geisha de cara ovalada. Cuando Asai regresó a su sitio después de aquella llamada, se sentía como si la noticia que acababan de darle hubiera quedado flotando en un espacio incierto. También por eso la muerte de Eiko le seguía pareciendo una realidad lejana.

—Por cierto, ¿recuerdas a la dueña de la tienda de cosméticos de Yoyogi que ayudó a Eiko el día en que murió? Ahora que ya ha pasado más de una semana, podríamos ir a darle las gracias —propuso Miyako.

—Sí, es buena idea. Llevo días pensando en ir, pero aún no había encontrado el momento. Deberíamos llevarle algún detalle como muestra de agradecimiento.

—Incluso vino al funeral y nos hizo un pequeño donativo. Cuando abrí el sobre encontré cinco mil yenes. Figúrate, a pesar de las molestias que le ocasionamos... Te conté lo del dinero, ¿verdad?

—Sí, ahora que lo dices creo que me lo contaste. ¿Sabrías llegar a esa tienda?

El lugar donde Eiko había muerto era una pequeña tienda de cosméticos situada en el distrito de Sanya, en Yoyogi.

La zona de Yoyogi había experimentado una gran transformación desde que la habían urbanizado para las Olimpiadas de 1964. Aun así, no muy lejos de las calles principales todavía se respiraba el ambiente de siempre. Aquí y allá se apreciaban vestigios del paisaje lleno de desniveles que Ryusei Kishida pintó en su cuadro *Kiritoshi no shasei*. Naturalmente, la accidentada cuesta de tierra roja que aparece en el cuadro llevaba mucho tiempo asfaltada y no quedaba ni una brizna de hierba en ella, pero los muros de piedra de ambos lados se habían reconstruido y seguían formando parte del paisaje. Los terrenos que se veían al otro lado del muro de piedra del cuadro estaban ahora ocupados por enormes residencias y bloques de pisos, y el paisaje desolado del que Kishida se había enamorado a principios del siglo xx, cuando se había mudado a Yoyogi, se había convertido en una zona residencial de lujo.

Tsuneo Asai caminaba junto a su cuñada por una de esas calles que se cruzaban con el famoso sendero del cuadro. Estaba llena de tiendas lujosas que denotaban el poder adquisitivo del vecindario. Era una cálida tarde de mediados de marzo. El sudor le goteaba por la nuca y le mojaba la bufanda.

A medida que remontaban la cuesta aparecían más mansiones recostadas contra los muros de piedra. Eran grandes, y como aquella zona no había sido devastada por la guerra, databan de una época bastante antigua. Entre aquellos viejos caserones se habían construido nuevas mansiones y bloques de pisos.

—Es una tienda pequeña que queda como encajada entre estas mansiones. Solo he estado una vez, no sé si sabré encontrarla de nuevo. Recuerdo que en la casa de al lado había un olmo muy grande. —Miyako guiaba a Asai caminando un paso por delante de él, con una cesta de fruta bajo el brazo—. ¡Ahí está! —Asai siguió la dirección que la muchacha le señalaba con el dedo y vio un gran olmo en un recodo de la calle. Tenía la copa llena de tiernos brotes y sus ramas ya empezaban a cubrirse de verde.

Cuando doblaron la calle, la casa del olmo apareció entera ante sus ojos. Encima del murete de piedra había un alto cercado de bambú de unos ciento veinte metros de largo. Al pie del cercado crecían azaleas, y por arriba sobresalían las copas de varios árboles de hoja perenne. El gran olmo se encontraba en un rincón del jardín. Una corta escalera de piedra conducía hacia un portal japonés cubierto por un pequeño tejado. Junto a la verja había una placa con el nombre «Kubo». Tanto la placa como la verja y el cercado de bambú eran muy antiguos. También lo era la casa de dos plantas que se veía parcialmente. En aquella zona había muchas parecidas.

Dejaron atrás la casa y Miyako se detuvo justo al lado. La fachada de aquel otro edificio apenas medía dos o tres metros de ancho y la planta superior quedaba escondida tras un gran letrero en el que se leía el nombre de la tienda: «Cosméticos Takahashi». El local era pequeño, pero los artículos expuestos en el escaparate lucían colores vistosos y animaban el ambiente de la tienda.

Miyako se volvió hacia Asai y le indicó con la mirada que aquella era la tienda en cuestión. Acto seguido, se quitó la fina chaqueta gris. Debajo llevaba un traje del mismo color.

Al otro lado de la tienda había una casa de estilo occidental, recién estrenada, con un garaje que aprovechaba la pendiente natural del terreno. A través de un elegante cercado de hierro se veía el césped del jardín, decorado con un conjunto de rocas dispuestas al estilo japonés. En la placa de la entrada figuraba el nombre de la familia, «Hori».

Asai también se quitó el abrigo negro y entró en la tienda detrás de Miyako. El interior era tan estrecho que no podían caminar uno al lado del otro.

La dueña era una mujer de cara redonda. Tendría unos treinta y siete o treinta y ocho años e iba ataviada con una bata blanca. Miró a Miyako y pareció reconocerla, pues primero reaccionó con una expresión sorprendida y después esbozó una pequeña sonrisa. Tenía los ojos grandes, los labios carnosos y la tez blanquísima, como si se hubiera maquillado con los productos que vendía en la tienda. Era bajita y de complexión más bien rolliza.

—Venimos a darle las gracias por lo que hizo por mi hermana... y también por haber venido al funeral y por su generoso donativo. —Miyako no se extendió más en sus palabras de agradecimiento porque su cuñado esperaba a su

lado—. Le presento al marido de mi difunta hermana. Lamentamos haber tardado tanto en venir.

Miyako retrocedió un paso para que Asai pudiera hablar con la mujer.

—Me llamo Asai —se presentó él, ofreciéndole su tarjeta de visita y haciéndole una profunda reverencia—. Quisiera pedirle disculpas por las molestias que le ha ocasionado mi familia. Sé que debería haber venido antes a darle las gracias y disculparme, pero la muerte de mi esposa fue muy inesperada para todos y tuve que preparar el funeral precipitadamente. Además, no podía venir antes de la ceremonia de los primeros siete días. Por eso vengo tan tarde a darle las gracias...

—Le acompaño en el sentimiento. ¿Ya ha pasado más de una semana? ¡A mí todavía me parece un sueño! No puedo imaginar cómo se sentirá usted...

Después de las convencionales palabras de agradecimiento, Asai dejó encima del mostrador de cristal la cesta de fruta que habían traído y un sobre que contenía tres billetes de diez mil yenes.

—No hacía falta, de verdad —dijo la dueña atropelladamente, mientras empujaba el sobre con los dedos hacia Asai.

—Debo insistir. Lo hacemos en señal de disculpa. Lamentamos mucho las molestias que le hemos ocasionado. Por favor, acepte este pequeño detalle.

Ambos se inclinaron ante la dueña, pero ella se mantuvo firme en su decisión.

—Solo hice lo que habría hecho cualquiera ante una emergencia. Además, ni siquiera pude salvarle la vida. Me sentiría mejor si todo hubiera terminado bien, pero desgraciadamente no fue así.

—Aun así, seguimos en deuda con usted —dijo Miyako, sinceramente agradecida—. Sabemos que tuvo que cerrar la tienda mientras esperaba que viniera el coche a recoger a mi hermana.

—No se preocupe por eso, no estoy tan ocupada. Solo tuve que cerrar durante dos o tres horas, el negocio no salió perjudicado. Por cierto —añadió súbitamente, como si acabara de caer en la cuenta—, no les he invitado a sentarse. La tienda es pequeña, pero si me acompañan a la trastienda podremos sentarnos.

Dicho esto, la mujer los condujo hacia el fondo del local. Al pasar por delante del mostrador, Miyako recogió el sobre con los treinta mil yenes que se había quedado sobre la superficie de cristal.

Varios expositores hacían la función de separador entre la tienda y la trastienda. Al fondo, detrás de los expositores, había una pequeña zona de visitas preparada para cuatro personas. La luz de la tienda no llegaba hasta aquel oscuro rincón, pero la dueña encendió una lámpara que colgaba del techo.

Lo convencional habría sido que Asai se hubiera ido después de darle las gracias a la mujer, pero estaba impaciente por saber por qué había entrado su esposa en aquella tienda y cómo había exhalado el último suspiro, así que se sentó en una silla al lado de Miyako. Su cuñada ya lo había puesto al corriente de los hechos, pero quería conocer los detalles de primera mano. Además, no quería parecer descortés con la mujer que había ayudado a su esposa.

La dueña desapareció unos instantes, probablemente para preparar el té. No parecía haber nadie más de su familia en la tienda, y las reducidas dimensiones del local tampoco le permitían tener empleados. Sin embargo, el negocio estaba situado en un barrio con un alto poder adquisitivo y ofrecía numerosos productos de lujo, según constató Asai después de ver un cartel que anunciaba una famosa línea de cosméticos.

Al cabo de unos instantes, la dueña regresó con tres tazas de té negro en una bandeja plateada. Todavía llevaba puesta la bata blanca.

—No tenía por qué molestarse, debe de estar ocupada. Lamentamos haberla importunado —murmuró Miyako, inclinando la cabeza a modo de agradecimiento.

—No es ninguna molestia, al contrario. No tengo mucho que ofrecerles —repuso la dueña.

A continuación, le sirvió una taza de té a Asai y le dio su tarjeta de visita. En la esquina superior derecha figuraban los logotipos de dos marcas de cosméticos de lujo con las que debía de tener un contrato especial. En el centro se leía el nombre de la tienda, «Cosméticos Takahashi», y a la izquierda figuraba el nombre de la dueña, Chiyoko Takahashi, además de su dirección y su número de teléfono en letra pequeña. No aparecía el nombre de ningún otro miembro de la familia.

Chiyoko Takahashi leyó atentamente la tarjeta de visita de Tsuneo Asai antes de dejarla enfrente de ella, en la mesita. Sin duda no le había pasado por alto su cargo como segundo encargado jefe del departamento de Alimentación del Ministerio de Agricultura y Silvicultura, pero no hizo ningún comentario al respecto y mantuvo

una expresión discreta e inalterable. Asai añadió un poco de azúcar al té y aplastó la rodaja de limón hacia el fondo de la taza con el dorso de la cucharita. Bebió un sorbo y empezó a hablar:

—Mi cuñada me hizo un resumen de lo que ocurrió aquel día, pero le agradecería mucho que me contara cómo acabó mi mujer en su tienda y qué hizo usted cuando la vio entrar.

—Faltaría más. Si no le contara lo que pasó, le estaría faltando al respeto a su difunta esposa. —Chiyoko Takahashi echó ligeramente hacia atrás su cara redonda y abrió la boca. Sus labios eran prominentes, pero estaba tan bien maquillada que no llamaban la atención, sino todo lo contrario: realzaban su atractivo—. Fue el viernes 7 de marzo, alrededor de las cuatro de la tarde. Yo estaba aquí, en la trastienda, cuando su esposa entró repentinamente. Pensé que era una clienta y le di las buenas tardes. Salí de la trastienda y me acerqué al mostrador, donde los he recibido antes a ustedes. Su mujer estaba de pie delante de mí, sin decir nada. Entonces le pregunté si quería que le enseñara algún producto, pero ella no respondió. Supongo que se esforzaba tanto por contener el dolor que ni siquiera podía abrir la boca. Al parecer, estaba caminando por la calle cuando...

—Disculpe, ¿desde dónde venía? —la interrumpió Asai.

La dueña pareció ligeramente turbada ante aquella interrupción, pero enseguida respondió:

—Venía de la izquierda. —Se lo indicó con un gesto de la mano.

Asai había venido con Miyako desde la misma dirección y sabía que la cuesta no era especialmente empinada. Si bien las cuestas no eran buenas para los enfermos del corazón, aquella no podía haberle provocado el infarto.

—De acuerdo, perdone la interrupción. —Asai le hizo un gesto con la cabeza para animarla a continuar.

—Supongo que su esposa se encontró mal mientras caminaba. Le debió dar reparo desmayarse en mitad de la calle, porque habría sido muy vergonzoso, y por eso trató de soportar el dolor y entrar en la primera tienda que encontrara. Ya se habrá dado cuenta de que en este vecindario solo hay casas grandes, mi negocio es el único de los alrededores. Imagino que se sintió aliviada al ver que se trataba de una tienda de cosméticos y entró sin vacilar ni un segundo.

Asai estaba convencido de que había sido así. Ante lo apremiante de su situación, Eiko habría entrado en cualquier local, pero seguro que se había sentido mucho más cómoda en una tienda especializada en productos femeninos.

—De repente me di cuenta de que su esposa no se encontraba bien. Me acerqué a ella y le pregunté qué le pasaba, y entonces me alargó el bolso y lo señaló con el dedo. Comprendí que quería que lo abriera y buscara su documento de identidad y el teléfono de algún familiar. Cuando lo abrí, encontré una libreta donde figuraban su nombre y su dirección.

Era la libreta donde Eiko anotaba sus ideas. Desde que había empezado el taller de haiku, nunca salía sin la libreta en el bolso. Cuando habían traído a casa el cuerpo de su mujer, el padre de Eiko le había dado el bolso a Asai y él había visto la libreta dentro.

—Pero en aquel momento no supe qué quería decirme. De pronto ella se presionó el pecho con ambas manos y se agachó, así que no pude hacer nada más que sujetarla por detrás. Al fin y al cabo, yo también estaba muy asustada.

Miyako se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Advertí que su esposa estaba blanca como la nieve. La levanté como pude y la llevé a rastras hasta la trastienda. Aquí detrás tengo una salita de estar con suelo de tatami, que es donde la llevé, pero para entonces ella ya estaba inconsciente y parecía sufrir mucho. Yo estaba sola y no sabía qué hacer. En ese preciso instante, cuando más aturdida estaba, una joven universitaria que vive en el barrio entró a comprar maquillaje y la envié a buscar al doctor Ohama... Tiene una clínica de medicina general a cinco casas de aquí, subiendo a mano derecha. Le dije a la chica que fuera corriendo y pidiera ayuda.

Asai ya conocía el resto de la historia por Miyako. El doctor Ohama había ido inmediatamente, pero su mujer ya había dejado de respirar cuando llegó. Chiyoko Takahashi había abierto el bolso de Eiko para tratar de identificarla y había encontrado la libreta. En ella figuraban su nombre y dirección, pero no había ningún número de teléfono. En la guía telefónica tampoco encontró a ninguna Eiko Asai, pues el teléfono estaba a nombre de su marido.

Puesto que en la guía también salían las direcciones, podría haber comprobado todos los Asai que aparecían en ella hasta dar con uno cuya dirección coincidiera con la de Eiko, pero la dueña de la tienda de cosméticos estaba muy alterada y no se le ocurrió.

Encontró en la libreta de Eiko el nombre y número de teléfono de algún conocido suyo y llamó. Era la profesora de haiku, que vivía en Horinouchi, en el barrio de Suginami. Fue ella quien llamó enseguida a casa de Eiko y habló con Miyako. Por eso Asai había tardado tanto en conocer la noticia de la muerte de su esposa.

Unos cuarenta minutos más tarde, cuando Chiyoko Takahashi terminó de relatar su versión de los hechos, Asai tenía ya una idea más clara de las circunstancias que habían rodeado el fallecimiento de Eiko.

—Cuanto más la escucho, más en deuda me siento con usted —dijo, inclinando la cabeza de nuevo—. Tuve la desgracia de estar de viaje de negocios en Kobe cuando ella murió.

—Sí, qué mala suerte. Debí de ser un golpe durísimo recibir semejante noticia, y más aún estando lejos de casa.

—Sí, ya lo creo.

—Y de una forma tan inesperada. ¿Acaso su esposa estaba enferma?

—No se podría decir que estuviera enferma... Había tenido síntomas, pero muy leves. Podía hacer vida normal. Iba de aquí para allá sin problemas.

—¡Qué tragedia!

En ese momento Miyako volvió a ofrecerle el sobre con los treinta mil yenes. El tira y afloja entre Chiyoko Takahashi y Asai se repitió durante un rato más hasta que, al final, la dueña acabó aceptando el dinero.

—Se lo agradezco mucho —dijo haciendo una reverencia.

Mientras estuvieron hablando no entró ni un cliente en la tienda. Tampoco parecía que hubiera nadie en las dependencias de la dueña. Chiyoko Takahashi aseguraba que también estaba sola cuando Eiko había irrumpido en la tienda y no había sabido qué hacer, hasta que entró una joven cliente del vecindario y la envió a buscar al médico. Al parecer, siempre estaba sola. Miyako decía que cuando su padre y ella habían ido en coche a recoger el cuerpo de Eiko tampoco había ningún familiar de la dueña.

Asai cogió el abrigo bajo el brazo e hizo ademán de irse. La señora Takahashi lo detuvo y le ayudó a ponérselo. Cuando ella se le acercó por detrás, a Asai le llegó un ligero soplo del perfume caro que llevaba, probablemente por exigencias de su profesión.

—Hay unas casas impresionantes por aquí —comentó Asai sin saber por qué, desviando la vista de los ojos negros y redondos de la dueña de la tienda.

—Sí, mi tienda es la más pequeña del barrio. —Chiyoko Takahashi sonrió por primera vez desde que se habían conocido. Un sinfín de arrugas aparecieron en torno a sus ojos bajo la blanca capa de maquillaje.

—He observado que vende marcas muy exclusivas —intervino Miyako—. Supongo que es lo que le piden sus clientes.

—Sí, solo vendo los mejores productos. Por lo menos, esa es mi intención.

Intercambiaron unas últimas frases de cortesía y Asai salió de la tienda con su cuñada.

—Te equivocas de camino, Tsuneo —le advirtió Miyako al ver que empezaba a subir en la dirección opuesta.

—Sí, ya lo sé. Es que me apetece andar un rato y echar un vistazo a estas casas tan magníficas.

A Asai le pareció que dar un paseo por aquel tranquilo barrio entre suntuosas mansiones le traería un poco de sosiego, y convenció a su cuñada para que lo acompañara.

Al lado de la tienda de cosméticos se encontraba la casa de estilo semieuropeo de la familia Hori, según indicaba la placa de la entrada. A su lado vieron una casa típicamente japonesa con un pino en el jardín principal y una placa en la puerta con el nombre «Ishida». Enfrente, al otro lado de la calle, una cerca de bambú asomaba por encima de un muro de cemento. En la placa figuraba el apellido «Kobayashi».

Mientras caminaba, Asai dirigió la mirada hacia lo alto de la cuesta, donde brillaba un letrero de neón que rezaba: «Hotel Tachibana».

## 4

Mientras subía la cuesta con Miyako, Asai empezó a preguntarse qué hacía Eiko en aquella calle el día que murió. No recordaba que su mujer le hubiera hablado nunca de aquel barrio.

Se lo había preguntado a su cuñada a la mañana siguiente de su precipitado regreso de Kobe en el tren nocturno.

—No tengo la menor idea —había respondido ella—. Creía que mi hermana te lo habría contado.

—No, a mí no me dijo nada. Pero tú ayer estabas en casa con ella cuando salió, ¿no? ¿No te dijo adónde iba?

—No lo concretó. Dijo que tenía que ir al barrio de Ginza a hacer algunas compras y después quería pasar a ver a alguien que conocía. Pero no me dijo dónde, y yo no se lo pregunté.

—No recuerdo que conociera a nadie en Yoyogi. Solía hablarme de sus amigas de toda la vida, y no hay ninguna que viva allí.

—A lo mejor había quedado con alguien del taller de haiku y estaba yendo o viniendo de su casa cuando sufrió el ataque.

—No conozco a ninguno de sus compañeros de haiku. No hace mucho que va a ese taller.

—¿Quieres que se lo pregunte a su profesora? Es esa mujer que acaba de llegar al velatorio.

La profesora de Eiko había acudido al velatorio junto con cinco o seis de sus compañeros. Era una elegante mujer de pelo blanco y figura rolliza. Asai no la conocía, y le sorprendió su voz ligeramente ronca.

—La señora Aoki, la profesora de haiku, me ha dicho que no tiene ningún alumno que viva en Yoyogi —le dijo Miyako a Asai cuando la mujer ya se había ido—. A lo mejor mi hermana no fue a hacer ningún recado y solo pasaba casualmente por allí de camino a otro lugar.

A Miyako no le parecía importante saber qué estaba haciendo su hermana en aquel barrio. Quizá tuviera razón y Eiko simplemente estuviera de paso.

Eiko solía salir un par de días por semana. A veces descansaba unos días en casa entre salida y salida. Otras veces, en cambio, salía en días consecutivos. La mayoría de sus salidas estaban relacionadas con los talleres de haiku, por lo que casi siempre las hacía de día.

Cuando Asai llegaba a casa después de trabajar, Eiko le hablaba de los lugares donde había estado durante el día. No le explicaba nada del otro mundo y además a Asai no le interesaba la poesía, de modo que le prestaba más bien poca atención. Lo mismo ocurría cuando Eiko asistía a clases de canto tradicional o de pintura japonesa, que a él lo dejaban completamente indiferente. Además, ella no solía estar más de tres o cuatro horas fuera de casa, por lo que siempre había regresado cuando él llegaba del trabajo.

Mientras subía la cuesta después de salir de Cosméticos Takahashi, volvió a preguntarse qué hacía Eiko en aquella calle cuando murió, y las dudas empezaron a revolotear de nuevo en su mente. Ahora que él mismo se encontraba paseando por el barrio, lo asaltó otra vez una leve sospecha que creía haber dejado atrás.

A ambos lados de la cuesta se alineaban grandes casas, tanto antiguas como nuevas. No encontraron más comercios pequeños como el de Cosméticos Takahashi, salvo una lechería.

Eiko había subido aquella calle, en la misma dirección que su marido seguía ahora con Miyako. Asai caminaba mirando fijamente el pavimento, que relucía bajo el sol. Su cuñada lo seguía a pocos pasos de distancia.

La calle torcía a la izquierda, donde llegaba a su punto más alto. Después descendía bruscamente. Las casas que se alineaban a ambos lados de la calle, más pequeñas que las anteriores, parecían despeñarse cuesta abajo como una avalancha. Asai siguió con la mirada los tejados, que bajaban formando una hilera que parecía languidecer bajo los cálidos rayos del sol, y vio un melocotonero endeble que se erigía detrás de un cercado. La calle seguía subiendo y bajando.

En lo alto de la siguiente cuesta había una travesía que desembocaba en una intersección. Al final de la calle que giraba a la derecha se encontraba la fachada del hotel Tachibana, que Asai había visto desde abajo. El pesado letrero de neón, que se aguantaba sobre unas patas de hierro oxidadas en el tejado del edificio, tenía un aspecto desolado bajo la luz del día.

El hotel Tachibana estaba rodeado por un largo muro de cemento. Había varios árboles de hoja perenne y, entre ellos, unos ciruelos que aún conservaban algunas flores. Asai pudo ver un edificio de estilo japonés de dos plantas y otro edificio de estilo occidental de unas cuatro plantas. La entrada quedaba apartada de la calle. La puerta estaba formada por dos gruesos postes de oscura madera de cedro sin pulir. Justo antes de llegar a la puerta, un corto cercado de bambú sustituía el muro de cemento. Una vez cruzado el umbral, un tramo de piedras escalonadas conducía hacia el interior, rodeadas de gravilla negra y bordeadas por arbustos de azalea. Las piedras escalonadas estaban iluminadas por una hilera de farolas de piedra, y la entrada quedaba escondida tras unas cañas de bambú. Tanto los edificios como el jardín tenían un aire distinguido. Más allá de la puerta, había una apertura en el muro de cemento para que los coches pudieran entrar en el aparcamiento.

A Asai le bastó una ojeada para imaginar la clase de clientela que debía de frecuentar aquel hotel. Al final de la calle, a mano derecha, había otro edificio con otro alto e imponente letrero de neón que anunciaba unos baños termales.

Asai se preguntó a qué clase de calle había ido a parar y se volvió para mirar atrás. Miyako caminaba a bastante distancia, con la mirada fija en el suelo. Asai no supo decir si había reparado en el hotel. Cuando iba a llamarla, cambió de opinión y siguió andando cuesta abajo en línea recta.

Oyó un coche detrás de él. La calle era estrecha, por lo que Asai y Miyako tuvieron que hacerse a un lado y detenerse para dejarlo pasar. Era un coche blanco y pequeño de dos puertas. Lo conducía un hombre de mediana edad con una chaqueta de cuero. En el asiento del copiloto viajaba una mujer joven con un abrigo rojo. La mujer rodeaba los hombros del conductor con una mano. Asai pensó en la entrada para coches del hotel Tachibana.

Un lunes por la mañana, Asai estaba recorriendo uno de los pasillos del ministerio con unos documentos bajo el brazo cuando se encontró con el director general Shiraishi, que venía desde el otro lado del pasillo. Estaban justo delante de la secretaría del ministro. Aquel día no debía de tener programada ninguna visita con comerciantes del sector, de modo que en aquella planta reinaba la tranquilidad.

Asai se detuvo y esperó a que Shiraishi lo viera.

—¡Hombre! —La corpulenta figura del director general se le acercó—. Debes de sentirte muy solo últimamente.

El hombre esbozó una sonrisa compasiva. Había ido a ver a Asai a su casa para ofrecerle el pésame. Asai tenía la intención de devolverle la visita para agradecerse una vez pasados los primeros cuarenta y nueve días de luto, pero nada más volver al trabajo ya se había encontrado con él dentro del ministerio y le había dado las gracias.

—Sí... Fue muy inesperado, porque no estaba enferma. Más que sentirme solo, se podría decir que aún no me he hecho a la idea.

—Es natural... Lo comprendo perfectamente.

Era evidente que el director general tenía algún asunto urgente entre manos, y su expresión denotaba que se había encontrado con Asai en el momento más inoportuno. Sin embargo, dada la naturaleza de la conversación, no podía limitarse a decirle cualquier cosa y pasar de largo. Se había visto obligado a detenerse y no podría escaquearse rápidamente.

—Le agradezco su amabilidad, señor Shiraishi. No quiero entretenerle más —dijo Asai con una profunda reverencia.

—Entendido. En fin, procura animarte un poco.

—Muchas gracias.

El director general se alejó a grandes zancadas.

Cuando calculó que ya se había alejado lo bastante, Asai se volvió. Shiraishi estaba enfrente del ascensor, con la vista fija en el indicador del número de planta. Cuando estaba solo, parecía un don nadie. En cambio, cuando estaba rodeado de un enjambre de subordinados y aduladores tenía el aspecto de un importante director general o, al menos, se las daba de serlo. Si estaba solo con el viceministro o el secretario en jefe, se veía desamparado y poco seguro de sí mismo, como cualquiera de los guardias de seguridad que vigilaban la entrada principal. Parecía que cualquiera fuera apto para ocupar su puesto: solo era necesario estudiar en la universidad y entrar en el ministerio rodeado de tus compañeros, todos destinados a ocupar cargos de alto rango. Después se trataba de tener la habilidad de saber moverse entre el partido político del gobierno y el de la oposición.

Asai llevaba aproximadamente una hora en su despacho cuando un hombre se detuvo al lado de su mesa y lo saludó con una pequeña reverencia. Se trataba de Yagishita, el vicepresidente de la asociación de empresarios de alimentos procesados de Kobe.

—Buenos días, señor Asai.

Yagishita tenía una expresión más compungida de lo habitual, quizá porque era la primera vez que veía a Asai desde el viaje a Kobe y quería transmitirle su pésame.

—¡Hola! ¿Cuándo has llegado? —le preguntó Asai, volviéndose en su silla giratoria. Por algún motivo, le vino a la mente el rostro del director general Shiraishi, con quien acababa de toparse en el pasillo.

—Esta mañana, sobre las once. —A continuación, el hombre le manifestó educadamente su pésame con su característico acento de Kansai.

—Gracias. La verdad es que fuiste de gran ayuda. ¿Qué te parece si bajamos a tomar un café? —propuso Asai.

—Si no está demasiado ocupado, me gustaría mucho acompañarle.

Ambos hombres bajaron al restaurante, situado en el sótano. Había pocos empleados del ministerio porque todavía era temprano para comer, pero algunas mesas estaban ocupadas por grupos de empresarios del sector.

Antes de sentarse, Yagishita apoyó ambas manos encima de la mesa e inclinó la cabeza otra vez.

—Debo decirle de nuevo cuánto lamento la pérdida tan inesperada que ha sufrido.

—Soy yo quien debe agradecerle que te tomaras tantas molestias. —Yagishita había enviado al director de la sucursal de su empresa en Tokio al velatorio y al funeral de Eiko, y le había hecho un generoso donativo de difuntos de cincuenta mil yenes.

—No hay de qué. Debería haber ido personalmente, pero el trabajo me ha tenido ocupadísimo. Hoy he tenido que escaparme para hacer las últimas gestiones para la inauguración de mi nueva fábrica. Lamento venir solo por asuntos propios.

—No te preocupes. ¿Está ya operativa la planta de Higashi-Murayama?

—Sí. Por fin conseguimos ponerla en marcha, gracias a su ayuda. —Yagishita había comprado recientemente una pequeña planta de fabricación de embutidos cuyas instalaciones había remodelado con el fin de abrir una sucursal en Tokio de la Fábrica de Embutidos Yagishita, S.A. Asai le había echado una mano con los permisos.

—Ya tenemos instalada la nueva maquinaria y hemos terminado de ampliar las instalaciones. Además, hemos superado la inspección sin problemas, por lo que dentro de tres días la planta ya estará en funcionamiento.

—¡Enhorabuena! ¿Cuántos empleados tienes?

—Hay una decena que han pedido el traslado desde Osaka, y hemos subrogado el personal de la antigua fábrica, que eran unos veinte más. Poco a poco iremos cubriendo las demás vacantes.

—Eres un lince para los negocios.

—Gracias por el cumplido. Como ya sabe, la competencia en la industria es feroz. No sabemos si la expansión a Tokio será un éxito o un fracaso.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Pues... la verdad es que sí —repuso Yagishita, ligeramente incómodo. De nuevo y sin saber por qué, en la mente de Asai afloró otra vez la imagen del director general Shiraishi esperando el ascensor.

—Por cierto, Yagishita. ¿Cómo terminó lo de Kobe después de que yo me fuera? —preguntó Asai mientras removía el café con una cucharilla.

—La verdad es que hubo una gran conmoción. Los demás no salían de su asombro cuando se enteraron de que su esposa había fallecido inesperadamente. Además, todos comentaron que era muy propio de usted no hablar de sus asuntos privados y ausentarse discretamente, y expresaron su admiración —le contó el empresario, gesticulando con ambas manos.

—Gracias. Cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar. —Asai bebió un sorbo de café y añadió, cambiando el volumen y el tono de su voz—: Pero no es esto a lo que me refería. Te pedí que te ocuparas del director general, y me preguntaba si tuviste algún contratiempo.

—¡Ah...! Ya veo. Se refiere a *aquello*, ¿verdad? —Yagishita le dirigió una mirada cargada de significado y formó con las manos la silueta de una mujer—. Sí, aquello salió muy bien —sonrió.

Asai evocó el rostro ovalado de la geisha que se había sentado enfrente del director general Shiraishi. Yagishita se había mostrado muy confiado al asegurarle que se encargaría del asunto, lo que sugería que se trataba de una muchacha de dudosa moral. Aun así, a Asai le seguía pareciendo demasiado buena para su jefe.

Yagishita lo arrancó de sus pensamientos.

—Señor Asai, ¿sabe si su jefe tiene previsto volver a viajar a Kansai en breve? —le preguntó con una sonrisa.

—Que yo sepa, no. Hace muy poco que estuvo. —Asai había respondido espontáneamente, pero entonces miró a Yagishita y captó algo en su expresión.

—Ya. ¿Se lo ha dicho él mismo?

—No —respondió Asai, mirando ahora fijamente al empresario—, el señor Shiraishi no me ha comentado nada al respecto. Son mis propias conjeturas. Le gustó Kobe, ¿verdad?

Yagishita volvió a sonreír.

—Sí, eso parece. Y para nosotros, los empresarios, sería un honor que el director general nos visitara en otras ocasiones.

—Naturalmente. En ese caso, deberíais empezar a organizarle otra visita por la región.

—Nosotros tomaremos las disposiciones que estén en nuestra mano, por supuesto, pero dudo que esto sea suficiente para que acepte nuestra invitación. Mucho me temo que el trabajo preparatorio dependerá de usted, señor Asai.

—Si le apetece, no será difícil convencerlo para que acepte.

—¿Y la próxima vez también lo acompañará usted?

—¿Yo? Yo ya fui su acompañante la última vez, ahora le toca a otro. Hay otros encargados jefe, jefes de departamento adjuntos, jefes de sección... Hay muchas personas sobradamente cualificadas.

—La Asociación puede solicitar que sea usted el acompañante del director general. Seguro que él también preferirá la compañía de un conocido. A fin de cuentas, usted estuvo con él durante toda la cena. Además, le hice saber discretamente que fuimos nosotros dos quienes organizamos lo de la geisha.

Asai esbozó una amarga sonrisa.

—¿Eso le dijiste?

—Si no se lo hubiera dicho, quizá no se habría ido con ella.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido. Además, al decírselo supo que usted estaba cuidando de él y seguro que ahora lo ve con otros ojos.

—Gracias por hacerme ese favor.

—Así, la próxima vez que el señor Shiraishi necesite a un acompañante, considerará que usted es el más adecuado. Hablaré con la Asociación de Productores para organizarlo todo, pues. —Antes de que Asai pudiera responder, Yagishita inclinó su frente calva hacia él—. Señor Asai, ¿por qué no viene a Kobe a divertirse? Espero que mi propuesta no le parezca inapropiada ahora que acaba de perder a su esposa.

Asai no supo qué responder.

—Es cierto que estuvo de viaje hace poco, pero tuvo que irse antes de que empezara lo mejor, y la verdad es que fue una lástima.

—Lo pensaré.

—Aquí todo el mundo está pendiente de usted, pero en Kobe estará a salvo de miradas indiscretas. Además, si le apetece acostarse con alguien no tendrá por qué hacerlo en un restaurante o en su habitación de hotel: podrá ir en coche a un hotel alejado para hacerlo con la máxima discreción.

—¿Hay muchos hoteles de estos en Kobe?

—Sí, ya lo creo. Los barrios de Suma y Akashi están repletos de hoteles tranquilos que ofrecen absoluta discreción incluso durante el día.

—¿Tú también vas a esta clase de sitios?

—No, yo solo voy de noche.

Cuando Yagishita sonrió, Asai no pudo evitar recordar la entrada del hotel Tachibana.

## 5

Lo que empujó a Tsuneo Asai a actuar no fue solo la conversación que mantuvo con Yagishita sobre aquellos hoteles situados en los alrededores de Kobe. Tras el fallecimiento de su esposa el germen de la sospecha había arraigado entre las paredes de su cerebro. Desde aquel domingo en el que había visto el hotel Tachibana en lo alto de la colina de Yoyogi con su cuñada Miyako, un fragmento de aquel germen se había desprendido de las paredes de su cerebro y ahora flotaba en el humor vítreo, en la parte interna de sus ojos, bloqueando con su sombra la luz que llegaba del exterior. Mientras hablaba con Yagishita, aquella sombra se proyectó y empezó a revolotear ante sus pupilas como un insecto negro. Se podría decir que había decidido actuar cuando la sombra del insecto se había vuelto más oscura.

Eiko había sufrido una angina de pecho que no le impedía hacer vida normal y no le provocaba síntomas a menos que hiciera un sobreesfuerzo, de modo que muchas veces olvidaba que estaba enferma del corazón. Aun así, existía el peligro de que tuviera un ataque si echaba a correr repentinamente, transportaba objetos pesados, se alteraba o sufría algún impacto emocional. Incluso la actividad sexual podía ser perjudicial para ella. El médico le había dicho que se anduviera con cuidado, y tanto ella misma como Asai procuraban evitarle cualquier esfuerzo excesivo.

Aquella calle era empinada, y Eiko nunca caminaba cuesta arriba para proteger su delicado corazón. Asai lo sabía muy bien. ¿Por qué su esposa había tomado aquella calle a pesar de todo? Chiyoko, la dueña de Cosméticos Takahashi, le había asegurado que Eiko estaba subiendo la calle cuando había irrumpido en su tienda, blanca como la cera.

Eiko solía hablarle de los lugares a los que iba cuando salía de casa, pero Asai no recordaba que le hubiera mencionado aquella parte de la ciudad. Cabía la posibilidad de que fuera la primera vez que iba, o tal vez hubiera estado antes y se lo hubiera ocultado a propósito. Solo eso explicaría por qué había tomado aquella cuesta. En lo alto de la colina se encontraba aquel hotel con el rótulo de neón en la azotea. Si era allí adonde se dirigía, no habría tenido más remedio que tomar una calle empinada que, en circunstancias normales, siempre procuraba evitar. No había otra forma de llegar al hotel.

Cuando Eiko salía, siempre lo hacía durante el día y no pasaba más de tres o cuatro horas fuera de casa. Solía salir un par de días por semana, a veces tres. No siempre iba a casa de su profesora de haiku, que vivía en Horinouchi, en el barrio de Suginami. Algunas veces le decía a Asai que había quedado con sus amigos y conocidos de los talleres de haiku y otras veces le contaba que había salido sola a dar un paseo en busca de inspiración para escribir un poema. Como siempre le explicaba las mismas cosas, Asai la dejaba hablar sin prestarle demasiada atención y apenas se molestaba en escucharla. Ahora caía en la cuenta de que tres o cuatro horas eran la ventana de tiempo ideal para un encuentro amoroso.

Cuando el insecto negro empezó a flotar ante sus pupilas, Asai cogió impulsivamente el cuaderno de haiku de su esposa y rebuscó entre las páginas, pero no encontró ni una palabra que pudiera servirle como pista. Era el cuaderno que Eiko había intentado enseñarle a Chiyoko Takahashi, señalándole su bolso sin poder articular ni una palabra, para pedirle que contactara con su familia.

El cuaderno contenía una lista de direcciones de todos los alumnos del taller de haiku, empezando por la profesora. No había nada sospechoso en ella. Además, en los poemas de Eiko tampoco había alusiones al amor. Su esposa solía escribir sobre la belleza de la naturaleza y su armonía con el ser humano, de modo que todos sus poemas eran retratos de paisajes. Y los lugares que describía no tenían nada que ver con el barrio de Yoyogi. Si había algún secreto entre aquellos versos, estaba muy bien escondido.

Aunque sus sospechas fueran fundamentadas, Asai no tenía la más remota idea de quién podía ser el amante de Eiko. ¿Qué clase de hombre podía haber despertado en su esposa un deseo tan imperioso como para que ella olvidara sus problemas de corazón? En los siete años que había durado su matrimonio, Asai nunca había visto a su mujer interesarse por otros hombres. Eiko era bastante indiferente a aquellas cuestiones. Nunca hablaba de amoríos

y no le gustaban las novelas románticas. Cuando ponían un culebrón o una película de amor en la televisión, cambiaba de canal o la apagaba.

Tampoco mostraba interés por el trabajo de su marido. Nunca le había preguntado cuáles eran sus tareas en el ministerio ni había hecho el menor esfuerzo por comprender a qué se dedicaba exactamente Asai. Cuando él tenía que viajar por trabajo, Eiko solo quería saber cuántos días estaría fuera, pero nunca le preguntaba adónde iba, para qué ni con quién. Lo único que le interesaba saber era cuándo volvería para poder tener la casa arreglada a tiempo. Tal era su indiferencia que, por muy tarde que llegara Asai a casa por la noche, nunca le preguntaba dónde se había entretenido durante el camino de vuelta.

Además, a Eiko no le gustaba relacionarse con las esposas de sus superiores y compañeros del ministerio. Asai comprendía que pudiera resultarle tedioso, pero las demás esposas lo soportaban estoicamente y se lo tomaban como su propia contribución a la carrera de sus maridos. Debería haberse mostrado más halagadora — sobre todo con las esposas de sus superiores— y haber intimado con ellas, pero Eiko nunca hizo ningún esfuerzo. Así era ella. No parecía tener el menor interés en el éxito profesional de su marido.

Por lo general, cuando una mujer se muestra completamente indiferente al cargo de su marido, este debe encontrar la forma de motivarse a sí mismo. El cómo depende de la personalidad de cada uno, pero Asai creía que tenía lo necesario. Como nunca había gozado del apoyo y la colaboración de su esposa, consideraba que había desarrollado el espíritu combativo propio de un hombre soltero. Si, por el contrario, una mujer se implica demasiado en la carrera de su marido y lo presiona o lo sobreprotege en exceso, uno pierde la motivación. Asai conocía muchos casos en su entorno.

La implicación de las esposas en la actividad profesional de sus maridos no es ningún indicativo del afecto que sienten por ellos. Cada mujer tiene su propia personalidad. Las acciones no son necesariamente el espejo de los sentimientos. Después de siete años de matrimonio, la relación entre Asai y Eiko era tan serena como el mar en calma. Ni siquiera las esposas completamente involucradas en las carreras de sus maridos comprenden nunca los entresijos de su trabajo. Asai siempre lo había visto así.

En las novelas, en las cartas de las lectoras publicadas en revistas femeninas y en la sección de consejos personales del periódico, Asai había leído historias de mujeres cuyo matrimonio se enfriaba y buscaban a otro hombre para llenar el vacío de sus corazones y recuperar la pasión de su vida cotidiana, pero no imaginaba que algo así llegaría a pasarle a él.

Sin embargo, si lo pensaba con detenimiento, se daba cuenta de que se había adaptado a la pasividad de Eiko sin darle más importancia. Si se hubiera mostrado un poco más atento con ella, puede que su sensualidad, escondida bajo aquella aparente apatía, se hubiera manifestado de forma natural. No había estado a la altura como amante. Además, había sido demasiado considerado con el delicado corazón de su mujer y se había moderado por miedo a perjudicar su salud. Pero las advertencias del médico solo eran consejos de manual, seguro que había otra forma de seguir manteniendo relaciones. Quizá deberían haber pedido una segunda opinión a otro especialista.

Eiko no era de las que tomaban la iniciativa en la cama, ni era en absoluto activa. Parecía no haber sido capaz de modificar o romper el rumbo que habían tomado al principio de su matrimonio. Quizá no había tenido el coraje para hacerlo. Sus costumbres en la cama, adquiridas de forma natural a lo largo de aquellos siete años de matrimonio, contenían una especie de puritanismo que la envolvía como un grueso caparazón.

O bien delante de su amante Eiko se había despojado del pudor que solía mostrar ante su marido, o bien él había conseguido eliminar todo su recato. Entonces había empezado su transformación.

Asai recordó algo que el médico les había contado en cierta ocasión: «Las cardiopatías son enfermedades que no impiden hacer vida normal, por lo que el paciente tiende a bajar la guardia. Le contaré un ejemplo. Yo tenía un amigo que también era médico y sufría del corazón. Un día estaba conduciendo para hacer una visita a domicilio cuando de repente el neumático se le quedó atascado en una zanja. Bajó del coche y, mientras intentaba levantarlo para sacarlo de la zanja, sufrió un infarto y murió. Incluso él, que era médico, se había olvidado por completo de su propia enfermedad. Por eso hay que ser precavido».

¿Quién era el hombre que había despertado en Eiko una pasión tan ardiente como para que olvidara su propia enfermedad? ¿Dónde estaba aquel amante que le había provocado un impacto tan grande como para obstruirle la arteria coronaria?

Asai se dio cuenta de que la razón por la que Eiko no leía novelas románticas ni veía películas de amor no era que no le gustaran, sino que las evitaba. No quería estimular las emociones y los sentimientos que tanto tiempo

llevaba reprimiendo. ¡Y pensar que él lo había confundido con una simple falta de interés!

Eiko había estudiado canto tradicional y pintura japonesa, por lo que sin duda tenía cierta sensibilidad. Probablemente le interesaran mucho las novelas románticas y las series de televisión, pero las evitaba para que no despertaran en ella el menor deseo.

Sin embargo, primero había dejado el canto y después la pintura; no era constante en sus aficiones. ¿Sería porque buscaba algo que no encontraba en ningún lugar? Tal vez el canto tradicional había hecho aflorar en ella demasiadas emociones, mientras que la pintura japonesa, por el contrario, era demasiado tranquila. Para componer poemas sobre la naturaleza, en cambio, se veía obligada a salir y pasear. Debió de ser entonces cuando se le presentó la oportunidad.

Asai dedujo que debió de conocer a su amante cuando empezó los talleres de haiku, dos años atrás. No creía que hubiera sido antes.

Aun así, seguía teniendo una duda. ¿Por qué Eiko estaba subiendo aquella cuesta a pie? ¿Por qué no había cogido un taxi o había pedido que la llevaran en coche?

Todas las parejas que Asai y Miyako habían visto aquel domingo mientras andaban calle arriba —tanto los que salían del hotel como la pareja que parecía entrar en él— iban en coche. Era la forma más normal de entrar y salir de aquella clase de lugares. Nadie quería que le vieran la cara, por lo que cuanto más rápido se hiciera, mejor.

Además, Eiko odiaba las cuestas. Era extraño que fuera andando cuando podría haber ido en coche. ¿Por qué había subido a pie?

Asai pasó los siguientes días sumido en estas dudas y reflexiones. No solo cuando estaba en casa, sino también en el trabajo. Revisaba documentos, redactaba borradores de propuestas, daba instrucciones a sus subordinados, se asesoraba con sus superiores, se entrevistaba con los empresarios que iban a visitarlo, asistía a reuniones y se coordinaba con los demás departamentos. A pesar de estar siempre ocupado, no dejaba de darle vueltas a las mismas cuestiones.

Finalmente, todas aquellas vagas conjeturas se ordenaron en su mente y formaron una única hipótesis, como un líquido que se acaba coagulando a base de removerlo constantemente.

Suponiendo que Eiko hubiera sufrido un infarto mientras estaba en el hotel con su amante, ¿cómo habría reaccionado él? La decisión lógica habría sido llamar a un médico, pero no quería que este se presentara allí porque se habría visto obligado a revelar su identidad. Un ataque al corazón era un asunto grave, no podía darle al médico un nombre falso. Lo primero, pues, era salir del hotel para pedir asistencia médica. El hombre habría llamado a un taxi enseguida y habría ayudado a Eiko a subir. Pero su estado debía haber empeorado rápidamente, así que la hizo bajar en mitad de la calle, probablemente al principio de la cuesta, no muy lejos de Cosméticos Takahashi. Eso explicaría por qué había entrado en la tienda desde la izquierda.

¿Por qué su amante la había hecho bajar del taxi? O se había asustado ante la agonía de Eiko o lo había hecho con buena fe, para que un médico pudiera visitarla cuanto antes. Pero, en ese caso, ¿por qué no dejarla enfrente de un hospital? Seguramente porque el hospital habría querido saber quién era el hombre que había traído a una mujer moribunda en brazos. No habría podido dejarla y esfumarse sin más. Tenía que tomar una decisión rápidamente, así que optó por echarla del taxi para que entrara en alguna de las casas del barrio y un vecino llamara a una ambulancia. Ya se encargaría otra persona de ayudarla. Para él, esa opción era sin duda la más conveniente. No se había visto obligado a revelar su nombre ni su dirección, se había limitado a dejar el problema en la calle y huir. Eiko, que se estaba retorciendo de dolor, ni siquiera habría podido abrir la boca para protestar.

Las pesquisas de Asai empezaron por el hotel Tachibana.

Después de salir del ministerio, entró en un restaurante de *oden* a tomar una copa y, a continuación, subió en taxi al hotel de Yoyogi. Cuando el taxi pasó por delante de Cosméticos Takahashi, Asai echó un vistazo al interior de la tienda. Las luces estaban encendidas, pero no había nadie. Ni siquiera vio a la dueña. Miyako le había confesado que a ella también le intrigaba esa mujer que parecía vivir sola en aquella casa. Probablemente la tienda estaba vacía porque la dueña no tenía ningún familiar que pudiera echarle una mano atendiendo, aunque tampoco había clientes. No parecía un negocio muy boyante. Había comprado cosméticos de las marcas más exclusivas anticipando buenas ventas en aquel barrio residencial de lujo: un error de principiante. Parecía una viuda que hubiera tenido la idea de abrir su propio negocio. Miyako había asumido enseguida que la señora Takahashi era viuda, y eso

había aumentado su interés por ella. Asai había notado que su cuñada lo miraba con la picaresca propia de una mujer que se dispone a hacer de casamentera.

Las grandes mansiones que se erigían a ambos lados de la calle tenían un aspecto más siniestro en la oscuridad.

El taxi se detuvo ante la verja. Las luces rojas del rótulo de neón resplandecían en lo alto del edificio, y el nombre del hotel parecía flotar en la oscuridad.

Asai entró por la verja que había visto aquel domingo y subió por las piedras escalonadas iluminadas por las farolas de piedra. Esperaba encontrar la puerta principal al fondo del jardín, pero fue a parar al lateral del edificio, donde los peldaños de piedra se bifurcaban en dos direcciones.

Mientras se preguntaba hacia dónde ir, una empleada del hotel salió del edificio oscuro que tenía al lado. Lo saludó con una reverencia y se quedó algo desconcertada al constatar que no había ninguna mujer detrás de él.

—¿Tienen habitaciones libres?

—Sí. ¿Prefiere una habitación de estilo occidental o típicamente japonesa?

—Cualquiera me va bien.

—Acompáñeme, por favor.

La empleada tomó el camino de la izquierda. En la oscuridad, Asai solo pudo distinguir algunos arbustos.

La mujer lo llevó a una pequeña habitación tradicional de ocho tatamis dividida por una puerta corrediza de papel tras la cual se encontraba el dormitorio. La puerta estaba decorada con un estampado típicamente japonés de pajaritos volando sobre las olas del mar.

En la habitación había un *tokonoma*, un cubículo elevado destinado al arte y a los arreglos florales donde un grabado de estilo *ukiyo-e* colgaba encima de un pequeño jarrón con flores. Las paredes eran de color ocre. En un rincón había un televisor y un teléfono. Cuando Asai se sentó frente a la mesita barnizada con laca roja, la empleada se retiró a la izquierda y se quedó arrodillada con ambas manos sobre el tatami.

—Bienvenido al Tachibana. Esto... ¿su acompañante llegará más tarde?

—No —respondió Asai con una sonrisa—. No vendrá nadie más. Estoy solo.

—Entendido. —La mujer no parecía sorprendida. No debía de ser el único hombre soltero que se alojaba en el hotel—. Lo lamento, pero nosotros no ofrecemos esa clase de servicio... —añadió, anticipándose a la siguiente pregunta.

—Oh, no. Siento el malentendido. No he venido por eso. En realidad, me gustaría pedirle un favor.

—¿Cómo dice?

En esta ocasión, ella sí pareció extrañarse.

—Tengo que hacerle una pregunta un tanto embarazosa... ¿Le importaría acercarse un poco más?

La mujer tendría algo más de cuarenta años y era de constitución robusta. Arrodillada en el suelo con su delantal violeta, se acercó a Asai.

—Gracias. Me resulta un poco difícil explicarlo. Aun así, he decidido hablar sin rodeos. Verá, mi mujer se fue de casa hace unas dos semanas. Me dejó por un hombre al que no conozco. —La empleada del hotel siguió mirándolo fijamente sin responder—. Hace unos días, encontré la prueba de que frecuentaba este hotel. ¿Ve la caja de cerillas que hay junto al cenicero? Pues encontré la misma en el bolso de mi esposa. —Como la empleada no respondía, Asai siguió hablando—: Tengo dos niños pequeños que echan de menos a su madre. Esta es la única razón por la que un marido abandonado se tragaría la vergüenza y vendría a preguntar por ella. Estoy dispuesto a hacer lo que sea por traerla de vuelta a casa, pero no sé dónde está. No quiero involucrar a la policía porque me interesa guardar las apariencias, y he pensado que tal vez aquí podrían decirme cómo es el hombre con el que ha huido. Si alguien pudiera describirmelo, a lo mejor sabría quién es. Ah, por cierto, he traído una fotografía de mi esposa.

El marido humillado sacó del bolsillo una fotografía y se la enseñó a la empleada.

—Comprenderá que no pueda decirle mi nombre.

## 6

Asai pensó que si se hacía pasar por un marido abandonado se ganaría la compasión de las mujeres. Especialmente de las empleadas del hotel que, por la naturaleza de su trabajo, trataban a diario con mujeres poco virtuosas. Asai estaba convencido de que cuando se liberaban del autocontrol que les imponía su profesionalidad se sentían muy inclinadas a compadecerse de los hombres víctimas de una esposa adúltera. Desde el punto de vista psicológico, aquellas mujeres habían sido entrenadas para actuar con la más absoluta indiferencia ante el comportamiento inmoral de las demás mujeres, por lo que se veían obligadas a reprimir su sentido de la justicia (y quizá también otros sentimientos, como la envidia y el odio), que estarían deseando manifestar.

La empleada examinó detenidamente la fotografía de Eiko. Al final, levantó la vista y le dijo:

—Lo lamento, señor, no la reconozco. Pero puedo preguntar si alguna otra empleada la ha visto. Con los cambios de turno, es posible que no conozca a todos los clientes.

—Lo comprendo. Si puede preguntárselo a sus compañeras me haría un favor.

—¿Está seguro? —preguntó la mujer, indecisa. Parecía albergar dudas acerca de la conveniencia de revelar detalles de la vida privada de los clientes. Por otro lado, no podía disimular su impaciencia por compartir aquella historia con sus colegas.

—Por supuesto. A fin de cuentas, he venido por eso, para preguntar por mi mujer. Solo quisiera pedirle que lo haga con la máxima discreción y que el asunto no salga de este edificio —le suplicó Asai, angustiado.

—Lo comprendo perfectamente. Guardar secretos forma parte de nuestro trabajo. No debe preocuparse por eso —lo tranquilizó la empleada, muy segura de sí misma.

—Pues entonces, adelante.

La mujer volvió a echar una ojeada a la fotografía y suspiró.

—Tiene usted una esposa muy hermosa.

—¿Usted cree?

Asai nunca había considerado que Eiko fuera una belleza, pero en la fotografía salía muy favorecida. Parecía más joven y tenía un aspecto muy moderno.

—Además, parece muy discreta.

—Yo creía que era una esposa dócil.

—Seguro que ha sido tentada por el diablo. De lo contrario, jamás habría abandonado a sus hijos.

—¿Usted cree que las mujeres discretas se dejan seducir más fácilmente por otros hombres?

—Verá... nunca se puede generalizar, pero en muchos casos es así.

—Le parecerá raro que lo diga un marido abandonado, pero mi mujer no tenía ni un solo amigo varón. De hecho, yo creía que los demás hombres no le interesaban en absoluto.

—Sé a qué se refiere, y se podría decir que esta clase de mujeres son las que más peligro corren.

—¿Por qué?

—Las mujeres que tratan a diario con otros hombres o con amigos varones aprenden a expresar abiertamente sus sentimientos. Además, saben reconocer las intenciones ocultas en los halagos de un hombre, por lo que no suelen caer en el juego de la seducción. Salvo las esposas que buscan sus propias aventuras, claro.

Asai guardó silencio, sin saber qué decir.

—En cambio, las mujeres que no se relacionan con otros hombres... No me malinterprete, me refiero a las que no conocen a ningún hombre con quien tengan una relación de amistad. Ellas tienden a guardarse sus sentimientos para sí y, en el momento en el que alguien las seduce, les dan rienda suelta y los canalizan todos hacia su amante.

Lo que la empleada quería decir era que las mujeres con una personalidad introvertida, que mantenían sus emociones encerradas en el alma, se dejaban seducir fácilmente por los hombres. Asai pensó en su matrimonio «sereno como el mar en calma» y se dio cuenta de que aquella teoría no era del todo disparatada.

—Supongo que su esposa estaba en guardia contra esa clase de hombres —dijo la empleada, y siguió hablando según su experiencia profesional—: Aun así, creo que su cautela fue vencida fácilmente. Estaba tan prevenida contra

los hombres que ya no sabía cómo eran. Hacía tiempo que tenía una imagen mental de ellos, pero el que conoció no coincidía en absoluto con esa imagen y bajó la guardia sin darse cuenta. Los hombres de hoy en día utilizan toda clase de artimañas para seducir a las mujeres.

Lo que quería decir la empleada era que cierto tipo de mujeres poseían una cautela innata para prevenirse contra los hombres, una cautela basada en un concepto generalizado del hombre. Las mujeres que no tenían trato diario con ellos atesoraban una imagen mental del «hombre peligroso» y estaban a la defensiva. Pero un hombre que conociera las artimañas necesarias podría burlar fácilmente un sistema de alarma tan poco sofisticado, colándose por la puerta trasera o por el flanco. Probablemente eso era lo que le había pasado a Eiko.

La teoría de la empleada no era una opinión cualquiera sacada de una revista femenina, pues la había forjado a partir de lo que veía en persona día tras día, por lo que era mucho más verosímil.

—¿Y qué suele ocurrir después de que una mujer casada cometa un desliz como ese? ¿Conoce algún ejemplo?

—Sí. —La mujer clavó la vista en el suelo, pero en sus labios se formó una fría sonrisa—. Al principio, a las mujeres no les gusta nada venir aquí con sus amantes. Están casadas, y supongo que se sienten muy culpables. Se muestran tímidas y asustadas, pero con el tiempo empiezan a acostumbrarse y vienen más tranquilas. Al final suelen ser ellas las que toman la iniciativa y traen a sus amantes. Se vuelven tan atrevidas que a veces nos cuesta creer que sean las mismas mujeres. Su pasión por sus amantes se convierte en una obsesión, hasta tal punto que incluso vienen a plena luz del día. A las amas de casa no les resulta difícil escaparse unas horas.

Las últimas palabras de la empleada afectaron a Asai. Eran palabras sinceras pronunciadas sin el menor deje de ironía. Era lo que hacía Eiko. Siempre salía de día, dos o tres veces por semana. Solo tenía que procurar estar en casa cuando su marido regresaba del trabajo.

—¿Y por qué esas parejas siempre van al mismo hotel? Supongo que no les resultará fácil encontrarse cada vez con las mismas empleadas, sobre todo a las mujeres.

—A las parejas jóvenes les da igual, pero las de mediana edad no suelen acudir a un hotel distinto en cada uno de sus encuentros —prosiguió la empleada, que hablaba por experiencia—. Si van cambiando de hotel, los ve mucha más gente y les da más vergüenza.

—Claro.

—Además, a diferencia de las parejas jóvenes, las de mediana edad prefieren ir a hoteles con los que ya están familiarizadas.

La empleada se retiró y Asai se quedó solo en la habitación. Mientras esperaba, una chica joven le trajo una bandeja con té y un trozo de tarta. No había pedido nada, pero la muchacha le dijo que era cortesía de la casa. Asai se dio cuenta de que su papel de marido abandonado había despertado la compasión del personal del hotel. Se imaginaba a las empleadas diciendo: «¡Pobre hombre!». Si perseveraba un poco más, obtendría buenos resultados en su investigación.

Unos cuarenta minutos más tarde, la empleada regresó acompañada por una mujer un poco mayor, ataviada con el mismo delantal violeta. Se presentó como la encargada y saludó a Asai con estas palabras:

—Mi compañera me ha puesto al corriente de su situación. Lo lamento muchísimo. Hemos enseñado la fotografía de su esposa a todas las empleadas del hotel, pero me temo que nadie la ha reconocido. Parece ser que no era clienta nuestra. Algunas de nuestras chicas jamás olvidan una cara.

La primera empleada le devolvió el retrato de Eiko. Asai no creía que le estuvieran mintiendo, pues habían sido muy amables con él desde el principio.

—Entendido. Supongo que me he equivocado de hotel.

Por un lado, Asai experimentó una ligera decepción. Por otro lado, sin embargo, se sintió aliviado.

—Ha dicho que su mujer tenía una de nuestras cajas de cerillas, ¿no es así? —preguntó la jefa. Asai había utilizado la caja de cerillas para justificar su visita al hotel Tachibana, así que ahora no podía admitir que había mentido.

—La verdad es que ahora que me fijo mejor en esa caja creo recordar que no es idéntica a la que ella llevaba en el bolso. No llegué a sacarla para examinarla, ¿sabe? No recuerdo exactamente cómo era. De lo que sí estoy seguro es de que un testigo vio a mi mujer subiendo la calle que conduce a este hotel. Por eso estaba convencido de que habría venido aquí.

La empleada y la jefa intercambiaron una mirada.

—No somos el único hotel en esta colina —dijo la jefa entonces—. Hay dos más un poco más adelante. Uno de ellos se encuentra justo al lado y se llama Midori. El otro, el hotel Mori, está un poco más alejado. Pero hay un camino más directo para llegar al Mori. Si vieron a su esposa subiendo esta calle, lo más probable es que se dirigiera al Midori.

Asai decidió seguir aquella pista. Para un hombre abandonado por su esposa era una verdadera humillación visitar todos los hoteles de citas del barrio con la fotografía de su mujer adúltera para preguntar si alguna empleada la reconocía. Pero si quería conseguir la información que necesitaba, no le quedaba otra que soportar aquella deshonra.

—Lamento haberles causado tantas molestias —se disculpó de corazón.

—No ha sido nada. Me han dicho que tiene usted hijos. Procure mantener el ánimo por ellos. Seguro que su esposa regresará por su bien.

Con estas palabras de consuelo, la encargada y la empleada lo acompañaron a la salida.

Asai salió del Tachibana y se quedó un momento en lo alto de la colina. La calle descendía completamente oscura, con sus grandes mansiones a ambos lados. Al pie de la colina se extendían las luces de la bulliciosa ciudad, que desde arriba parecía muy tranquila.

Eiko ya no volvería. Su cuerpo se había reducido a cenizas. Las custodiaban en el templo, a la espera de que el marmolista terminara de labrar la lápida que le habían encargado. Después descansarían debajo de ella.

¿Quién había sido el responsable? ¿Quién era el hombre cuyos encantos la habían cogido desprevenida y la habían arrastrado hasta la muerte? ¿Y cómo había conseguido ese hombre acercarse a Eiko por primera vez? Asai tenía la sensación de avanzar prácticamente a ciegas, y no tenía ninguna pista que le permitiera adivinar la identidad de aquel hombre.

Siguió caminando cuesta arriba, en dirección sur. Las letras rojas del rótulo de neón del hotel Midori resplandecían vívidamente en el cielo nocturno. Parecían diseñadas para estimular la lujuria, tanto de hombres como de mujeres, y nublarles la moral con el fin de atraerlos hacia un oasis de placeres.

Asai solo tardó cinco minutos en llegar a la verja del hotel. Tanto la entrada como los alrededores eran muy parecidos a los del Tachibana. El diseño también se parecía mucho, con un jardín principal hecho de grava y arbustos iluminados por farolas de piedra bajas.

Mientras Asai merodeaba frente a la verja, un hombre y una mujer entraron a toda prisa. Eran una pareja joven. No hablaban, solo se oía el crujido de la grava bajo sus pies.

Asai esperó unos instantes y luego los siguió. El único edificio que estaba iluminado era una especie de casita situada a su izquierda.

—Bienvenido —lo saludó desde allí la voz de una mujer. Una empleada salió a recibirlo y Asai se dio cuenta de que aquello debía de ser la recepción del hotel—. ¿Su acompañante llegará más tarde? —le preguntó también.

En aquel hotel debía de haber unas diez mujeres trabajando. Suponiendo que en el Tachibana hubiera un número parecido de empleadas, acabaría enseñando la fotografía de su esposa al menos a unas veinte personas. Aunque les pidiera que lo guardaran en secreto porque se trataba de un asunto privado, no podría evitar que la historia se propagara. Las empleadas que acababan de prometerle que mantendrían la boca cerrada se lo contarían a un par o tres de personas. No era tan grave que la historia se difundiera porque en ninguno de los dos hoteles había revelado su nombre ni su identidad, pero hacer circular la fotografía de su esposa era un acto muy vergonzoso que le hizo sentir miserable. Además, no tenía ninguna garantía de que sus pesquisas en aquel establecimiento fueran a ser más productivas que en el anterior. Si allí tampoco reconocían a Eiko, ¿probaría suerte en otro hotel? Y si en ese otro tampoco lo conseguía, ¿tendría que ir al siguiente y así sucesivamente hasta que hubiera inspeccionado todos los hoteles del barrio?

La encargada del Midori escuchó su historia con expresión compasiva y se llevó la fotografía de Eiko. Cuarenta minutos más tarde, aún no había regresado a la habitación donde la esperaba Asai, pues la fotografía de su mujer estaba circulando de mano en mano entre todo el personal.

—Su esposa lo ha dejado por otro hombre —explicó la dueña—. Tiene dos hijos. El marido la está buscando desesperadamente, quiere que vuelva a casa por los niños. Al pobre hombre ni siquiera le preocupa perder su reputación. Mirad, tengo una fotografía de la mujer. El marido quiere saber si ella venía aquí con su amante. ¿A alguien le suena haberla visto? Si la conocéis tenéis que decírselo. ¡Pobre hombre!

Cada una de las empleadas reaccionó con una expresión distinta al observar detenidamente la fotografía de Eiko, pero todas acabaron esbozando una mueca muy parecida a la compasión.

Cuando la dueña finalmente regresó, lo hizo acompañada por una empleada más joven y bajita que se arrodilló nerviosamente en el tatami.

—He preguntado a todo el personal y parece que su esposa nunca ha estado en este hotel. Nadie parece recordarla. —La dueña también enfatizó que sus empleadas tenían muy buena memoria. Como si quisiera demostrarlo, se volvió hacia la joven arrodillada detrás de ella—. Esta chica dice que nunca ha visto a su esposa en nuestro hotel, pero asegura que vio a una mujer en la calle que se parecía mucho a ella. ¿Se lo explicas tú misma, Senko?

La muchacha, una joven de mejillas sonrosadas que tendría unos veinticinco o veintiséis años, avanzó un poco de rodillas al oír la orden de su jefa.

—No puedo asegurarle que fuera ella, pero hace unos dos meses vi a una mujer que se le parecía mucho. Ella subía la calle y yo bajaba, así que nos cruzamos a medio camino.

—¿Qué día era? —le preguntó Asai.

La joven empleada seguía examinando la fotografía que tenía entre las manos, como si la estuviera cotejando con la imagen que conservaba en la memoria.

—No recuerdo el día exacto, pero debió de ser a mediados de mes.

—¿A qué hora?

—Sobre las dos del mediodía.

—¿Y por qué se acuerda de ella?

—Porque en aquel momento, por extraño que parezca, no había nadie más en la calle. Solo ella y yo. Normalmente me encuentro con mucha gente, pero aquel día había muy poco ajetreo. Aquel ambiente me sorprendió, por eso recuerdo a la única persona con la que me crucé.

—Y dice que se parecía a la mujer de la fotografía, ¿no?

—Sí.

—¿Recuerda cómo iba vestida?

—Me parece que llevaba un dos piezas de color beis. Debajo del cuello de la chaqueta asomaba un pañuelo marrón rojizo. Llevaba un bolso granate de piel de cocodrilo.

No había duda. Aquella indumentaria era una de las favoritas de Eiko. El bolso granate de piel de cocodrilo había sido un regalo de un empresario al que Asai había aconsejado sobre un asunto administrativo. Se lo había traído de un viaje al sureste asiático.

—Entonces dice que mi mujer, o alguien que se parecía mucho a ella, estaba subiendo esta calle, ¿no es así? ¿Está segura de que iba sola?

—Sí, completamente. Caminaba sola.

—¿A qué altura de la calle se cruzó con ella?

—Justo donde empieza la cuesta.

—Bastante abajo, por tanto.

—Sí.

—Allí hay una pequeña tienda de cosméticos. Creo recordar que se llama Cosméticos Takahashi.

La muchacha se sorprendió de que Asai conociera tan bien el barrio.

—Sí, eso es. Me crucé con ella unos veinte metros más abajo de la tienda de cosméticos. Ella caminaba cuesta arriba.

# 7

Después de salir del hotel Midori, Tsuneo Asai regresó a la esquina del Tachibana, donde la calle empezaba a descender. Consultó su reloj de pulsera bajo una farola: eran las 21.20.

A decir verdad, le habría gustado hacer una visita al hotel Mori, situado cerca del Midori, pero supuso que el personal de los hoteles de citas estaba muy ocupado a partir de las nueve, así que decidió dejarlo para otro día. Bastante cansado había sido ya visitar dos hoteles en una noche.

A ambos lados de la calle oscura, sobre los antiguos muros de piedra, se sucedían las cercas de cemento y de bambú. Apenas se filtraba luz procedente de las casas escondidas tras la densa vegetación de los jardines. A excepción de los hoteles situados en lo alto de la colina, parecía que la gente se acostaba temprano en aquel barrio residencial.

Asai se encontraba de nuevo frente a Cosméticos Takahashi. Había imaginado que las luces de la tienda se derramarían hacia la calle, pero estaba tan oscura como el resto del vecindario. La puerta principal de cristal estaba cerrada y la cortina, bajada. Era lógico que también cerrara temprano, teniendo en cuenta el ambiente del barrio. Levantó la vista hacia la primera planta, donde colgaba el cartel. No se filtraba ni un haz de luz a través de los resquicios de los postigos.

La joven empleada del Midori estaba bastante segura de haber visto a Eiko subiendo aquella calle dos meses atrás. Por su forma de describirla, no cabía duda de que era ella. También era coherente que estuviera fuera de casa a las dos del mediodía.

La muchacha había dicho que Eiko caminaba calle arriba y le faltaban unos veinte metros para llegar a Cosméticos Takahashi. Calculándolo a ojo, Asai dedujo que su mujer se había cruzado con la empleada del Midori en un punto situado entre la casa contigua a la tienda de cosméticos y la siguiente. Ambas eran casas tradicionales que conservaban intactos sus muros bajos de piedra. La casa de enfrente tenía un muro de ladrillo y era un edificio blanco de estilo occidental, por lo que se entrevía a través de los árboles.

Asai se detuvo y se volvió para mirar hacia atrás. Como la calle hacía pendiente, tuvo que levantar la vista.

Intentó ponerse en el lugar de Eiko. Había llegado andando desde el principio de la calle hasta el lugar donde él se encontraba. No parecía que hubiera aflojado el paso, por lo que su destino debía de estar más arriba. En lo alto de la colina se encontraba el hotel Tachibana. A su derecha, el hotel Midori y, un poco más allá, el Mori.

Si Eiko había subido aquella calle, lo más lógico era pensar que había entrado en uno de los hoteles, pero en los dos establecimientos que había visitado Asai le habían asegurado que no la habían visto nunca, y no tenía motivos para dudar de aquella información. Las empleadas se habían mostrado muy compasivas con aquel marido cuya mujer infiel había huido y abandonado a sus hijos.

La segunda opción, aunque menos lógica, era pensar que se dirigía a Cosméticos Takahashi. La dueña sostenía que Eiko se encontraba mal cuando irrumpió en el local, pero la joven empleada del Midori se había cruzado con ella a unos veinte metros de la tienda, es decir, en el lugar donde él se encontraba ahora. Desde allí veía las grandes letras del cartel que anunciaba una famosa marca de cosméticos.

¿Había sido una simple casualidad? ¿O significaba que Eiko había estado en aquella tienda otras veces y no solo el día en que murió?

Tal vez fuera una idea descabellada que no se le habría ocurrido si la empleada del hotel se hubiera cruzado con Eiko un poco más arriba y no justo antes de llegar a la tienda de cosméticos. Pero como la chica había visto a su mujer al principio de la calle, se veía obligado a contemplar la posibilidad de que ella se dirigiera a la tienda. Asai evocó el rostro excesivamente maquillado y los labios carnosos de Chiyoko Takahashi.

Asai tenía la vaga sospecha de que, antes de morir —por lo menos dos meses antes, cuando la empleada del Midori la había visto en aquel lugar—, su mujer frecuentaba Cosméticos Takahashi. Sin embargo, aquello era una mera conjetura que sería imposible demostrar, a menos que consiguiera alguna prueba de que Chiyoko Takahashi conocía a Eiko. Además, habría sido raro que Eiko se desplazara expresamente hasta allí solo para comprar maquillaje.

Asai decidió que aquella noche no visitaría más hoteles, y regresó a su casa solitaria y vacía. Cayó en un sueño inquieto mientras las palabras de la joven empleada del Midori seguían resonando en su cabeza.

A la mañana siguiente se despertó temprano. El reloj de pulsera, que había dejado bajo la almohada, marcaba las seis. Solo un hombre soltero o alguien que estuviera de viaje dormiría con el reloj bajo la almohada. Los familiares de Eiko apenas lo visitaban últimamente, y cada día que pasaba se sentía más abandonado.

Tumbado boca arriba, Asai se fumó un cigarrillo. Eiko no soportaba que fumara, y jamás podía hacerlo cuando ella vivía. Fantaseó con la idea de vender la casa y mudarse a un piso. Aquella casa la habían construido sus padres y tenía cerca de cuarenta años. La casa en sí carecía de valor, pero ocupaba un terreno de más de trescientos metros cuadrados. En aquella zona, el precio del terreno era de unos sesenta mil yenes por metro cuadrado, por lo que la venta le proporcionaría suficiente dinero para comprarse un lujoso piso. Sin embargo, no tenía la categoría social para vivir en un piso de lujo. Incluso los jefes de sección casados y con dos hijos vivían en modestas viviendas para funcionarios. Pensó que un piso barato se adaptaría mejor a sus necesidades, pues aún tardaría bastante en volver a casarse.

Se acabó el cigarrillo y salió al buzón a recoger el periódico. Regresó a la cama y lo abrió. Apenas había artículos interesantes, y lo que más le llamaba la atención eran las noticias relacionadas con la administración pública. Había un artículo sobre la oposición del Colegio de Médicos a la política del Ministerio de Sanidad y Bienestar. Incluía declaraciones del presidente del colegio.

Médicos... ¡Un momento! ¿Cómo no había caído antes?

Cuando Eiko había irrumpido en la tienda de cosméticos, Chiyoko Takahashi había mandado a una joven universitaria que se encontraba allí en busca del médico, que vivía muy cerca. Asai recordó las palabras que habían salido de los carnosos labios de la dueña: «La envié a buscar al doctor Ohama... Tiene una clínica de medicina general a cinco casas de aquí, subiendo a mano derecha».

A la hora de comer, Asai tomó un taxi para ir a Yoyogi. Mientras subía la empinada calle, echó un vistazo a Cosméticos Takahashi, pero la puerta seguía cerrada y las cortinas, corridas. Como si nadie hubiera entrado desde la noche anterior.

Al principio Asai pensó que a lo mejor era un día festivo para los comercios, pero luego se fijó en que todas las demás tiendas estaban abiertas. La única que estaba cerrada era la tienda de cosméticos.

Asai le pidió al taxista que se detuviera unos metros más adelante y bajó en la esquina de un estrecho callejón. La clínica del doctor Ohama se encontraba al fondo. El edificio tenía todo el aspecto de una clínica privada.

En la sala de espera no había nadie. La ventanilla del mostrador se abrió y asomó la cara de una enfermera.

—El doctor solo visita por la mañana.

—No quiero que me visite. He venido a preguntarle por una de sus pacientes.

—¿Me dice su apellido, por favor?

—Asai.

—¿La paciente por la que pregunta es familiar suya?

—Sí, era mi mujer.

—¿Y qué es lo que quiere saber?

—Me gustaría hablar con el doctor en persona.

—¿Ha traído la tarjeta sanitaria de su esposa?

—Mi mujer ha muerto.

La enfermera observó a Asai un instante y, después, su cara desapareció de la ventanilla.

Unos diez minutos más tarde, un médico rechoncho con gafas salió a la sala de espera. Tendría algo más de cuarenta años y las mejillas sonrosadas. Olía ligeramente a alcohol. Por su aspecto se diría que acababa de ponerse la bata blanca a toda prisa, pues llevaba el cuello doblado. Al verlo, Asai no pudo evitar pensar en Chiyoko Takahashi.

El médico tenía una expresión recelosa, como si temiera que Asai quisiera acusarlo de haber matado a su esposa.

Asai sacó su tarjeta de visita. El médico leyó el nombre del puesto que ocupaba, pero no bajó la guardia. Cogió una silla y la colocó frente al sofá que ocupaba Asai. Se sentó con un gesto rígido.

—Señor Asai, ¿me podría recordar cuándo visité a su esposa? —le preguntó educadamente.

—Hace unos quince días. En realidad, no era paciente suya. Sufrió un infarto en la calle y entró en la primera tienda que encontró, que resultó ser Cosméticos Takahashi. La dueña tuvo la amabilidad de avisarle a usted.

—Sí, lo recuerdo —dijo el médico enseguida, asintiendo—. Imaginaba que se trataría de aquella señora. No se me ocurría quién más podía ser —añadió, como si insinuara que no había «matado» a ningún otro paciente últimamente. En la mirada del doctor Ohama apareció una ligera expresión de alivio.

Así pues, Chiyoko Takahashi le había dicho la verdad: el médico había acompañado a Eiko en sus últimos momentos.

—¿Mi esposa ya había fallecido cuando usted llegó? Verá, aquel día yo estaba en Kansai por negocios y no sé muy bien qué fue lo que ocurrió. Solo sé lo que me han contado.

—Lamento su pérdida —dijo el médico, inclinando la cabeza por puro formalismo—. Cuando me avisaron de la tienda de la señora Takahashi, en la clínica acababa de llegar una urgencia, así que no pude ir inmediatamente. Calculo que tardé unos veinte minutos en llegar. Para entonces su esposa ya había fallecido. Tenía las pupilas dilatadas y ya no tenía pulso. No pude hacer nada por ella.

—¿No habría sido posible administrarle algún tratamiento de primeros auxilios, como una inyección de alcanfor?

—¿Alcanfor? —repitió el médico, con la expresión que debía de utilizar para responder a los familiares de sus pacientes difuntos que le pedían explicaciones sobre el tratamiento que les había administrado—. El alcanfor no tiene ningún efecto cuando el paciente ya está muerto. Cuando yo llegué, encontré a su esposa tendida en la sala de tatami del fondo de la tienda. Solo pude certificar su muerte.

—¿A qué hora llegó?

—Eran las 16.35 del 7 de marzo. Lo sé porque consulté el reloj, es muy importante hacerlo. Cuando me han anunciado su visita, he comprobado la fecha y la hora exactas en la historia clínica de su mujer. No era paciente mía, pero expedí el certificado de defunción de todas formas.

—Sí, lo recibí. Precisamente quería preguntarle por la hora de la muerte que aparece en él: «alrededor de las 16.05». Usted afirma que llegó a Cosméticos Takahashi y certificó la muerte de mi mujer a las 16.35. ¿Cómo supo que había fallecido media hora antes de que usted llegara?

—Yo no estuve presente cuando su esposa exhaló el último suspiro, pero la señora Takahashi me informó de que había dejado de respirar una media hora antes de mi llegada. Por eso en el certificado no escribí «a las 16.05» sino «alrededor de las 16.05». —El médico hablaba en un tono vehemente, defendiéndose de cualquier posible acusación por negligencia.

—Lo comprendo perfectamente, siento haberle incomodado con mis preguntas. Le ruego que no me malinterprete. Lo único que quiero saber es si es correcto que mi esposa muriera a las 16.05. O sea... no sé cómo decirlo... cuando usted examinó su cuerpo, ¿le pareció creíble que llevara media hora muerta?

El doctor Ohama se desabrochó la bata blanca y sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la camisa.

—Como ya le he dicho, yo no estuve presente en el momento en que falleció. Por eso solo puedo decirle que no llevaba mucho tiempo muerta, pero no puedo confirmarle con precisión en qué minuto y en qué segundo falleció.

El médico exhaló el humo del cigarrillo.

—Disculpe, a lo mejor no me he expresado bien. Lo que me gustaría saber es si le resultó creíble que ella hubiera muerto media hora antes de que usted llegara o si, por el contrario, le pareció extraño.

Asai esbozó una pequeña sonrisa para calmar los ánimos del médico.

—No me pareció extraño —respondió el hombre, que parecía ofendido de nuevo.

—Y si en lugar de media hora hubiera muerto cuarenta minutos antes, ¿cree que habría notado la diferencia? —preguntó Asai.

—¿Si hubiera fallecido cuarenta minutos antes? No lo sé, la verdad. Tuve que fiarme de lo que me contó la señora Takahashi, que estuvo con ella hasta el último momento.

—Claro, lo entiendo. Por eso quería conocer su opinión profesional, para saber si la versión de la señora Takahashi se sostiene desde el punto de vista médico.

—¿Hay algo sospechoso en la muerte de su esposa? —le preguntó el médico, dirigiéndole una mirada desconfiada tras los cristales de las gafas.

—No, nada en absoluto. Mi mujer sufría del corazón, pero llevaba años sin tener ningún susto. Me dijeron que sufrió un repentino infarto mientras subía la cuesta a pie, y me preguntaba si sería posible que hubiera muerto antes.

—No, no pudo ser mucho antes. Debió de fallecer media hora antes de que yo la examinara, cuarenta minutos a la sumo. En cualquier caso, estoy seguro de que no había pasado más de una hora. Si yo hubiera llegado un poco antes, tal vez habría podido practicarle un masaje cardiaco. En algunos casos de infarto es posible reanimar al paciente con un masaje, pero en el caso de su esposa ya no había nada que hacer.

—Si lo he entendido bien, doctor, ¿cabe la posibilidad de que mi mujer llevara una hora muerta cuando usted llegó a la tienda? Es decir, treinta minutos más de la hora que usted anotó en el certificado de defunción.

—¿Una hora, dice? Sí, supongo que sería posible. Tal vez cuarenta o cincuenta minutos. En cualquier caso, una hora sería el tiempo máximo. Después de una hora es mucho más sencillo determinar la hora de la muerte. El cuerpo se enfría por completo y en algunos casos se empieza a apreciar el rigor mortis en los músculos que rodean el mentón. Pero no era el caso de su esposa. Por eso en el certificado tuve que hacer constar la hora de defunción que me dijo la señora Takahashi. Usted comprende que no tuve alternativa, ¿verdad?

Asai asintió formalmente.

—Sí, por supuesto.

—Si hubiera tenido alguna sospecha, por pequeña que fuera, habría llamado a la policía y habría insistido para que le practicaran una autopsia a su esposa. Pero no era paciente mía y, a pesar de que su muerte fue fulminante, parecía atribuible a causas naturales. —El médico parecía molesto con la insistencia de Asai—. Además, al tratarse de una mujer, a la señora Takahashi le daba lástima someterla a un reconocimiento más exhaustivo. Así pues, una vez hube comprobado que se trataba de una muerte accidental, decidí expedir el certificado de defunción. —En sus palabras había un tono condescendiente que insinuaba que Asai estaba en deuda con él.

—Gracias por todo lo que hizo por ella —dijo al fin, y se inclinó en una profunda reverencia.

Asai salió de la clínica del doctor Ohama y vaciló durante un rato, intentando decidir si subir o bajar la calle principal. No conseguía quitarse de la cabeza aquel margen de error, aquellos treinta minutos adicionales respecto a la hora de la muerte que constaba en el certificado de defunción. Más que «margen de error» se podría hablar de «decalaje horario», pues el doctor Ohama había determinado la hora de la muerte según lo que le había contado Chiyoko Takahashi.

Si caminaba cuesta arriba podría visitar el hotel que le había quedado pendiente la noche anterior, el Mori. Pero entonces recordó haber visto la puerta de Cosméticos Takahashi cerrada al pasar por delante en taxi, y decidió bajar la calle.

En menos de cinco minutos estaba delante de la tienda. Una tupida cortina marrón tapaba la puerta de entrada y el escaparate. La noche anterior había pensado que la dueña había decidido cerrar temprano, pero no entendía por qué la tienda también estaba cerrada hoy. Al lado de la puerta no había ningún aviso, y tampoco se veía ni rastro de la dueña, que supuestamente vivía allí sola. Quizá por eso hacía el horario que más le convenía.

En la calle no había nadie. Reinaba la típica tranquilidad de primera hora de la tarde en un barrio residencial. Asai recordó las palabras de la joven empleada del Midori: se había cruzado con Eiko en un momento como aquel, sin tráfico, alrededor de las dos. Un poco más tarde que entonces.

Asai se acercó a la puerta de la tienda e intentó atisbar el interior a través de las cortinas. Pero el resquicio era demasiado pequeño y el local estaba a oscuras. Solo consiguió ver un objeto metálico algo brillante en la vitrina más cercana. No había nada que delatara la presencia de Chiyoko Takahashi. Aun así, siguió espiando a través de la rendija para averiguar si había movimiento en el interior.

Entonces notó una presencia detrás de él y se volvió. En la misma calle, unos diez metros más arriba, había un hombre alto de mediana edad mirando en su dirección. Llevaba un fino jersey gris y un pantalón claro, y sujetaba a un pastor alemán con una correa. Debía de ser un vecino del barrio que había sacado a pasear a su perro y ahora miraba con suspicacia a Asai, que espiaba el interior de una tienda cerrada. Como estaba a contraluz, no pudo distinguir las facciones de su rostro alargado.

Temiendo que lo confundieran con un ladrón, Asai se apartó de la puerta con deliberada parsimonia.

Asai siguió investigando, pero fue en vano. Nadie pudo identificar a Eiko cuando enseñó su fotografía en el hotel Mori y en otro hotel de estilo japonés del barrio, pequeño y un poco más alejado. Al subir y bajar echó un vistazo a Cosméticos Takahashi. En aquella ocasión, la tienda estaba abierta. Vio la silueta de Chiyoko Takahashi con su bata blanca al fondo del local, pero no se atrevió a entrar. ¿Con qué pretexto se dirigiría a ella? No tenía suficiente confianza con la mujer para dejarse caer por su tienda con la excusa de que estaba en el barrio, y tampoco tenía ningún motivo para comprar en un establecimiento donde solo vendían productos femeninos. Lo único que justificaba su presencia allí era su obsesión por reproducir los pasos de su difunta esposa.

Con el transcurso de los días, la historia de aquella empleada que había visto a Eiko subiendo la cuesta empezó a parecerle irreal. Aquel hecho aislado no demostraba nada. La empleada no conocía a Eiko, nunca había hablado con ella. Aunque tuviera buena memoria, era posible que la hubiera confundido con otra mujer y que su esposa nunca antes hubiera entrado en la tienda de cosméticos.

A pesar de que no había perdido la esperanza, Asai decidió aparcar momentáneamente sus pesquisas. A lo mejor más adelante encontraba alguna pista que arrojara luz sobre las circunstancias de la muerte de su mujer. No tenía más remedio que ser paciente. No conseguiría nada tratando de acelerar las cosas. Era igual que en el trabajo: a veces solo había que posponer los problemas más engorrosos para que la solución se presentara por sí sola.

Además, el trabajo no le dejaba suficiente tiempo para seguir investigando, y era agotador aprovechar los pocos ratos libres de que disponía para hacer cuatro indagaciones más. Aquella investigación requería continuidad. Así pues, Asai decidió que esperaría a recibir algún dato nuevo para investigarlo a fondo y mientras tanto se centraría en el trabajo. Era el que tenía más experiencia en las cuestiones prácticas de su departamento. Incluso el jefe de sección confiaba plenamente en él.

Habían pasado cinco meses desde que Asai había perdido el rastro de su difunta esposa en la colina de Yoyogi.

Era el mes de agosto, y los empleados de la sección se estaban organizando para disfrutar por turnos de las vacaciones de verano. Asai quería pedir una de las últimas semanas de septiembre. No necesitaba que hiciera calor para coger vacaciones, pues no le interesaba viajar al mar ni a la montaña. Tampoco era aficionado a los deportes, y no tenía hijos que le obligaran a tomarse un descanso.

Asai aún no había concretado qué semana de finales de septiembre quería librar porque no tenía planes específicos. No había ningún destino adonde quisiera viajar, y el trabajo lo mantenía tan ocupado que no le hubiera importado renunciar a sus días libres. Siempre había sido así. Le gustaba trabajar. Descansar era de holgazanes. A ojos de los demás sin duda había sido un marido muy aburrido.

Era un día de finales de agosto y Tsuneo Asai estaba en el metro. A diferencia de la gente joven, nunca iba al trabajo en coche. Había demasiado tráfico y los atascos lo irritaban y le parecían una pérdida de tiempo. Desplazarse en metro era mucho más rápido y no pasaba calor. Asai abrió la revista semanal que había comprado en el quiosco de la estación. Incluía un reportaje especial titulado: «¿Cuánta gente moriría en Tokio si un gran terremoto sacudiera la ciudad?». Asai cayó en la cuenta de que solo faltaban cinco días para el 1 de septiembre, el Día de la Prevención de Desastres. Cuando se acercaba esa fecha, los periódicos y revistas se llenaban de artículos parecidos. Asai aún no había nacido cuando sucedió el gran terremoto de Kanto.

El artículo decía así: «El 1 de septiembre de 1923 tuvo lugar el gran terremoto de Kanto, cuya magnitud en Tokio fue de 7,9 grados en la escala de Richter y que provocó la muerte de sesenta mil personas, muchas de las cuales no murieron aplastadas por los escombros sino víctimas de los incendios que devastaron la ciudad. La población actual de Tokio es de unos doce millones de habitantes, aproximadamente tres veces más que en 1923. Hoy en día, Tokio está formada por conglomerados de edificios altos y zonas residenciales densamente pobladas con urbanizaciones que se extienden sin límites. Si un terremoto exactamente igual al de 1923, de magnitud 7,9, azotara

hoy la ciudad de Tokio, ¿cuántas víctimas se cobraría? Hemos sintetizado las predicciones de varios expertos basadas en la situación actual y...».

Como era algo que le podía pasar a cualquiera en cualquier momento, el artículo trataba de despertar el interés y la inquietud de los lectores. Además, incluía reglas e instrucciones sobre qué hacer llegado el momento crucial.

Asai siguió leyendo el reportaje con la cabeza apoyada en el marco de la ventana del vagón. A pesar del calor, iba vestido con camisa de manga corta y corbata, y tenía la americana doblada en el regazo. La americana la llevaba por si tenía que reunirse con algún cliente importante, y la corbata era un símbolo de distinción de los funcionarios del ministerio.

El artículo decía que, si en ese momento se producía un terremoto de la misma magnitud que el de 1923, morirían al menos quinientas sesenta mil personas. Incluso un millón, según algunas predicciones. De todas ellas, solo unas dos mil morirían a causa de los derrumbamientos, mientras que el resto serían víctimas de los incendios. Exactamente igual que en el pasado.

En el peor de los casos, todas las calles y carreteras quedarían bloqueadas por los escombros y la gente no podría escapar a pie. Los coches tampoco podrían circular si todo el mundo intentaba huir simultáneamente, así que la ciudad se convertiría en una ratonera. Habría altercados entre conductores y peatones y disputas entre ciudadanos. Todo estaría rodeado de fuego y humo y la gente atrapada moriría carbonizada.

Los coches también arderían y todos los vehículos que colapsaran las calles explotarían uno tras otro, como si la ciudad se hubiera llenado de tanques de combustible. Y todas las gasolineras, situadas a quinientos metros de distancia unas de otras, estallarían también y contribuirían a alimentar el fuego. Los incendios de las calles probablemente se cobrarían más víctimas que los edificios en llamas. Eso sería distinto de lo que había pasado en 1923.

Los puntos de evacuación repartidos por toda la ciudad —parques, colegios y recintos de los templos— serían insuficientes para acoger a la marea humana que los inundaría en busca de refugio y mucha gente moriría abrasada antes de llegar. El supuesto plan de evacuación solo servía, pues, para tranquilizar a la población, no para protegerla de verdad. Las tuberías de gas subterráneas que cruzaban la ciudad a lo largo y a lo ancho emergerían a la superficie a través de las grietas del suelo y escupirían llamaradas al cielo: «Esto no es una historia fantástica. Esta catástrofe tan espantosa podría ocurrir en cualquier momento. Pronto habrá transcurrido medio siglo desde el gran terremoto de 1923 y todos vivimos acongojados. Solo este año ya se han registrado en Tokio veintitres terremotos detectables por el ser humano, once de los cuales de magnitud 2 en la escala de la Agencia Meteorológica Japonesa, y tres de magnitud 3. El sismo de magnitud 3 que tuvo lugar el 7 de marzo a las 15.25 hizo caer objetos de los muebles y estanterías, y un importante número de gente salió a la calle precipitadamente. A pesar de que los expertos niegan que ese terremoto fuera el preámbulo de uno mucho más fuerte, sus palabras no son ninguna garantía para tranquilizar a la población. En realidad, la garantía absoluta no existe».

Asai empezó su jornada laboral en el ministerio como de costumbre. Por la mañana solía estar ocupado y centrado en el trabajo, pero aquella mañana había algo que lo perturbaba y le impedía concentrarse: se trataba del artículo que había leído en el metro y que predecía las consecuencias de un gran terremoto en Tokio. En realidad, no era el artículo entero lo que lo inquietaba, sino unas palabras camufladas entre aquel texto escrito para avivar el miedo a la catástrofe: «El sismo de magnitud 3 que tuvo lugar el 7 de marzo a las 15.25...».

El 7 de marzo Asai estaba en Kobe de viaje de negocios, así que no se había enterado del terremoto de Tokio. Según el doctor Ohama, su esposa había fallecido sobre las 16.05 de aquel mismo día. ¿Habría alguna relación entre la muerte de Eiko y el terremoto de las 15.25?

Asai no lo creía. A su mujer no le daban miedo los terremotos. A los habitantes de Tokio no les quedaba otra que acostumbrarse a ellos. Y tampoco parecía probable que el sobresalto de un terremoto pudiera haberle provocado el infarto, a pesar de su delicado corazón. Hizo memoria y no recordó que Eiko se hubiera asustado ni una sola vez por un terremoto.

Asai bajó a la cafetería para almorzar. Mientras comía un plato de arroz al curry, decidió hacerle una pregunta al joven empleado que se tomaba un refresco sentado frente a él.

—¿Has leído la revista semanal *R*? Hoy publica un reportaje prediciendo un terremoto en Tokio de consecuencias catastróficas.

—No, aún no la he leído —respondió el joven, con cara de no estar muy interesado en el futuro.

—El reportaje dice que hubo un fuerte terremoto el 7 de marzo en Tokio.

—¿El 7 de marzo, dice? —El joven miró hacia el techo, como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar.

—Yo estaba de viaje de negocios en Kansai y no me enteré. Según ese reportaje, fue un terremoto de magnitud 3. Se cayeron objetos de las estanterías y bastante gente salió a la calle. Fue una sacudida considerable.

—Tiene razón, ya me acuerdo —dijo el joven sin inmutarse—. No recuerdo la fecha exacta, pero es cierto que hubo un terremoto a principios de primavera. En este edificio apenas pasó nada, pero mi mujer me dijo que en casa se cayeron algunas cosas de las estanterías. Se ve que el péndulo del reloj de pared de nuestros vecinos se paró.

—¿Se asustó mucho tu esposa?

—Me comentó que no había sido nada del otro mundo. La casa crujió durante un rato, pero paró enseguida. Y hacía demasiado frío para salir a la calle.

Los tokiotas solo hablaban de los terremotos cuando el temblor había sido excepcional. Nadie se alarmaba si caían algunos objetos ligeros de las estanterías.

Asai regresó a su departamento y entró en la sala de documentación. Cogió un extracto en formato reducido de los periódicos del mes de marzo y hojeó la edición de la mañana del día 8. Contenía un pequeño artículo que informaba sobre el terremoto: «Ayer a las 15.25 de la tarde se registró un seísmo de magnitud 3 en la ciudad de Tokio. Los ciudadanos se asustaron cuando algunos objetos cayeron de las estanterías. La Agencia Meteorológica ha situado el epicentro cerca de la península de Boso, a cincuenta kilómetros bajo el nivel del mar». No todos los ciudadanos se habían asustado, naturalmente. Se trataba de un recurso del periodista para embellecer el texto.

Asai volvió a las páginas anteriores, donde se anunciaba la previsión del tiempo: «La noche del 6 de marzo llegará un frente frío que barrerá toda la zona de Kanto durante el día 7. Las temperaturas bajarán y se situarán tres grados por debajo de la media. Es posible que nieve en las regiones montañosas».

Asai salió de la sala de documentación pensando en las palabras de su joven compañero de trabajo: «Hacía demasiado frío para salir a la calle», le había dicho su mujer. Las temperaturas eran suaves en Kansai. Cuando Asai llegó a Tokio la mañana del 8 de marzo, el frente ya había pasado y no tuvo la sensación de que hiciera un frío inusual para la época.

No era capaz de encontrar ninguna relación entre la muerte de Eiko y el terremoto, y el frente frío tampoco parecía encajar en todo aquello. Así pues, a pesar de lo mucho que lo había inquietado, decidió archivar el reportaje en un rincón de su mente.

El 1 de septiembre tampoco hubo ningún terremoto.

Un domingo de mediados de septiembre, una compañera de los talleres de haiku de Eiko visitó a Asai para entregarle una copia de la revista de la asociación. Era la mujer que había convencido a Eiko para que se uniera a la asociación, y tenía la misma edad que ella.

El titular de la publicación rezaba: «Antología póstuma de Eiko Asai».

Mieko Suzuki, la amiga de Eiko, recitó una oración ante el altar budista.

—Nuestra profesora ha seleccionado unos cincuenta poemas de los ciento cincuenta que compuso Eiko —le dijo a Asai sobre el contenido de la revista.

—¿Tantos poemas compuso?

Como a Asai no le interesaba el haiku, nunca había prestado atención a los poemas que componía su mujer, del mismo modo que tampoco había puesto nunca demasiado interés cuando ella practicaba canto o pintaba. Por eso le sorprendió que Eiko hubiera sido tan prolífica.

—Una cosa es la cantidad y otra, la calidad... —insinuó.

—No, en absoluto. Su esposa tenía un talento notable. Si hubiera vivido un poco más, habría reunido una auténtica colección de obras de arte que ninguno de nosotros habría podido igualar jamás. Nuestra profesora lamentó muchísimo su pérdida. No lo digo por compromiso, es la verdad.

—Mi mujer se habría alegrado mucho de oírlo.

Asai hojeó la revista. La antología póstuma estaba justo al principio, con los poemas ordenados por fecha de composición. Había obras de los últimos dos años. Le llamaron la atención los títulos de dos de los poemas más recientes: «El solemne Somin Shorai y la vaca de primavera» y «La floreciente luz del farolillo dorado Yamaga».

—¿Qué significan estos títulos? —le preguntó a Mieko Suzuki.

—Somin Shorai es el nombre de un dios que protege contra las desgracias, y también un talismán que se reparte en los templos. Es de lo que habla el poema. Es un hexágono alargado tallado en madera que lleva inscrito el nombre de Somin Shorai y está pintado con mucha delicadeza. La forma, el tamaño y el diseño varían según la región, pero todos tienen un aire muy solemne.

—¿Es un objeto religioso?

—Más bien un amuleto.

—¿Y la vaca de primavera?

—Había una vaca en el recinto del templo donde le dieron ese talismán a Eiko. A ella le pareció divertido el contraste entre la solemnidad del talismán y la vaca que pastaba tranquilamente bajo el ambiente primaveral.

—¿Sabe si ese templo se encuentra en los alrededores de Tokio?

Eiko había visitado varios lugares turísticos buscando inspiración para sus poemas, y también solía salir a pasear sola para documentarse.

—No sabría decírselo, yo no lo conozco. Además, puede que ni siquiera exista. En algunos de sus poemas aparecen paisajes imaginarios.

—¿Y qué es el farolillo Yamaga del otro poema?

—Yamaga es una región de aguas termales de la prefectura de Kumamoto. Allí existe una tradición ancestral que consiste en fabricar farolillos de papel y ofrendarlos al templo. En realidad, más que farolillos son elaborados diseños en papel que representan hermosas construcciones como palacios, castillos y escenarios de teatro. Lo de «dorado» se referiría probablemente a un farolillo elaborado con papel dorado. Tengo entendido que es un recuerdo que trajo de algún viaje a Yamaga. Al menos eso es lo que le dijo a la profesora cuando le entregó ese haiku.

—Eiko nunca había estado en la región de Kyushu...

—Pues lo habría visto en otro lugar. Quizá en un centro comercial, o en alguna tienda donde expusieran productos de Kyushu. Al ver el farolillo de papel dorado, se le ocurrió la idea de la luz floreciente. Este poema es especialmente brillante. Y muy femenino. Eiko tenía una imaginación desbordante. Admito que la envidiaba un poco.

—¿De veras?

Sus últimas aficiones —primero el canto, después la pintura japonesa y finalmente el haiku— demostraban que, en efecto, debía de haber sido una mujer muy creativa.

—Es una verdadera lástima que nos haya abandonado tan pronto. No puedo imaginar cómo se sentirá usted —dijo Mieko Suzuki, visiblemente sorprendida de que Asai fuera capaz de arreglárselas con la única ayuda de una anciana vecina que le echaba una mano con las tareas domésticas durante el día.

A finales de septiembre hubo una redistribución de plantilla. Cambiaron al jefe de sección y Asai se convirtió en su adjunto. Aunque fuera un ascenso más bien modesto, se lo había ganado por méritos propios, pues él no era un funcionario de carrera. Solo le faltaba un último esfuerzo para convertirse en jefe de sección. Al final, Asai terminó renunciando a sus vacaciones de verano.

Una noche, el nuevo jefe de sección lo invitó a cenar a su casa, en Harajuku. Después de la velada, Asai subió al coche que su jefe le había pedido para volver a casa, pero a medio camino cambió de opinión. Harajuku no estaba lejos de Yoyogi. Llevaba mucho tiempo sin recorrer la empinada calle donde su esposa había fallecido, y decidió dar un rodeo aprovechando que iba en coche.

El chófer cambió el rumbo. Llegaron a la cima de la colina por un camino distinto al que Asai conocía. Pasaron por delante del hotel Midori y llegaron a la puerta del Tachibana. Eran más de las nueve, y el brillante rótulo de neón de la azotea se recortaba en el cielo nocturno. Habían pasado seis meses desde la última vez que había visto aquel paisaje.

—¿Quiere que baje por esta calle? —le preguntó el chófer, volviéndose hacia él.

—Sí, por favor.

Asai miró al frente y se sintió desorientado, como si el chófer se hubiera equivocado de camino. Bajando por la calle, a mano izquierda, había un edificio alto con un rótulo de neón en el tejado que rezaba: «Hotel Chiyo». Las mansiones de alrededor estaban todas a oscuras, por lo que las brillantes letras rojas destacaban aún más. El cartel

sobresalía por encima de las demás casas, incluso desde la parte alta de la calle. Asai estaba convencido de que ese edificio no estaba allí antes. Era un punto de referencia completamente nuevo.

El coche siguió descendiendo. Asai miró a la izquierda. El nuevo edificio era un hotel de tres plantas y fachada ancha. Cosméticos Takahashi había desaparecido. Pero el coche pasó sin aminorar la marcha, y solo tuvo tiempo de echar una rápida ojeada.

—¡Deténgase! —le pidió Asai al chófer cuando ya estaban llegando al final de la calle—. Pare, por favor. Bajaré aquí mismo. He recordado que tengo que hacer una cosa.

El chófer se apeó y le abrió la puerta.

—¿Quiere que le espere, señor?

—No, no hace falta. Tardaré un rato. Puede irse.

Asai dio media vuelta y echó a andar calle arriba.

Asai se detuvo en la acera de enfrente del hotel Chiyo, junto a la casa con la cerca de bambú y el muro de cemento. La primera vez que había visitado Cosméticos Takahashi con su cuñada Miyako se había fijado en la placa de la puerta, donde figuraba el apellido Kobayashi. Ahora la placa desprendía un ligero tono rojizo bajo la luz del rótulo de neón del hotel de enfrente.

El hotel era un edificio elegante. Su estilo arquitectónico recordaba el del sur de Europa, aunque también tenía cierto aire victoriano. A pesar de su refinada presencia, no podía disimular que se trataba de un hotel de citas.

Parecía surgido de la nada. Solo había pasado medio año desde la última vez que Asai había estado en aquella zona. La tienda de cosméticos y la casa contigua, donde había un olmo japonés y una cerca de bambú, habían sido derribadas. Después habrían allanado el terreno y habrían empezado las obras para construir el hotel, pero Asai no había visto nada de todo aquello. Miraba el edificio fijamente, mudo de asombro y sin dar crédito a sus ojos.

El nombre del hotel Chiyo probablemente venía de Chiyoko Takahashi. La pequeña tienda de cosméticos había desaparecido sin dejar rastro y, en su lugar, un muro blanco delimitaba el perímetro del hotel. Al otro lado del muro había una hilera de cipreses de estilo europeo con algunos árboles intercalados, probablemente castaños de Indias, que crecían frondosos y creaban la atmósfera propia de un bosque. El olmo, que antes era el árbol más alto del vecindario, ya no estaba.

El muro bajo de piedra y la cerca de azaleas que crecía encima de él también habían sido sustituidos por el muro blanco de cemento. Un terraplén cubierto de césped describía una suave pendiente, y desde la amplia verja nacía un sendero de acceso para los coches que conducía hasta el hotel, como si fuera la entrada de un parque.

¿Qué había sido de aquella casa con su escalera de piedra que subía hasta un portal japonés con tejado? La tienda de la señora Takahashi y aquella antigua mansión tradicional de dos plantas que se vislumbraba a través de la vegetación, rodeada por una cerca de bambú de unos ciento veinte metros de largo, habían ocupado el gran terreno donde ahora se erigía el edificio del hotel.

Asai creyó recordar que la casa que había antes pertenecía a alguien llamado Kubo. Cuando había venido con Miyako se había fijado en todos los detalles del vecindario y había leído las placas de todas las casas.

Asai pensó que tal vez aquel Kubo había comprado la tienda de cosméticos de su vecina y había construido el hotel. Sin embargo, el nombre del hotel parecía una abreviatura de Chiyoko, la dueña de Cosméticos Takahashi. Aunque también era posible que la coincidencia fuera una mera casualidad. A Asai le parecía inconcebible que aquella mujer aparentemente soltera, que ni siquiera podía permitirse contratar personal para su pequeña tienda de cosméticos, hubiera podido comprar el terreno de su vecino y construir un hotel como ese.

También cabía la posibilidad de que una tercera persona hubiera comprado los terrenos de la mansión Kubo y Cosméticos Takahashi. Decían que los hoteles de citas eran un negocio muy rentable, y aquel barrio tranquilo y acomodado ofrecía una ubicación ideal. La clientela valoraría el ambiente sofisticado de la zona, y el ambiente desértico que reinaba al anochecer era otro punto a favor. Además, la calle apenas estaba iluminada. En definitiva, era un entorno mil veces mejor que cualquier calle bulliciosa e iluminada del centro de la ciudad. El Tachibana y el Midori, los hoteles situados en la cima de la colina, parecían funcionar viento en popa. Cualquier inversor reconocería una buena oportunidad de negocio en aquella calle empinada.

El señor Yagishita, el presidente de Embutidos Yagishita, le había dicho a Asai la última vez que lo había visitado en el ministerio que muchos de los alojamientos de las zonas de aguas termales se estaban reconvirtiendo en hoteles para amantes. El personal escaseaba en los hoteles normales, y muchos no podían ofrecer un buen servicio a sus clientes. Los hoteles de citas, en cambio, necesitaban mucho menos personal, y la rotación de clientes en las habitaciones era constante. Las instalaciones eran una fuente de beneficios por sí mismas. No era el caso de los hoteles de lujo, naturalmente, pero los demás se iban reconvirtiendo uno tras otro.

Mientras estaba de pie frente al hotel, Asai tuvo una extraña sensación. Se encontraba en el lugar exacto por donde Eiko había caminado justo antes de sufrir el repentino ataque que acabó con su vida. Si el testimonio de la joven empleada del Midori era fiable, en el lugar donde ella aseguraba que había visto a Eiko había aparecido un

hotel para parejas. Era una curiosa coincidencia. Además, la tienda de cosméticos donde su esposa había exhalado el último suspiro formaba parte ahora de las instalaciones de aquel picadero.

A la mañana siguiente, cuando llegó al ministerio, Asai pidió a uno de sus empleados que llamara a la oficina pública del distrito de Yoyogi y le consiguiera una copia del registro del hotel Chiyo. Cuando tuvo el documento delante, sus ojos se abrieron como platos. La presidenta del hotel Chiyo era, efectivamente, Chiyoko Takahashi. Si bien es cierto que ya lo sospechaba, le sorprendió confirmarlo. ¿Cómo era posible? Cosméticos Takahashi no era un negocio precisamente boyante. Solo había estado una vez en el interior del local, pero había pasado por delante un par de veces más y siempre había visto la tienda vacía. No es que no hubiera suficiente trabajo para contratar a un empleado, es que incluso la dueña parecía ociosa.

Cuando había ido a agradecerle lo que había hecho por Eiko, Chiyoko Takahashi había admitido que la tienda no la tenía muy ocupada. Solo vendía productos de marca, en consonancia con el alto poder adquisitivo de los residentes en aquella zona, pero había insinuado que no conseguía que el negocio arrancara y que había sido un error abrirlo allí. A pesar de su excesivo maquillaje, que hacía que se le formaran grietas blancas en torno a los labios carnosos, era una mujer atractiva. A Asai le había causado suficiente impresión como para compadecerse de ella por la mala marcha de su negocio.

Y ahora resultaba que aquella mujer tenía suficiente dinero para construir un hotel. Era más que evidente que no lo había ganado vendiendo maquillaje.

Asai consultó la lista de los integrantes de la sociedad y reparó en un nombre: Konosuke Kubo. Formaba parte de la junta directiva. ¿Kubo...? ¡Claro, Kubo! Era el apellido que figuraba en la placa de la casa vecina, la que había sido derribada junto con la tienda de cosméticos para construir el hotel.

En cuestiones de dinero, las apariencias siempre engañan. Desde fuera puede parecer que un negocio está en la ruina cuando, en realidad, el dueño tiene una fortuna escondida. Del mismo modo, hay muchos negocios que parecen prósperos pero que, en realidad, se encuentran al borde de la quiebra y a veces son reflotados por un inversor que acude inesperadamente al rescate.

¿Cuál sería el caso de Chiyoko Takahashi? Parecía soltera, pero podía ser que tuviera un patrono secreto. Miyako ya había insinuado que había cierta coquetería en sus ademanes. Y si lo había notado ella, que también era mujer, no podían ser imaginaciones suyas. Recordó el olor del perfume de Chiyoko cuando se le acercó por detrás para ayudarlo con el abrigo.

Todos los productos que vendía eran caros y muchos de ellos, importados. Aunque el local fuera pequeño, debía de haber desembolsado mucho dinero en aquel negocio. Sí, debía de tener a un patrono que le había echado una mano. A fin de cuentas, no era tan improbable que hubiera sido soltera toda la vida y que algún hombre se hubiera fijado en ella a aquellas alturas.

Reconvertir una tienda de cosméticos en un hotel para amantes era un cambio notable, pero Asai se puso en su lugar y creyó entender sus motivos. La señora Takahashi decía que había abierto la tienda con la intención de satisfacer las necesidades de los vecinos de aquel acomodado barrio residencial, por lo que era de suponer que tenía buen olfato para los negocios y sus ubicaciones. Así pues, no le habría costado darse cuenta de que aquel barrio ofrecía las condiciones idóneas para un hotel de aquellas características. Entonces había encontrado la forma de convencer a su vecino, el señor Kubo, para que le vendiera la casa. Debía de haber pagado una fortuna por aquella mansión.

En la lista de miembros de la junta directiva del hotel Chiyo aparecía un tal Konosuke Kubo. Suponiendo que se tratara de su antiguo vecino, parecía evidente que había participado en la construcción del hotel. Puede que hubiera colaborado cediendo su terreno. Era una práctica habitual. Pero, en ese caso, lo lógico hubiera sido que el señor Kubo ostentara un cargo de más importancia en la sociedad. No figuraba como director general, pues aquel puesto lo ocupaba una mujer llamada Sachiko Takahashi. Quizá fuera la hermana de Chiyoko. Aun así, la cesión de un terreno era una aportación considerable, suficiente para ser nombrado presidente o, como mínimo, director general. ¿Por qué había sido relegado a simple miembro de la junta directiva?

El razonamiento de Asai se vio interrumpido por la llegada del director de departamento. Tenía tres visitas esperándolo. Le ofrecieron sus tarjetas y Asai comprobó que los tres pertenecían a la cooperativa agrícola de la prefectura de Yamagata. Su jefe hizo las presentaciones:

—Como parte del plan de agricultura integral, esta cooperativa tiene previsto abrir varias plantas de procesado, especialmente de jamón y embutido. Hasta ahora se dedicaban a la fruta enlatada, pero quieren expandirse en la industria cárnica. Por eso están aquí, para pedirte consejo en materia de tecnología y distribución. Me gustaría que les informaras sobre las cuestiones más generales.

El presidente de la cooperativa mencionó el nombre de un parlamentario —«El señor Tal nos ha animado mucho» y cosas por el estilo—, con la intención de presionar a los funcionarios del ministerio insinuándoles que tenía contactos en las altas esferas políticas.

En su nuevo papel como adjunto del jefe de sección, Asai empezó a informar a los visitantes. El procesamiento de carne era su especialidad. Había visitado muchas plantas y se había convertido en un auténtico experto en la materia. Muchos de sus conocimientos los había adquirido en Embutidos Yagishita.

Mientras hablaba, Asai siguió dando vueltas al misterio del hotel Chiyo.

¿Por qué Konosuke Kubo se había conformado con un simple cargo como miembro del consejo de administración? Quizá en cuestiones de negocios fuera un hombre discreto y reservado. O tal vez prefería pasar desapercibido en público pero, en realidad, era él quien tomaba las decisiones importantes de la sociedad. Cualquiera de las dos opciones era plausible.

¿Cuál era la relación entre Chiyoko Takahashi y Konosuke Kubo? ¿Eran simples vecinos que habían visto una buena oportunidad para montar un lucrativo negocio y se habían convertido en socios, o había algo más?

Asai se dio cuenta de que su explicación había terminado cuando uno de los miembros de la cooperativa le hizo una pregunta:

—Nos gustaría visitar una planta de procesado de carne, preferiblemente de jamón o embutido. ¿Nos podría recomendar alguna?

Mientras hablaba, Asai no había dejado de pensar en el hotel Chiyo. Estaba tan familiarizado con la orientación administrativa de su ámbito de especialización que habría podido dar aquella charla incluso dormido.

—Les recomendaría la planta de Embutidos Yagishita, en Kobe. Está equipada al completo y tienen mucha experiencia. Hace poco han abierto una sucursal aquí, en Higashi-Murayama. —No mencionó su amistad con Yagishita.

—Este es el volumen actual de nuestras operaciones en cuanto a cría de cerdos. ¿Cuánto tendríamos que ampliarlo? —le preguntaron. Asai escuchó los detalles y respondió con la cifra adecuada.

Entonces, el director del departamento decidió intervenir para adular un poco a los cooperativistas:

—Somos conscientes de que muchas comunidades rurales son reticentes a la política de conversión agrícola del gobierno, por lo que respetamos mucho esa actitud tan constructiva que muestran ustedes.

«Actitud constructiva» era la típica expresión vacía que solían utilizar los políticos. Al director le encantaba soltarla cada vez que los miembros de las cooperativas agrícolas visitaban el ministerio.

Sin dejarse impresionar por la cháchara vacía de su jefe, Asai retomó el hilo de sus reflexiones sobre el hotel Chiyo.

¿Y si Konosuke Kubo fuera el patrono secreto de Chiyoko Takahashi? Eran vecinos, así que no era una idea tan descabellada. De ser eso cierto, cabía pensar que habían construido el hotel juntos y que precisamente por eso Kubo había optado por mantenerse en un segundo plano a nivel oficial. Aquel hombre vivía en una mansión enorme. Asai no sabía a qué se dedicaba, pero estaba convencido de que era rico.

Sin embargo, ¿qué arriesgado había sido que Chiyoko Takahashi abriera su tienda de cosméticos justo al lado de la mansión de su amante! Por parte de Kubo, era demasiado desvergonzado permitir que su amante montara un negocio al lado de su casa. A lo mejor aquella hipótesis no era correcta.

De repente, el presidente de la cooperativa se dirigió a Asai y lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Sería posible que usted nos visitara en breve?

—¿Disculpe?

—Nos gustaría mucho que visitara nuestra prefectura, señor Asai. Somos unos principiantes, y le agradeceríamos mucho que nos orientara.

Su jefe se volvió hacia él.

—Seguro que pronto encontrarás el momento.

El director daba la impresión de estar muy interesado en ayudar a aquellos hombres que parecían estar bien relacionados con los peces gordos del gobierno.

Cuando Asai regresó de su viaje de negocios a la prefectura de Yamagata, el informe de la investigación sobre Chiyoko Takahashi y Konosuke Kubo ya estaba listo. Lo había encargado en una agencia de detectives una semana antes de partir. Para ello había tenido muy presente su cargo como adjunto del jefe de sección del Ministerio de Agricultura y Silvicultura. Se había presentado en la agencia de detectives con un nombre falso, había expuesto el motivo de su visita y había pagado una parte del encargo por adelantado. Dejó una dirección inventada y dijo que no tenía teléfono. Acordó que cuando el informe estuviera listo pasaría por la agencia para recogerlo y abonar el importe restante.

El día de su regreso de Yamagata, llamó a la agencia de detectives y le dijeron que ya habían terminado el informe de la investigación. Tomó un taxi para desplazarse hasta allí y, tal y como habían acordado, pagó y recogió un sobre ancho. Así nadie podría saber quién era el hombre que había encargado una investigación sobre Chiyoko Takahashi y Konosuke Kubo.

El contenido del informe era el siguiente:

«Chiyoko Takahashi tiene treinta y seis años. Hace doce años se casó con Fumitaro Ozawa, un comerciante de Yokohama, y se divorciaron cinco años atrás. Parece que el motivo del divorcio fue la relación que el marido mantenía con otra mujer. La señora Takahashi recibió una generosa suma de dinero, pero no se ha podido verificar el importe exacto. El señor Ozawa volvió a casarse de inmediato.

»Después de divorciarse, Chiyoko Takahashi abrió un salón de belleza en Shinagawa. No hacía los tratamientos personalmente porque carecía de formación, pero por lo visto tenía talento para gestionar el negocio y consiguió que fuera bastante popular. Tuvo una aventura con el representante de una marca de cosméticos, que se complicó cuando la esposa de este lo descubrió. La esposa solía presentarse en el salón de belleza de la señora Takahashi, que gozaba de muy buena reputación. A ella le resultaba muy violento quedarse en el vecindario, de modo que, hace tres años, abrió una tienda de cosméticos en el barrio de Yoyogi. El representante se llama Genkichi Higai, tiene cincuenta y dos años y es el dueño de una tienda situada en Kyobashi. Es un hombre bastante acaudalado. Fue él quien apoyó económicamente a la señora Takahashi para que pudiera montar su negocio en Yoyogi, y parece que todavía son amantes. Este mismo año ella le compró un terreno de aproximadamente mil metros cuadrados a su vecino Konosuke Kubo, lo juntó con el terreno de ciento quince metros cuadrados que ocupaba su tienda y edificó el hotel Chiyo. Se puede deducir que Genkichi Higai aportó gran parte de los fondos destinados a construir el hotel. El anteriormente mencionado Konosuke Kubo aparece como miembro de la junta directiva de la sociedad, y la señora Takahashi reveló a nuestro agente que él había exigido un porcentaje de los beneficios del nuevo hotel como condición para venderle el terreno. Ella tuvo que aceptar. Fue Higai quien llevó las negociaciones. El hotel Chiyo es un negocio muy lucrativo».

Tal y como Asai había imaginado, Chiyoko Takahashi no era soltera del todo. No tenía una belleza deslumbrante, pero su rostro maduro poseía un atractivo innegable. Asai nunca había creído que estuviera sola, y el informe le dio la razón: resultó que tenía un patrono. Un salón de belleza y una tienda de cosméticos que necesitaban existencias, un representante de productos cosméticos, una relación que empezó siendo de negocios y terminó en romance.

El informe de la agencia de detectives era lo que le faltaba a Asai para encajar todas las piezas del rompecabezas: una tienda con un impresionante surtido de cosméticos de lujo a pesar de sus reducidas dimensiones, la compra del terreno contiguo y la construcción de aquel elegante hotel de estilo europeo.

«Konosuke Kubo tiene treinta y ocho años. Lleva diez años casado con Kazuko, de treinta y dos años, pero no tienen hijos. La mansión de Yoyogi la construyó hace cincuenta años el padre del señor Kubo, comerciante de seda. Konosuke Kubo nació en esa casa y vivió en ella hasta que la vendió para que pudieran construir el hotel en sus terrenos.

»Konosuke Kubo se graduó en una escuela superior de comercio privada y tras el fallecimiento de su padre tomó las riendas del negocio familiar. Durante la recesión, la empresa quebró y desde entonces él trabaja como director del departamento de administración general en la empresa textil de su tío. Lleva la vida corriente de un asalariado. Su fortuna no es la que era antes de perder el negocio familiar, pero ha heredado varios terrenos en la ciudad. No se le considera un empleado conflictivo y no hay quejas sobre su conducta. Bebe con moderación. Después de vender la casa de Yoyogi, alquiló un apartamento en el segundo piso del Residencial Keyaki, situado en Higashi-Nakano.

»Su esposa Kazuko padece una afección respiratoria y lleva un año y medio siguiendo un tratamiento en un sanatorio situado en las montañas de la prefectura de Nagano. El señor Kubo sube a visitarla el último fin de semana de cada mes. No se le conocen relaciones extramaritales.»

El informe de la agencia de detectives echaba por tierra la teoría de Asai, que había imaginado que Chiyoko Takahashi tenía algún tipo de aventura con Konosuke Kubo.

El informe de la investigación realizada por la agencia de detectives concluía que no existía ninguna relación personal entre Chiyoko Takahashi y Konosuke Kubo, pero Tsuneo Asai seguía albergando dudas.

Kubo no tenía problemas económicos, más bien al contrario: había heredado de su padre varios terrenos repartidos por toda la ciudad. El informe no especificaba su ubicación exacta, pero si su difunto padre los había adquirido años atrás era probable que se encontraran en el centro histórico o sus alrededores, es decir, los animados distritos conocidos como «subcentros». En cualquier caso, debían de estar valorados en una fortuna. Además, aquel hombre debía de tener un buen sueldo como director del departamento de administración general en la empresa textil de su tío. Si bien era cierto que la recesión le había hecho perder el negocio familiar heredado de su padre, seguía llevando una vida desahogada. Y no tenía hijos que mantener.

¿Qué necesidad tenía un hombre tan acaudalado de vender la mansión de su familia a Chiyoko Takahashi y mudarse a un pequeño apartamento en Higashi-Nakano? La casa de Yoyogi era sin duda mucho más bonita, y se encontraba en una zona más agradable, un barrio residencial elegante y tranquilo. Al menos lo era hasta que los hoteles para amantes habían empezado a invadirlo. Por ley, los vecinos tenían derecho a impedir la apertura de semejantes hoteles si estaban cerca de alguna zona escolar, pero los barrios donde aquella ley no se podía aplicar estaban completamente desamparados. A veces los vecinos se unían para protestar, pero no parecía tener ningún efecto. Era posible que los vecinos de Yoyogi también hubieran intentado paralizar el proyecto del hotel Chiyo antes de que empezaran las obras, alegando que degradaría el ambiente del barrio. ¿Por qué habría vendido la casa Konosuke Kubo? No necesitaba el dinero y, además, sabía que los vecinos se escandalizarían y lo desaprobarían. ¿Y por qué habría entrado en la junta directiva del hotel?

Asai estaba convencido de que en aquella historia había gato encerrado. La investigación de la agencia de detectives era tan solo la punta del iceberg. Un hombre todavía joven que había enviado a su esposa a un sanatorio y una mujer de treinta y tantos años que se había divorciado de su marido y tenía una relación con el presidente de una mediana empresa. Era muy probable que hubiera ocurrido algo entre ambos mientras eran vecinos. Chiyoko Takahashi no era una belleza, pero sí una mujer bastante atractiva. Hablaba con corrección, sabía maquillarse y sus ademanes eran ligeramente coquetos. Sus encantos no pudieron dejar indiferente a un hombre de mediana edad que tenía a su esposa ingresada en un sanatorio. Tal vez fuera ese el verdadero motivo por el que le había vendido su mansión y había accedido a formar parte de la junta directiva de un negocio poco respetable.

Asai no se planteaba todas aquellas preguntas movido solo por la curiosidad. Eiko había sufrido un infarto justo enfrente del lugar donde antes se hallaba la mansión del señor Kubo, y tenía la extraña sensación de que su esposa podría ser el nexo de unión entre Kubo y Chiyoko Takahashi.

Además, el dato de que un terremoto de intensidad moderada había sacudido la ciudad a la hora en la que Eiko había muerto seguía incrustado en un recoveco de su cerebro, pero aún no había logrado establecer una conexión entre el seísmo y el infarto de su mujer.

Chiyoko Takahashi no le había mencionado el terremoto, por lo que probablemente había tenido lugar antes de que Eiko irrumpiera en su tienda. En ese caso, no tenía por qué mencionarlo, puesto que no había ninguna relación evidente entre ambas cosas. Si el terremoto hubiera ocurrido cuando Eiko ya estaba tumbada en el suelo de la trastienda, se habría grabado en la memoria de la dueña y ella sin duda se lo habría comentado. Aunque también era posible que no se lo hubiera dicho porque no le daba importancia. ¡Los tokiotas están tan acostumbrados a los terremotos! Asai no podía dejar de plantearse aquellas preguntas sin respuesta.

Otra cosa que lo traía de cabeza eran los poemas de Eiko. La antología póstuma de la revista contenía poemas sobre los amuletos Somin Shorai y los farolillos Yamaga. Su esposa nunca le había hablado de aquellas cosas. No creía que fuera aficionada a la artesanía popular. En su casa nunca habían tenido objetos de ese estilo, y no recordaba que Eiko hubiera comprado ninguno. Supuso que lo habría visto durante alguna de sus salidas matinales. No lograba establecer la relación entre aquellos poemas y su repentina muerte, pero no podía dejar de pensar en ello.

Se le ocurrió la idea de ir al hotel Chiyo para ver cómo era por dentro, pero no quería arriesgarse a encontrarse con Chiyoko Takahashi. Además de que no tenía ningún motivo para acudir a hoteles de aquella clase, si la mujer estaba implicada de algún modo en la muerte de Eiko solo conseguiría ponerla en alerta.

Si se las arreglaba para entrar en aquel hotel recién inaugurado a lo mejor encontraba alguna pista reveladora. Nada que saltara a la vista, naturalmente, pero imaginaba que habría algún indicio que lo acercara a la verdad. Mientras se aferraba a aquella improbable esperanza, que más bien era una simple ilusión, sus sospechas sobre Chiyoko y Kubo siguieron aumentando.

El problema era que aquella vez no podría presentarse solo en el hotel Chiyo, como había hecho en el Tachibana y el Midori. En las anteriores ocasiones había utilizado como pretexto que su esposa lo había abandonado y necesitaba localizarla, pero ahora no funcionaría. ¿Qué pasaría si la dueña, Chiyoko Takahashi, aparecía mientras él interrogaba a las empleadas?

Si tenía que ir de reconocimiento al hotel Chiyo, debía hacerlo acompañado de una mujer. El problema era que no sabía a quién pedirselo. No conocía a ninguna mujer dispuesta a acompañarlo a un hotel para amantes, arriesgándose a que alguien la viera entrar o salir.

Pensó en pedirselo a su cuñada. Seguro que ella lo entendería si le explicaba que quería descubrir la verdad sobre la muerte de su hermana. Pero Miyako era una mujer casada. Quizá aceptara si supiera que en el hotel iban a encontrar una prueba irrefutable, pero le costaría mucho convencerla para que lo acompañara solo a echar un vistazo. Y si cometía alguna torpeza a la hora de abordar el tema, ella podría creer que se trataba de una propuesta deshonesta por su parte. Suponía que su cuñada sabía que él jamás le propondría nada por el estilo, pero aun así hacía falta mucho valor para disfrazarse y entrar en un hotel de citas. Consultárselo antes a su marido era un disparate, pues jamás se lo permitiría; e ir los dos a escondidas podía dar lugar a un gravísimo malentendido.

Tendría que renunciar a su plan de visitar el hotel Chiyo hasta que encontrara a la acompañante adecuada.

Asai conocía a Chiyoko Takahashi, pero nunca había visto a Konosuke Kubo. ¿Qué clase de hombre sería? ¿Qué aspecto tendría? Tenía ganas de verlo, aunque solo fuera una vez.

Los detectives habían incluido en su informe la dirección del apartamento de Kubo en Higashi-Nakano. También conocía la dirección y el número de teléfono de su lugar de trabajo, una empresa de Kyobashi llamada Textiles R. ¿En cuál de las dos direcciones conseguiría verlo sin que nadie lo reconociera?

Podía quedarse merodeando por el rellano de su casa y esperar a que él entrara o saliera, pero no tenía forma de saber cuándo aparecería. Además, si tenía que esperar mucho rato acabaría levantando las sospechas de los demás vecinos o del portero. El día que había estado curioseando a través de la puerta cerrada de Cosméticos Takahashi, aquel hombre alto que paseaba a su perro —probablemente un vecino del barrio— lo había estado observando como si lo hubiera confundido con un ladrón. Si veían a alguien de fuera merodeando por el edificio sin nada que hacer seguro que lo interrogarían.

La otra posibilidad era visitar Textiles R., la empresa donde trabajaba Kubo. Siendo como era el director del departamento de administración general, debería ser fácil encontrarlo en su despacho, a menos que estuviera de viaje de negocios. Así podría observarlo desde cierta distancia. Supuso que los pasillos de aquella empresa debían de ser como los del ministerio, constantemente transitados por visitantes ajenos. Asai decidió que aquella sería la mejor opción.

Pasada la una del mediodía le dijo al jefe de sección que tenía que resolver un asunto personal, salió de la oficina y se dirigió andando a la estación de Toranomon. Desde allí solo había veinte minutos en metro hasta Kyobashi, y Textiles R. se encontraba a diez minutos a pie de la estación.

La empresa ocupaba unas cinco oficinas de la tercera planta de un edificio alto. Unos paneles de cristal ahumado separaban el pasillo de los despachos e impedían ver el interior. A diferencia del ministerio, en los carteles de las puertas aparecía el nombre de la empresa, pero nada indicaba a qué departamento pertenecía cada despacho, así que era imposible adivinar dónde estaba administración general.

Asai llevaba gafas tintadas para ocultar un poco sus rasgos. Aquellas gafas estaban muy de moda últimamente, así que no llamarían la atención. También se las había puesto para ir a la agencia de detectives.

Asai se quedó en el pasillo, que tenía un color marrón tras los cristales oscuros de las gafas. Fingía esperar a alguien, y confiaba en que alguna secretaria saliera de uno de aquellos despachos. Entonces se abrió la puerta del

despacho del fondo, el más cercano al ascensor, y salió una chica joven con unos documentos bajo el brazo. Llevaba una americana azul cielo y una minifalda.

Asai se acercó a ella.

—Disculpe, señorita. ¿Trabaja aquí?

—Sí —respondió la muchacha, levantando la mirada hacia él.

—¿Cuál es el despacho de administración general?

—¿Administración general? Este de aquí. —Y señaló la puerta contigua a la que acababa de cerrar.

—Ah, de acuerdo. ¿Sabe si está el director, el señor Kubo? —Asai se aseguró de vocalizar bien al pronunciar el nombre de Kubo, para que la chica lo entendiera.

—Sí, creo que sí.

—El director de administración general es el señor Konosuke Kubo, ¿verdad?

—Sí, exacto. —Ella lanzó otra mirada a los cristales de sus gafas tintadas.

—Verá, resulta que ahora tengo una reunión en otra oficina de este mismo edificio, y después pensaba reunirme con el señor Kubo. El problema es que será la primera vez que nos veamos en persona y no sé cómo es, por eso he pensado pasarme para que alguien me indique quién es. Así después podré ir a saludarlo directamente sin equivocarme de persona.

Como excusa no era muy creíble, pero la joven no pareció extrañarse.

—Pase, por favor —dijo, abriendo la puerta del despacho en cuestión.

—Gracias —dijo Asai en voz baja, y entró detrás de ella.

Temía que todos los empleados que se encontraban allí se volvieran simultáneamente hacia él, pero enseguida vio que no tenía de qué preocuparse. Era una estancia grande abarrotada de mesas alineadas, casi tocándose. Ninguno de los empleados, ni los que estaban sentados a las mesas ni los que estaban de pie, pareció notar la presencia de Asai. En el mostrador de recepción, situado junto a la puerta de entrada, no había nadie.

—¿Quién es el señor Kubo? —le susurró Asai a la muchacha.

—El director está ahí. —Ella levantó un poco el montón de papeles que llevaba para poder señalárselo discretamente con el dedo.

Asai siguió con la mirada la dirección que ella le indicaba, hacia el fondo del despacho. Había una ventana que daba al exterior y, en el centro, tres grandes mesas contiguas con cinco o seis hombres sentados o de pie a su alrededor.

—¿Cuál de ellos? —volvió a preguntarle en un susurro a la chica, sin perder de vista aquel grupo de empleados.

—Es el hombre alto con gafas que está sentado en el extremo de una de aquellas tres mesas. Mire, ahora está hablando con el jefe de sección, que está de pie frente a él. Aquel hombre es el director Kubo. —La muchacha miró a Asai de reojo para comprobar que lo había identificado.

—¿El hombre con gafas? ¿El que acaba de llevarse un cigarrillo a la boca? —preguntó con voz sofocada.

—Ese mismo.

—¿El que ahora se enciende el cigarrillo?

—Sí.

Asai le dio las gracias brevemente a la joven empleada y salió del despacho a toda prisa.

El señor Kubo, el director de administración general, era el hombre que lo había estado observando en la calle aquella noche de primavera, mientras él intentaba atisbar el interior de Cosméticos Takahashi a través de la puerta cerrada. El hombre del jersey gris con un pastor alemán. Había reconocido enseguida el rostro alargado del hombre que lo había visto huir precipitadamente.

Asai salió del edificio y se dirigió directamente a la agencia de detectives, situada en Kanda.

Lo recibió el mismo hombre que la última vez.

—Me gustaría que investigaran más a fondo a una de las personas que aparecían en el último informe que le encargué —explicó sin quitarse las gafas tintadas.

—¿No está satisfecho con el informe? —preguntó el detective, frunciendo ligeramente el ceño.

—No, no se trata de eso. Esta vez quiero que se centre en el señor Konosuke Kubo.

—De acuerdo. ¿Qué detalles en concreto quiere averiguar?

—La vida que llevaba cuando vivía en Yoyogi.

—¿Se refiere a su rutina diaria? Pero no la actual, sino la que hacía en su casa de Yoyogi, ¿no es así?

—Bueno, también me interesa saber qué clase de vida lleva actualmente, pero por ahora solo quiero saber lo que hacía antes de que construyeran el hotel en el terreno que ocupaba su casa.

—La casa se derribó a finales de abril. No será fácil averiguar la vida que llevaba antes.

—Pagaré lo que sea necesario.

—Además, en esa clase de barrios los vecinos apenas se relacionan entre sí. No creo que obtengamos información interrogando a sus antiguos vecinos. No sé cuál sería la mejor forma de hacerlo... —El detective cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy convencido de que la encontrará.

—Su rutina diaria es demasiado general. ¿Hay algo en concreto que le interese por encima de todo?

—Me interesa saber si estuvo en casa la tarde del 7 de marzo.

—La tarde del 7 de marzo —repitió el detective, anotando la fecha.

—Hubo un fuerte terremoto a las 15.25 —dijo Asai.

—¿Un terremoto? ¿Y qué relación hay entre el terremoto y el señor Kubo?

—Puede que ninguna, pero a lo mejor le sirve para refrescar la memoria de los testigos.

—Comprendo. Así pues, quiere que averigüe si el señor Kubo estaba en su casa a aquella hora y qué estaba haciendo, ¿verdad?

—Exacto, pero no solo a la hora del terremoto, sino durante toda la tarde. Hasta las cuatro, aproximadamente.

—¿Y hay algún detalle en particular que quiera conocer? Me ayudaría mucho para saber cómo debo enfocar la investigación.

—Pues verá, me gustaría saber si el señor Kubo recibió alguna visita en su casa en algún momento de la tarde.

—Ah, ¿se refiere a una mujer? —El detective probablemente pensaba en Chiyoko Takahashi, pues Asai le había encargado que la investigara la última vez.

—No solo la señora Takahashi. Puede que fuera ella, pero a lo mejor fue otra persona.

—¿Otra persona?

—Un hombre o una mujer, no importa. Cualquiera que entrara en aquella mansión el día 7 por la tarde. —Asai hablaba de forma deliberadamente imprecisa. En realidad, pensaba en Eiko, pero no podía insinuarlo siquiera. Si daba a conocer sus sospechas sobre la identidad del visitante se estaría exponiendo demasiado.

—No creo que lo sepa nadie que no viviera en la casa —dijo el hombre, con una mueca de contrariedad—. Su esposa está ingresada en un sanatorio en Nagano. La única que podría saberlo es la asistente doméstica.

—¿La asistente? Sí, claro. Pero en su anterior informe usted especificó que no tenía asistente, solo una mujer que lo ayudaba puntualmente.

—La había contratado a través de una empresa que ofrecía ese servicio.

—Entonces, si usted llama a esa empresa, ¿le facilitarán la información de contacto de la asistente?

—Eso espero. El problema es que no creo que le enviaran siempre a la misma persona. Intentaré encontrar a la mujer que estaba de servicio en casa del señor Kubo el 7 de marzo.

—Hable también con las otras mujeres que trabajaron allí, así podremos formarnos una idea de su rutina diaria. Pero la prioridad es encontrar a la que estuvo en su casa el 7 de marzo. ¿Cree que lo conseguirá?

—Si todavía trabaja para la misma empresa y está de servicio en alguna casa, podré ir a verla y hablar con ella. Si ha dejado la empresa, no sé cuánto tiempo tardaré en localizarla.

—Está bien, hágalo así.

—Entendido. ¿Hay algún otro detalle que quiera saber?

—Déjeme pensar... —Asai reflexionó brevemente—. ¿Podría averiguar cuáles son las aficiones del señor Kubo?

¿De verdad era Konosuke Kubo el hombre que había estado espiándolo aquel día?

Tsuneo Asai no dejaba de repetirse la misma pregunta desde que había estado en Textiles R. y había visto de lejos la cara del director de administración general.

Aquella luminosa tarde de principios de primavera, Asai estaba intentando atisbar el interior de Cosméticos Takahashi a través de un resquicio de la puerta cerrada cuando notó una presencia detrás de él. No había oído sus pasos ni su voz, pero su mirada lo había empujado por la espalda con la fuerza de una ola invisible y lo había hecho reaccionar. Al volverse había visto la silueta de un hombre que estaba de pie con un perro en un lado de la calle. Vestía un jersey y un pantalón ligeros, y Asai supo que llevaba un rato observándolo.

Más que sentirse avergonzado, temió que el hombre lo confundiera con un ladrón que quería entrar en el local aprovechando la ausencia de la dueña, así que poco a poco —pues pensó que echar a correr lo haría aún más sospechoso— se alejó de la tienda y siguió andando en dirección contraria. Sin embargo, tuvo la sensación de que aquel hombre alto podía acercarse a pedirle explicaciones en cualquier momento, por lo que se sintió incómodo y tenso hasta que hubo puesto tierra de por medio.

La cara alargada que había visto al volverse estaba a contraluz, oscura como una fotografía subexpuesta, pero había distinguido claramente las gafas y la nariz. Con el paso del tiempo, aquellos se habían convertido en los únicos rasgos faciales distintivos del desconocido, su única referencia para recordar vagamente su fisonomía. Al ver a aquel hombre en el centro del departamento de administración general de Textiles R., tuvo la sensación inmediata de que los rasgos borrosos que conservaba en la memoria se encarnaban perfectamente en él.

La mirada del hombre que paseaba a su perro no era la de alguien que vigila la propiedad de su vecino por simple amabilidad, sino más bien la de un hombre protegiendo su propio hogar. Tanto en su postura como en el brillo de sus ojos había algo muy severo.

Tenía sentido. Si aquel hombre era Konosuke Kubo, Asai entendía el porqué de la extraña mirada que le había dirigido.

Si Kubo tenía una relación secreta con su vecina Chiyoko Takahashi, era natural que no se hubiera quedado indiferente al ver a un hombre figoneando en los alrededores de la tienda en su ausencia. Si al final hubiera decidido que Asai era un ladrón, quizá le habría echado al perro. Aunque también era posible que lo hubiera estado observando porque albergaba la sospecha de que Asai tenía algún tipo de conexión con Chiyoko Takahashi. Sea como fuere, su actitud no había sido corriente.

En cualquier caso, Asai quería averiguar qué vínculo real existía entre Konosuke Kubo y Chiyoko Takahashi, y por eso había decidido acudir de nuevo a la agencia de detectives. ¿Por qué el nombre de Kubo figuraba entre los miembros de la junta directiva del hotel Chiyo? ¿Era una especie de agradecimiento público de Chiyoko Takahashi por haberle vendido el terreno o había algo más? Tenía que descubrir la verdad.

Asai tenía la suerte de que Kubo no le había visto la cara ninguna de las dos veces que habían coincidido. Estaba de espaldas el día que el otro lo vio ante la tienda de cosméticos y cuando se volvió y sus miradas se encontraron solo pasó un segundo hasta que Asai le dio la espalda de nuevo y se alejó de él. Por tanto, estaba seguro de que Kubo apenas lo había visto. Y la segunda vez, en Textiles R., Asai se había quedado en un rincón junto a la puerta del despacho mientras Kubo hablaba con sus compañeros de trabajo, y ni siquiera había levantado la vista hacia él. En los edificios de oficinas era habitual ver a vendedores de seguros y hombres de negocios ajenos a la empresa junto al mostrador de recepción. El personal estaba acostumbrado y no les prestaba atención, y a Asai también lo habían ignorado. Además, las gafas oscuras impedían que alguien distinguiera sus facciones.

Algún día se encontraría cara a cara con Konosuke Kubo y, llegado el momento, no quería que este lo reconociera. Y, naturalmente, quería evitar que lo identificara como Tsuneo Asai, el marido de Eiko. No podía permitirse que nadie asociara su nombre con el Ministerio de Agricultura y perjudicara su carrera. Kubo no debía verle la cara ni podía saber cómo se llamaba ni dónde trabajaba. Para él solo tenía que ser un desconocido anónimo

al que se había encontrado en la calle. Por contra, Asai lo sabía todo acerca de Kubo, hasta el detalle más insignificante.

Durante los siguientes quince días, mientras esperaba impaciente que se cumpliera el plazo que había acordado con la agencia de detectives para que le entregaran el informe de la segunda investigación, Asai estuvo nervioso y distraído. Estaba ansioso por conocer la versión de la asistenta doméstica sobre los movimientos de Konosuke Kubo el 7 de marzo. El detective le había dicho que no sabía dónde trabajaba actualmente, pero que haría todo lo posible por encontrarla. Asai estaba convencido de que la encontraría, pues aquella gente tenía recursos y métodos propios de la policía.

Era sorprendente que en una mansión tan grande solo hubiera una asistenta doméstica, pero últimamente costaba mucho encontrar asistentas dispuestas a vivir en la misma casa donde trabajaban. Además, la mujer de Kubo estaba ingresada en el sanatorio, así que probablemente no necesitara a una asistenta interna. O quizá ese fuera el motivo por el que había vendido la mansión familiar: al no tener asistenta interna, no daba abasto con la limpieza y las tareas del hogar. Asai había oído decir que vivir en un piso era mucho más práctico y confortable para los matrimonios sin hijos.

Asai llevaba tiempo pensando que Kubo jamás habría vendido la gran mansión que poseía en aquel barrio tan exclusivo de no haber tenido algún tipo de relación con Chiyoko Takahashi. Todavía sospechaba que existía alguna conexión entre ambos, pero ahora que sabía que Kubo había contratado a una asistenta doméstica a través de una empresa pensaba que tal vez hubiera otra explicación.

De todas formas, lo sabía en cuanto pudiera leer el segundo informe de los detectives. ¿Qué hacía Konosuke Kubo en su tiempo libre? ¿Había alguna relación entre él y la señora Takahashi? Aunque, en el fondo, a lo mejor esperaba averiguar si Eiko había formado parte o no de la rutina diaria de aquel hombre.

Asai había tomado muchas precauciones para ser un simple cliente anónimo a ojos de los detectives: había encargado la investigación con un nombre falso, había recogido el informe en persona y había pagado en efectivo. Si al final resultaba que Eiko estaba implicada en toda aquella historia, los detectives no podrían relacionarla con él y la incluirían en el informe sin reparos, ignorando que era la esposa de su cliente.

Durante las dos semanas de espera, Asai se volcó en el trabajo para mitigar un poco los nervios y pasó una semana en las prefecturas de Ishikawa y Yamanashi por asuntos oficiales.

Las cooperativas agrícolas de varios pueblos y ciudades de ambas prefecturas lo habían invitado a dar charlas informativas sobre la remodelación del cultivo de arroz y el desarrollo del negocio del procesamiento de carne. El Ministerio de Agricultura y Silvicultura sabía que reducir la superficie cultivable era una política ineficaz, y los agricultores también eran conscientes de que aquello tenía limitaciones a largo plazo. En la recesión que experimentaba la economía nacional el sistema de control de alimentos no funcionaba, y las perspectivas no eran muy halagüeñas. Los agricultores sabían que dejar el campo durante la estación baja para sobrevivir —últimamente incluso las mujeres se veían forzadas a buscar trabajo en la ciudad— no era propio de su estilo de vida. Aquí era donde entraba en escena la gestión diversificada, que consistía en abandonar los negocios secundarios, como la cría de cerdos —practicada tradicionalmente por los abuelos y las mujeres de las familias del campo— y pasar a la gestión conjunta de la agricultura integral moderna, que tenía un verdadero potencial a largo plazo. Cada vez que había elecciones generales el jefe de la cooperativa agrícola local anotaba el voto de sus miembros, y cuando el gobierno tenía que reunirse en asamblea para fijar el precio del arroz también era el responsable de alinear a los manifestantes que acudían a Tokio para protestar frente al Ministerio de Agricultura. Ese mismo hombre era hoy el encargado de presentar las conferencias de Asai.

Asai explicaba las diferentes técnicas de fabricación de alimentos procesados y los métodos de gestión procurando mantener la dignidad propia de un funcionario del ministerio. No se limitaba a hablar de los productos cárnicos, sino también de la fruta y, en las regiones costeras, hablaba del procesamiento de marisco y otros productos del mar (con la ayuda de un funcionario de la Agencia de Pesca). En cuanto a la carne y la fruta, sus conocimientos le bastaban para dar charlas introductorias de carácter general. Era todo un veterano en el campo del

procesamiento de alimentos, de modo que sus conocimientos, incluso en la vertiente más técnica, superaban con creces los de los especialistas de la industria.

En las provincias era recibido con una gran hospitalidad. Si bien no se alojaba en hoteles de lujo, la comida que le servían estaba elaborada con los ingredientes más frescos. De vez en cuando había geishas en las cenas a las que lo invitaban. Lo que más arduo le resultaba era seguir el ritmo de aquellos hombres acostumbrados a ingerir grandes cantidades de alcohol, pues todos querían brindar con él. Durante el día, mientras se desplazaba de un lugar a otro, tenía ocasión de visitar algunos de los lugares turísticos de la región.

Las distracciones del viaje le servían para mantener la mente ocupada, pero de vez en cuando se abstraía y sus pensamientos se centraban de nuevo en la investigación que había encargado a la agencia de detectives. ¿Habrían descubierto algo ya? ¿Qué clase de información nueva contendría el informe?

Ahora que Asai volvía a estar soltero, muchos de sus compañeros lo envidiaban y le decían cosas como: «Qué suerte volver a ser libre», o: «Puedes llegar a casa a la hora que te plazca o pasar la noche fuera sin tener que rendir cuentas a nadie, ¡eso sí que es ser afortunado!», y también: «Puedes hacer lo que quieras, es como vivir una segunda juventud. Por desgracia, mi mujer no me pasa ni una».

Sin embargo, Asai no era un juerguista. Jamás había engañado a su esposa ni había flirteado con otras mujeres. Aunque lo sabía prácticamente todo sobre los asuntos prácticos de su oficina gubernamental, no conocía ni una técnica para atraer a las mujeres y nunca había tenido una aventura apasionada. Era consciente de que no le resultaba atractivo y, por consiguiente, nunca se había atrevido a hacer los avances necesarios para seducirlas. Aunque alguna le gustara, no ambicionaba conquistarla. Su interés por las mujeres había retrocedido hasta niveles deplorables. Por eso, aunque los demás envidiaran su soltería recién recuperada, no gozaba de la libertad entregada a los placeres que todos imaginaban. Si hubiera tenido más dinero quizá habría sido distinto, pero no llevaba una vida lo bastante acomodada. No tenía la menor intención de retirar el dinero que tenía a plazo fijo para gastárselo en prostitutas.

Algunos le preguntaban abiertamente si pensaba casarse de nuevo. Lo consideraban un privilegiado porque podría elegir a una mujer joven, y también lo envidiaban por eso.

Asai aún no se lo había planteado. Sería libre para volver a casarse al año siguiente, después del primer aniversario de la muerte de Eiko. Conocía personas dispuestas a buscarle un buen partido. Pero no sabía si era eso lo que quería. Una mujer de su edad tendría un pasado, y no quería que ella lo comparase con otro. Por eso no creía que un matrimonio como ese funcionara. Por otro lado, tampoco se veía casándose con una mujer discreta y tranquila. No se podía decir que él fuera un hombre activo y hablador, por lo que solo conseguirían formar un hogar triste y aburrido. Si pudiera elegir preferiría a una mujer alegre, intelectual, amable y con encantos femeninos, pero aquello sería imposible para un funcionario cuarentón que quería casarse en terceras nupcias. En su caso, la lista de candidatas se acortaba por sí misma y las oscuras perspectivas ensombrecían toda esperanza. Asai estaba orgulloso de sus logros como funcionario del ministerio, pero la cosa cambiaba en lo relativo a su vida privada.

Si escogía a una mujer demasiado joven no sabría cómo tratarla. Estaba convencido de que ella le sería infiel. Además, nunca sabría lo que hacía fuera de casa. Con lo de Eiko ya estaba quedando bastante harto de detectives privados y agencias de investigación.

Finalmente llegó el día acordado para la entrega del informe.

Asai se puso las gafas oscuras y se dirigió a la agencia. El jefe lo recibió de nuevo en la sala de visitas.

—Al final conseguimos encontrar a la asistenta —le informó—. Había dejado la empresa de servicios domésticos y nos costó bastante localizarla, hasta que descubrimos que había regresado a su pueblo, en la prefectura de Yamanashi. Por eso nuestros honorarios serán un poco más altos de lo acordado.

—Pagaré la diferencia.

—En cualquier caso, me parece que el informe le resultará muy satisfactorio. Aquí tiene. —El detective le tendió un sobre grande, igual que el de la última vez, cerrado con cinta adhesiva. Parecía contener un secreto importante. El sobre era más abultado que el del primer informe.

Asai rasgó la cinta adhesiva. El sobre contenía un fajo de hojas de papel tradicional escritas en caracteres de imprenta azules. En la esquina superior derecha de cada hoja había un sello rojo con la palabra «Confidencial».

«Según lo declarado por Komako Hanai (treinta y cinco años), la empresa de servicios domésticos para la que trabajaba la envió a servir como asistente en la casa que el señor Konosuke Kubo tenía en Sanya, Yoyogi. Estuvo trabajando allí a tiempo parcial desde octubre del año pasado hasta marzo de este año. No era una asistente interna, sino que llegaba a la casa alrededor de las 7.30 de la mañana y a las 19.00 regresaba a la empresa, donde vivía y dormía. A continuación, detallamos las actividades diarias del señor Konosuke Kubo referidas por su asistente.»

Asai leyó hasta aquí y guardó el informe en el sobre.

—Le pagaré sus honorarios. ¿A cuánto ascienden?

Una vez abonada la factura, Asai entró en una cafetería para leer el resto del informe.

«Komako Hanai tenía tres días libres al mes que no estaban establecidos de antemano, sino que tenía que acordarlos con el señor Kubo. Sus tareas consistían en cocinar, limpiar y hacer la colada, entre otras. Como el señor Kubo vivía solo y llevaba la mayoría de su ropa a la tintorería, la colada no le suponía mucho trabajo. Lo más engorroso era la limpieza, pues tanto la casa como el jardín eran muy grandes y era imposible alcanzar todos los rincones. Sin embargo, el señor Kubo le había dado instrucciones de limpiar solo las zonas que él utilizaba habitualmente. En cuanto al jardín, bastaba con que mantuviera limpia la parte que daba a la entrada principal. Él mismo se ocupaba del pastor alemán que tenía junto a la puerta trasera de la casa. Le gustaban mucho los perros, y le había comentado a su asistente que antes había tenido un perro de Akita y un collie.

»Por la mañana el señor Kubo desayunaba tostadas; al mediodía comía en la oficina (en sus días libres almorzaba un bocadillo) y solía cenar pescado o carne. No era nada maniático con la comida. Cuando tenía que salir tarde de la oficina o tenía alguna cena de trabajo, solía avisar con antelación a la señora Hanai, o la llamaba por teléfono en caso de que se tratara de un cambio de planes improvisado. Entonces ella tenía permiso para cerrar la puerta e irse a las 16.00.

»La esposa del señor Kubo está ingresada en un sanatorio de Nagano, por lo que la asistente casi nunca entraba a limpiar en su habitación: era el mismo señor Kubo quien se encargaba de ello. La señora Hanai sospechaba que allí guardaba artículos de valor. El caso es que al señor Kubo no le gustaba que ella entrara en aquella habitación.

»Al no tener hijos y vivir separado de su esposa, parece ser que el señor Kubo llevaba una vida más bien solitaria. Sin embargo, no salía de noche y su asistente nunca sospechó que tuviera aventuras con otras mujeres. No jugaba al golf ni al *mahjong*, y sus únicas aficiones eran la lectura y los juguetes tradicionales. Tenía una valiosa colección de juguetes de todo el país expuestos en las estanterías del salón, el estudio y el dormitorio. Lo más destacable era su colección de cometas de todas las regiones, que adornaban las paredes del salón y el dormitorio e incluso colgaban del techo. Al señor Kubo le apasionaban los juguetes de papel, entre los que se contaba un hermoso farolillo que representaba el escenario de un teatro. Cuando la señora Hanai se lo preguntó, el señor Kubo le dijo que era un farolillo Yamaga de la provincia de Higo.»

Asai tuvo una revelación que estalló ante sus ojos como un fogonazo de luz blanca.

«La floreciente luz del farolillo dorado Yamaga.»

Eiko lo había visto en casa de Konosuke Kubo.

Hasta entonces solo había sido un presentimiento, pero aquella evidencia que acababa de aparecer ante sus ojos lo dejó mudo de asombro. El suave hilo musical que sonaba en la cafetería se convirtió en un estruendoso ruido que le martilleaba los tímpanos y le encogía el corazón.

Sus ojos empezaron a reseguir rápidamente las siguientes líneas del informe:

«Según el testimonio de la asistente, apenas existía relación entre el señor Kubo y su vecina, Chiyoko Takahashi. Ella solo era la dueña de la tienda de cosméticos de al lado, y cuando se encontraban en la calle se limitaban a intercambiar un saludo. Durante los meses que la señora Hanai estuvo al servicio del señor Kubo, nunca vio entrar a su vecina en la mansión ni al señor Kubo en la tienda de cosméticos. Al menos mientras Komako Hanai estaba allí, naturalmente. Cabe la posibilidad de que se reunieran a partir de las 19.00, cuando terminaba su jornada laboral, o en sus días libres. Sin embargo, ella cree que si hubieran tenido una relación íntima lo habría notado en su actitud, pero nunca llegó a sospechar nada al respecto.

»Como ya hemos mencionado antes, la señora Hanai tenía tres días festivos al mes que se decidían mediante previo acuerdo por ambas partes. Al parecer, solía ser el señor Kubo quien le proponía una fecha dos o tres días antes. Casi nunca era domingo. La asistente cree que los días en los que ella libraba el señor Kubo también iba a

trabajar. Además, el último fin de semana de cada mes iba a Nagano a visitar a su esposa y se quedaba a dormir allí, así que la señora Hanai también libraba.

»El 7 de marzo era viernes. El señor Kubo le había dado fiesta a su asistente. Cuando llegó a la mañana siguiente, la casa no tenía el aspecto habitual».

Asai se preguntó qué habría cambiado en la mansión.

«Uno de los tatamis del salón se había chamuscado y estaba en el exterior, junto a la puerta trasera. También se había quemado la mitad inferior de una de las puertas correderas de papel. En el suelo de la cocina había tres cubos de agua, y otros tatamis y puertas correderas estaban empapados en agua. La estufa de gas del salón también estaba mojada. Parecía que hubiera habido un incendio el día anterior.

»Cuando la asistente le preguntó al señor Kubo qué había pasado, este le dijo que mientras estaba en el baño un cigarrillo encendido había caído sobre el periódico que se encontraba a su lado. Las llamas habían prendido el tatami y la puerta corredera. Él se había asustado, había ido a la cocina y había empezado a llenar cubos de agua para extinguir el fuego. Afortunadamente, había logrado apagar las llamas antes de que fuera demasiado tarde. Al parecer, el 7 de marzo el señor Kubo había estado en casa todo el día.»

# 12

Después de analizar exhaustivamente el informe de la investigación, Tsuneo Asai llegó a la conclusión de que su esposa Eiko no había muerto en Cosméticos Takahashi, sino que ya estaba muerta cuando la llevaron allí.

Los puntos que Asai extrajo a partir de los datos proporcionados por el informe fueron los siguientes:

1. Komako Hanai, la asistenta que Kubo había contratado a través de una empresa de servicios domésticos, no había ido a la casa el 7 de marzo. Aquel día, Konosuke Kubo no fue a trabajar, sino que supuestamente se quedó solo en casa todo el día.

2. Cuando Komako Hanai llegó a la casa la mañana del 8 de marzo, uno de los tatamis y una puerta corredera de papel estaban quemados. Kubo le contó que mientras estaba en el baño su cigarrillo encendido había caído encima de un periódico y las llamas se habían extendido, pero había logrado apagar el fuego antes de que fuera tarde. Había indicios de que había echado agua sobre la estufa de gas.

3. En la cocina había tres cubos que supuestamente habían servido para apagar el fuego. Ella solía usar solo dos para cocinar. Los cubos todavía no estaban secos, tenían agua en el fondo.

4. El 7 de marzo a las 15.25 había habido un terremoto de magnitud 3 en Tokio. Según el periódico, el temblor había sido lo bastante fuerte como para hacer caer objetos de las estanterías. Mucha gente había salido a la calle corriendo.

5. En un periódico del mismo día, Asai había leído la siguiente previsión meteorológica: «La noche del 6 de marzo llegará un frente frío que barrerá toda la zona de Kanto durante el día 7. Las temperaturas bajarán y se situarán tres grados por debajo de la media. Es posible que nieve en las regiones montañosas».

6. Konosuke Kubo era aficionado a coleccionar juguetes tradicionales. Según su asistenta, tenía una gran colección de cometas de todas las regiones del país colgadas en las paredes y el techo del salón y el dormitorio.

7. En su colección había un farolillo Yamaga de Higo.

8. En Tokio no había tiendas ni centros comerciales que vendieran o expusieran farolillos Yamaga (Asai lo había investigado por su cuenta tras leer el informe). En los centros comerciales se vendían productos típicos de la prefectura de Kumamoto y de la región de Kyushu, pero nunca habían tenido farolillos Yamaga.

9. En el poema de Eiko había una referencia a un farolillo Yamaga, que tuvo que haber visto en casa de Konosuke Kubo. En otro de sus poemas hablaba de un amuleto Somin Shorai, que también debía de formar parte de la colección de Kubo.

10. La asistenta había observado que Konosuke Kubo y su vecina Chiyoko Takahashi no tenían ninguna relación más allá de saludarse cuando se encontraban en la calle. La mujer nunca había estado en su casa.

¿Qué conclusiones se podían extraer combinando aquellos diez puntos?

Según su cuñada Miyako, el 7 de marzo Eiko había salido sobre las 13.00, probablemente para ir a casa de Kubo.

Komako Hanai, la asistenta, había declarado que tenía tres días libres al mes que no eran fijos, sino que los acordaba unos días antes con Konosuke Kubo. Es decir, él escogía los días libres de su asistenta según lo que tuviera

planeado con Eiko. Cada vez que los amantes se encontraban, planeaban su siguiente cita.

La asistenta también había declarado que algunos días Kubo salía del trabajo antes de lo habitual y le daba permiso para irse a su casa. Aquellos días también debía de quedar con Eiko. Al fin y al cabo, los tres días libres al mes de la asistenta no bastaban para llevar un romance secreto.

¿Cómo se habían conocido Eiko y Konosuke Kubo? Ese era un misterio que aún no había resuelto. Tendría que preguntárselo directamente a él. Sin embargo, el cómo y el porqué no importaban ahora. Tenía que centrarse en los hechos reales, es decir, en el resultado.

Al principio, Asai había creído que Eiko se reunía con su amante en un hotel de citas. Estaba tan convencido de ello que había llegado a preguntar en los tres hoteles situados en lo alto de la colina. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que era mucho más seguro reunirse con él en su casa, puesto que Kubo vivía solo. Allí no había empleadas que pudieran verlos ni corrían el peligro de encontrarse casualmente con otros clientes al entrar o al salir, lo que podría haber ocasionado situaciones embarazosas. El interior de la casa era grande, y el jardín que la rodeaba la aislaba de las casas vecinas. Se podía decir, pues, que estaban a salvo de miradas y oídos indiscretos.

Komako Hanai, la asistenta doméstica, le había dicho al detective que en la casa había una habitación de estilo occidental a la que tenía prohibido acceder. Ella creía que se trataba del dormitorio de la esposa del señor Kubo, que estaba ingresada en un sanatorio de Nagano, pero ¿y si hubiera sido la habitación de matrimonio? En ese caso, contendría dos camas individuales o una doble. Si la esposa de Kubo no vivía en la casa, ¿quién utilizaba la otra cama? El propio Kubo se encargaba de limpiar aquella habitación. La asistenta se había equivocado al sospechar que contenía algún objeto valioso y que por ese motivo no quería que entrara nadie. No era por eso. Kubo no quería que su asistenta encontrara el menor indicio de lo que estaba pasando en aquel dormitorio. Por eso le había prohibido entrar.

Al principio, a Asai le costaba mucho imaginarse a Eiko reuniéndose a escondidas con Kubo en su casa. Él la conocía como esposa, pero la Eiko que tenía una aventura con Kubo no era la Eiko esposa, sino la Eiko mujer. Una mujer a la que no conocía en absoluto. Una mujer que había refrenado el deseo de su marido para proteger su corazón enfermo y, cuando él ya se había acostumbrado a las nuevas rutinas, había roto las reglas que ella misma había impuesto. Y lo había hecho fuera del matrimonio.

Asai intentó ver a Eiko de otra forma, pero como ella siempre estaba en casa cuando él llegaba de trabajar, le costaba aceptar que fuera la misma persona. La realidad, basada en su día a día con Eiko, chocaba de frente con las abominables conjeturas que tenía en su cabeza.

¿Era un intento de tratar de suavizar las cosas? ¿O más bien el amor propio de un marido que se resistía a aceptar que había sido engañado por su esposa?

El 7 de marzo a las 15.25 hubo un terremoto lo bastante fuerte como para hacer caer objetos de las estanterías. Una casa como la de Konosuke Kubo, construida antes de la guerra, debió de temblar hasta los cimientos. Probablemente una de las cometas que colgaban del techo o de la pared se desprendió y cayó al suelo, rozando la estufa de gas. En condiciones normales, a aquellas alturas del año ya no hacía falta encender la estufa, y mucho menos a primera hora de la tarde, pero la noche anterior había entrado un frente frío que había ocasionado un descenso notable de las temperaturas en la zona de Kanto. Por eso no sería de extrañar que la estufa hubiera estado encendida. La cometa había rozado la llama de la estufa, había empezado a arder y había propagado el fuego al tatami y a la puerta de papel.

¿Dónde estaban Eiko y Kubo en aquel momento y qué estaban haciendo? Lo más probable era que hubieran descubierto el fuego enseguida y lo hubieran apagado antes de que ardiera la casa entera. Al final solo se había chamuscado un tatami y la mitad inferior de una de las puertas correderas.

Pero ¿cómo podía tener la certeza de que Eiko y Kubo estaban juntos en aquel momento? La prueba estaba en el informe de la agencia de detectives. La asistenta había declarado que, a la mañana siguiente, cuando entró en la casa, había encontrado tres cubos todavía húmedos. Era un testimonio muy valioso.

Una persona sola intentando apagar un fuego habría utilizado un cubo, dos a lo sumo. Ante una emergencia como aquella lo que había que hacer era llenar un cubo de agua y echar a correr hacia el foco del incendio. A veces un cubo no bastaba para apagarlo por completo: el fuego retrocedía temporalmente pero pronto se avivaba de nuevo, y las llamas se extendían hacia las superficies que no habían entrado en contacto con el agua. Una persona sola tendría que regresar cuanto antes al grifo y rellenar el cubo, pero no le daría tiempo a preparar un segundo cubo con agua. Tal vez conseguiría llenarlo hasta la mitad.

Salvo que hubiera dos personas. Mientras una corre hacia el fuego, la otra puede llenar el cubo. Y cuando la primera persona vuelve, el segundo cubo ya está preparado. Si son lo bastante rápidos, pueden utilizar incluso tres cubos. Es imposible que una persona sola pueda hacer una rotación de tres cubos, pero dos personas sí pueden. Es posible que los dos arrojaran agua a las llamas al mismo tiempo. El fuego solo había chamuscado la puerta de papel y el tatami, por lo que probablemente se habían requerido los esfuerzos combinados de dos personas para impedir que se propagara.

Ahora Asai estaba convencido de que Eiko se encontraba en casa de Kubo cuando se declaró el incendio.

Descubrir que hay un incendio en la casa donde te encuentras asusta a cualquiera. Te pones muy nervioso. Te imaginas la casa entera ardiendo y las llamas atravesando el techo para elevarse hacia el cielo. A veces, los supervivientes de un incendio afirman que lo apagaron sin ser conscientes de lo que hacían, y ni siquiera recuerdan haber llenado cubos de agua para combatir las llamas: como si hubieran actuado en una especie de trance. El corazón empieza a latir de forma ensordecedora, marcando rápidamente las pulsaciones como la segunda de un reloj; y la respiración se vuelve jadeante, como si estuvieras corriendo cuesta arriba.

«Fue entonces —pensó Asai—. Fue entonces cuando Eiko tuvo el infarto.»

Eiko sufría una enfermedad coronaria. El médico le había prohibido la actividad física intensa y le había recomendado que evitara cualquier alteración o sobresalto que pudiera afectarle el corazón. ¿Y qué podía superar semejante sobresalto? ¿Qué podía provocar mayor alteración? Incluso el corazón de una persona sana habría sufrido en aquellas circunstancias.

En su día a día, Eiko tomaba todas las precauciones posibles para mantener a raya su enfermedad crónica, procurando evitar cualquier estimulante que pudiera perjudicar su corazón. Incluso le había pedido a su marido que renunciara a mantener relaciones con ella, hasta que él se había acostumbrado a la abstinencia.

Pero últimamente Eiko gozaba de muy buena salud. No parecía una persona enferma. Era como si ella misma hubiera olvidado su dolencia. Aunque todavía tenía el corazón delicado, los síntomas no parecían afectarla.

Cuando vio el salón en llamas, el corazón le dio un vuelco y bombeó un torrente de sangre hacia la arteria coronaria. Pero sus frágiles vasos sanguíneos se obstruyeron.

El infarto de Eiko también tuvo sin duda un detonante psicológico. De repente, al ver el fuego, debió de ser consciente de su propia situación. Pronto acudirían camiones de bomberos y una multitud de gente se congregaría en torno a la casa. Una vez apagado el incendio, los bomberos y la policía la interrogarían: «¿Dónde estaba usted cuando ha visto el fuego?», «¿Qué estaba haciendo allí?», «¿Cuál es la naturaleza de su relación con el señor Konosuke Kubo?», «¿Solo buenos amigos o algo más que amigos?», «Entonces, ¿usted solo visitaba al señor Kubo cuando la asistenta no estaba? ¿Es consciente de que la frecuencia de sus visitas puede dar lugar a malentendidos?», «¿Su marido está al corriente de su amistad con el señor Kubo?».

Es posible que en los oídos de Eiko resonaran todas las preguntas que le haría la policía.

Y, aunque no fuera así, los curiosos no pasarían por alto la imagen de una mujer saliendo a toda prisa de la casa en llamas. Casi podía imaginar a las vecinas chismorreando: «¿Quién es esa que acaba de salir de la casa corriendo? No parecía su mujer». «Por supuesto que no, su mujer lleva tiempo ingresada en un sanatorio de Nagano, el marido vive solo.» «Ah, entonces debe de ser...»

Seguro que aquellas ideas le martilleaban el cerebro mientras se apresuraba a llenar un cubo tras otro bajo el grifo de la cocina y se los iba pasando a su amante, que luchaba para apagar el fuego que resplandecía y llameaba en el salón. Quizá ella también corriera hacia el salón con un cubo en la mano, lo levantara y lo vaciara sobre las llamas. ¿Puede haber algo más angustioso, físicamente extenuante y mentalmente estresante?

De repente, fue presa de un agudo dolor en el pecho. Se agachó como si fuera a desplomarse, con la piel cubierta de sudor frío. El miedo a la muerte hizo que se echara a temblar y vomitó.

El fuego estaba apagado. Pero ¿y qué hizo Konosuke Kubo cuando vio a Eiko en el suelo, inconsciente?

No podía permitirse llamar a un médico para que fuera a su casa. ¿Cómo le explicaría la situación?

¿Y cómo se lo diría a la familia de Eiko (es decir, a su marido)? Sin duda Eiko le habría contado a Kubo sus circunstancias familiares. Él nunca había visto a su marido, pero sabría cómo se llamaba y dónde trabajaba, incluso puede que conociera su dirección y número de teléfono. Aunque tuviera todos aquellos datos, sin embargo, ¿con qué excusa se pondría en contacto con él? ¿Dónde le diría que fuera a recoger a su esposa?

Kubo también debió de acordarse de su propia esposa. Aunque estuviera en el sanatorio, tarde o temprano se enteraría de lo ocurrido. A fin de cuentas, había habido un incendio en su casa y había aparecido una mujer

desconocida en estado crítico.

Kubo tuvo que tomar una rápida decisión. Si avisaba al médico el incendio y su aventura con Eiko saldrían a la luz. El médico llamaría a los bomberos y todo el barrio sabría lo ocurrido. Solo era cuestión de tiempo que llegara a oídos de su mujer.

En aquel momento, Konosuke Kubo solo vio una alternativa: taparlo todo. Se le ocurrió que Eiko podía aparecer en otra casa que no fuera la suya. No podía llevarla muy lejos, así que tendría que dejarla en algún lugar cercano. Visto así, no era de extrañar que Eiko hubiera aparecido en Cosméticos Takahashi.

Según el informe de los detectives, Konosuke Kubo y Chiyoko Takahashi apenas se conocían. No eran más que vecinos que se saludaban cuando se encontraban en la calle. Pero Kubo estaba desesperado. Entró corriendo en la tienda de su vecina, le reveló que se hallaba en una situación muy delicada y le pidió que lo ayudara urgentemente. Seguro que Chiyoko estaba sola en la tienda. Ella aceptó y entre ambos urdieron un plan secreto.

La mansión de Kubo tenía un amplio jardín frontal que quedaba algo elevado con respecto a la calle principal. Al final del jardín había un terraplén coronado por una cerca de bambú y a continuación más vegetación tupida. Así pues, la casa estaba bien protegida de miradas ajenas. La entrada trasera de Cosméticos Takahashi colindaba con la casa de Kubo, por lo que pudieron trasladar a Eiko y meterla en la tienda sin que nadie los viera.

Para entonces puede que Eiko ya estuviera muerta. No, seguro que lo estaba. Cuando Chiyoko Takahashi envió a la joven universitaria a avisar al doctor Ohama, Eiko estaba tumbada sobre el tatami de la trastienda y ya no respiraba. «Eran las 16.35 del 7 de marzo —le había dicho el doctor Ohama—. Lo sé porque consulté el reloj, es muy importante hacerlo. A esa hora su esposa ya había fallecido. Tenía las pupilas dilatadas y no tenía pulso. No pude hacer nada por ella. Dejé de respirar una media hora antes de que yo llegara. Tuve que fiarme de lo que me contó la señora Takahashi, que la acompañó hasta el último momento. Puede que como máximo llevara muerta una hora.»

Tras un insistente interrogatorio por parte de Asai, el doctor Ohama había acabado admitiendo que Eiko podía haber muerto hasta una hora antes de que él llegara.

Asai estaba convencido de que ese era el motivo real por el que Konosuke Kubo no había tenido otra alternativa que ceder a las presiones de Chiyoko Takahashi y venderle su terreno.

El hotel Chiyo se había construido apenas medio año después de la muerte de Eiko, por lo que las negociaciones de la compraventa del terreno debieron de empezar justo después. ¿Cuánto dinero habría pagado Chiyoko Takahashi?

Asai evocó el rostro bien maquillado de la mujer y sus labios carnosos, y recordó sus ademanes sutilmente seductores, su distinguida forma de hablar y el encanto con el que embelesaba a sus clientes. Pero debajo de todo aquello se escondían el descaro, la avaricia y la astucia de cualquier persona de su edad. Puede que no solo fuera la amante de un representante de cosméticos, sino que ambos hubieran conspirado para aprovecharse de la debilidad de Konosuke Kubo.

Los hoteles para parejas parecían un negocio muy lucrativo. Tanto el Tachibana como el Midori, situados en la cima de la colina, iban viento en popa. Asai dedujo que hacía tiempo que Chiyoko Takahashi había tirado la toalla con la tienda de cosméticos y se estaba planteando reconvertir el negocio. El problema eran la ubicación y la compra del terreno. Hasta que se le presentó la oportunidad de adquirirlo a un precio incomparable aprovechándose del secreto de Konosuke Kubo. Lo que había hecho, en otras palabras, era chantajearlo. Seguro que Genkichi Higai había estado implicado. O tal vez hubieran contratado a un *yakuza* para amenazar a Kubo. Habían añadido el nombre de Konosuke Kubo en la lista de miembros del consejo de administración del hotel solo para disimular.

Sin embargo, a Asai no le interesaban las artimañas de las que se había servido Chiyoko Takahashi para adquirir el terreno. Su verdadero objetivo era Konosuke Kubo, el hombre que había «matado» a Eiko.

Habría podido profundizar en la investigación y comprobar si los días en los que Eiko salía de casa correspondían con los días en los que Kubo no iba a trabajar o salía temprano de la oficina, pero no le hacía falta.

De vuelta al ministerio, Asai revisó documentos, se entrevistó con empresarios, asistió a una reunión tras otra y redactó borradores. Pero en sus intermitentes momentos libres su mente escupía, como un volcán en erupción, la imagen del hombre alto de cara alargada.

En el informe de la agencia de detectives, Asai había leído que Konosuke Kubo viajaba a la prefectura de Nagano el cuarto sábado de cada mes para visitar a su esposa enferma en el sanatorio donde estaba ingresada, situado en el altiplano de Fujimi. Solía tomar un expreso que recibía el nombre de Alpes 4 y salía de la estación de Shinjuku a las 13.10. Esto último lo averiguó un sábado por la tarde llamando por teléfono a la empresa Textiles R. Cuando la recepcionista del departamento de administración general descolgó el teléfono, Asai le dio un nombre falso y le dijo que era un conocido de Kubo.

—El señor director ha salido hace una hora. Sí, está de camino a Fujimi, en la prefectura de Nagano. ¿En qué tren? En el expreso que sale de Shinjuku a las 13.10... Sí, siempre toma el mismo.

El trayecto en tren desde la estación de Shinjuku hasta el pueblo de Fujimi duraba unas tres horas y media. Asai calculó que Kubo debía de llegar sobre las cinco de la tarde, antes de que terminara el horario de visitas del sanatorio. Era de suponer que Kubo pasaba la noche del sábado en el pueblo de Fujimi o en la localidad vecina de Kamisuwa y el domingo por la mañana regresaba al sanatorio para volver a ver a su esposa antes de emprender el viaje de vuelta.

Viajar una vez al mes sin falta para visitar a su esposa enferma lo hacía parecer un marido devoto, pero Asai estaba convencido de que lo hacía por obligación, para guardar las apariencias. A fin de cuentas, aquel hombre había abandonado el cuerpo de Eiko en casa de su vecina para salvaguardar su propia reputación. Tenía una personalidad falsa y taimada.

El cuarto sábado del mes de octubre era el día 25.

Poco antes de la una, Asai caminaba con sus gafas oscuras por el andén de la línea de Chuo, en la estación de Shinjuku. El Alpes 4 ya estaba en el andén, lo que le permitió pasearse a lo largo de todo el tren, desde el último vagón, mirando a través de las ventanillas con aire indiferente. Era imposible que Kubo lo reconociera, y eso le daba una gran ventaja.

Konosuke Kubo estaba sentado en el centro de un vagón de primera clase. Había escogido un asiento junto a la ventanilla del lado izquierdo y estaba leyendo el periódico. El asiento de su lado estaba vacío, y enfrente había un anciano. No parecía que se conocieran. Asai se sentó lejos de él, pero procurando no perderlo de vista. Enfrente de él viajaban una madre y un niño.

Puesto que conocía su destino final, Asai no tendría por qué vigilar a Kubo durante todo el trayecto, pero había algo que lo preocupaba: aquel expreso no paraba en la estación de Fujimi. Según el horario, a las 16.24 llegaba a la estación de Kobuchizawa, la última antes de Fujimi. Allí había que hacer transbordo y tomar un tren de cercanías que salía a las 16.52 y llegaba a Fujimi a las 17.05. Eso significaba media hora de espera en el andén de Kobuchizawa.

Era imposible saber si Kubo esperaría media hora en la estación o tomaría un taxi que lo llevara directamente al sanatorio. Asai se decantaba por la segunda opción, pero también era posible que hiciera transbordo.

Asai tenía la intención de interceptar a Kubo al bajar del tren, de camino al sanatorio. El horario de visitas debía de ser limitado, por lo que también podría esperar a que saliera y alcanzarlo entonces, pero ya sería muy tarde. Si las visitas terminaban a las ocho, ya habría anochecido, y Asai no estaba seguro de que Kubo accediera a hablar con él. Lo ideal sería abordarlo en algún lugar donde no hubiera nadie.

Sería crucial no bajar la guardia ni un segundo durante el viaje, pues cabía incluso la posibilidad de que Kubo no se apeara del tren en Kobuchizawa. Hasta ese momento, Asai había estado convencido de que Kubo iría directamente a Fujimi, pero entonces se le ocurrió que a lo mejor solo era lo que les decía a sus conocidos y en realidad pasaba la noche del sábado de juerga en cualquier otro lugar y no se presentaba en el sanatorio hasta el domingo. Puede que al llegar se dirigiera a Kofu, un destino conocido por sus balnearios, o incluso más lejos, a Shimosuwa.

El tren arrancó. Kubo seguía leyendo el periódico. Parecía viajar solo, pues no había hablado con nadie. Asai hojeó una revista, pero estaba tan descentrado que los caracteres le parecían simples dibujos sin sentido.

En Kofu bajaron muchos pasajeros, entre ellos grupos de turistas que al parecer iban a admirar el paisaje otoñal. En el andén había un cartel que anunciaba la garganta de Shosenkyo. Asai levantó la cabeza y comprobó que Kubo no se había movido de su asiento. Miraba por la ventana mientras fumaba un cigarrillo. Parecía aburrido.

Así pues, bajaría en Kobuchizawa o en Shimosuwa, las dos próximas estaciones. Si bajaba en Kobuchizawa, ¿esperaría media hora en el andén o tomaría un taxi hacia el sanatorio?

Nada más salir de Kofu, el tren empezó a subir. La silueta del monte Fuji desapareció de la ventanilla izquierda y, a mano derecha, empezó a divisarse la arista de la cordillera Yatsugatake. Los bosques de ambos lados de la vía se teñían poco a poco de color carmesí.

Después de la parada en Kofu, la mitad de los pasajeros del vagón eran caras nuevas. El anciano que había estado sentado enfrente de Kubo había bajado del tren, y en su lugar había una mujer de unos treinta años vestida con un elegante kimono. Asai pensó por un momento que tal vez hubieran planeado reunirse en el tren y observó el movimiento de ambas cabezas, que sobresalían por encima de los asientos, pero no intercambiaron ni una palabra. Así pues, no se conocían. Kubo parecía enfrascado en la lectura de una revista.

Era la primera vez que Asai tenía la oportunidad de observar durante tanto rato al objeto de su odio. Estuvo pendiente de todos sus gestos, incluso los más pequeños: los movimientos de su cabeza, su forma de gesticular, la curvatura de su espalda... En definitiva, la gestualidad de un hombre normal y corriente, aburrido tras un largo viaje en tren. Cuando pensaba que tras aquellos gestos tan ordinarios se escondían los movimientos que habían seducido a Eiko, agazapados como un resorte a punto de saltar, una oleada de odio le sacudía las entrañas. Al mismo tiempo, sin embargo, se sentía recompensado y satisfecho de que todos sus esfuerzos a lo largo de aquellos meses lo hubieran llevado a desenmascarar a su rival. Para poder saborear de pleno aquella sensación no podía permitirse dar ni un paso en falso de ahí en adelante.

Asai no había amado tanto a Eiko para que su corazón estuviera herido de muerte. Se sentía más bien enfadado porque ella lo hubiera engañado y porque la causa de su indiferencia en la cama hubiera sido Kubo. No podía limitarse a callar y aprobar tácitamente su existencia. Odiaba a aquel hombre cuyas técnicas de seducción habían roto la abstinencia de Eiko y habían conseguido que se arrojara en sus brazos. El ingenio de haber dejado el cadáver de Eiko en casa de la vecina también demostraba su forma de hacer las cosas. Asai no quería vengarse de su rival porque hubiera seducido y manipulado a su esposa: aquella venganza era para sí mismo. Si hubiera sido capaz de pensarlo se habría dado cuenta, pero las emociones habían enturbiado su capacidad de análisis y se había convencido de que quería vengar a su mujer.

El tren se acercaba al puerto de montaña donde empezaba la prefectura de Nagano y redujo la velocidad. Algunos pasajeros se levantaron para recoger su equipaje de los compartimentos superiores. La alta figura de Kubo se incorporó ágilmente y alargó la mano hacia su maleta. Asai se puso en tensión. El hombre iba a bajar en Kobuchizawa, tal y como él había previsto.

Mientras el tren se acercaba al andén, Kubo se dirigió a la puerta opuesta al asiento de Asai, sin volverse ni una sola vez. Asai bajó del tren por la otra puerta.

Casi la mitad de los pasajeros cruzaron el paso elevado en dirección a la salida, mientras que la otra mitad se quedó en el andén esperando al tren de cercanías. Kubo estaba entre la veintena de pasajeros que permanecieron en la estación. Así pues, no pensaba ir a Fujimi en taxi, sino en tren. A fin de cuentas, el tren lo dejaría en la estación de Fujimi en un cuarto de hora, por lo que merecía la pena esperar media hora y ahorrarse el dinero del taxi. No parecía tener ninguna prisa por visitar a su esposa enferma.

Asai se mantuvo a una distancia prudencial. El hombre miraba hacia el este y él se colocó en dirección contraria. Enfrente había una montaña alta cuyo nombre no conocía. El sol teñía su cima de rojo. A finales de octubre, el aire era bastante frío en aquella zona montañosa. Cualquiera se habría sentido solo al encontrarse en una estación desconocida mientras el sol poniente proyectaba su propia sombra alargada en el andén, pero en aquellos momentos Asai era inmune a la melancolía.

La espera se hizo muy larga, pero al final llegó el tren de cercanías. Como iba medio vacío, Asai tuvo la precaución de subir en otro vagón. Mientras el tren cruzaba el puerto, el crepúsculo avanzaba en el altiplano y arrojaba una oscura luz azulada que escondía los colores del otoño. Las laderas de la cordillera Yatsugatake se veían negras.

Llegaron a la estación de Fujimi, donde bajó bastante gente. Entre ellos se encontraba Kubo, con su abultada maleta en la mano. Asai imaginó que debía de llevar regalos para su mujer. Lo siguió, procurando que siempre

hubiera tres o cuatro personas entre ambos. Temía perderlo de vista si dejaba demasiada distancia. Le preocupaba que Kubo tomara uno de los taxis estacionados enfrente de la estación. En ese caso, se vería obligado a abordarlo antes de que subiera al vehículo.

Al salir, sin embargo, Kubo subió sin vacilar a un autobús que esperaba junto a la estación. Asai no había contemplado aquella posibilidad, pero decidió subir con él. Solo tendría que procurar darle la espalda hasta que el autobús se detuviera en la parada del sanatorio. Dejaron atrás las animadas luces de las calles que rodeaban la estación y se alejaron del pueblo. Siguieron avanzando por el altiplano, donde la luz del día aún no se había extinguido por completo. Kubo bajó en la parada del sanatorio junto con tres pasajeros más. Asai se unió a ellos.

El sanatorio estaba un poco más arriba, a unos ciento cincuenta metros de la parada. Las ventanas estaban iluminadas, y desde aquella distancia parecía un hotel. Los tres pasajeros que habían bajado del autobús antes que él tomaron direcciones opuestas, por lo que Asai se quedó a solas con Kubo en aquel amplio paraje.

El hombre empezó a andar hacia el sanatorio. Asai levantó las gafas oscuras para consultar el reloj. Eran casi las seis. La alta silueta de Kubo caminaba un par de metros delante de él, ligeramente encorvada. La calle subía. Un coche que bajaba del sanatorio se cruzó con ellos y Asai apartó la cara de la luz de los faros.

Cuando el coche hubo pasado, Asai llamó a Kubo.

—¡Disculpe!

Su voz sonó ahogada, como si no fuera suya.

La figura que andaba delante de él se detuvo y se volvió. A pesar de la penumbra, pudo distinguir las gafas y la forma alargada de su cara. Era sin duda el hombre que había visto enfrente de Cosméticos Takahashi con un perro atado a una correa, pero esta vez no parecía tan hostil. Asai se dio cuenta de que Kubo no lo reconocía y se tranquilizó un poco, pero su corazón siguió latiendo desbocado.

Aquello duró apenas dos o tres segundos. Después, Asai avanzó sonriendo hacia Kubo.

—Disculpe, ¿es usted el señor Kubo? —le preguntó, recuperando su voz habitual.

—Sí, yo mismo.

Kubo se quedó de pie sin moverse, con una expresión ambigua, como si esperara descubrir la identidad del hombre que lo había abordado.

—Va al sanatorio, ¿verdad? —le preguntó Asai.

—Sí... Disculpe, pero ¿quién es usted?

Asai estaba de pie frente a Kubo. Como el hombre era más alto, se veía obligado a levantar la vista para hablar con él.

—Soy Asai.

Kubo ladeó la cabeza y frunció el ceño. Seguía sin reconocerlo. Parecía estar buscando en su memoria a todos los Asai que conocía.

—¿El señor Asai, dice...?

—Tsuneo Asai. ¿Está seguro de que no sabe quién soy?

No resultó muy elegante presentarse de aquella forma, pero no había preparado nada y fue lo primero que le salió.

Kubo hizo una mueca, como si acabara de tragarse un sapo. Las gafas le resbalaron un poco por la nariz, pero tenía los ojos abiertos como platos y la mirada fija en Asai.

—Bueno, la verdad es que no nos conocíamos. Soy el marido de Eiko —añadió sin rodeos, e inclinó ligeramente la cabeza—. Señor Kubo, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre Eiko. ¿Tiene unos minutos? —le preguntó, levantando la vista de nuevo.

Un destello de pánico y confusión brilló en los ojos de Kubo. Asai estaba convencido de que, de no haber sido por la penumbra, habría podido apreciar sus facciones retorciéndose y sus párpados temblando. Era incapaz de responder, así que Asai volvió a la carga.

—Supongo que quiere visitar a su esposa y tendrá prisa por llegar. ¿Le parece bien que hablemos en la sala de espera del sanatorio? —Dio un paso al frente.

—No —respondió Kubo apresuradamente—. No, ¡eso es imposible!

—Claro. Podría tener problemas, ¿verdad?

—Sí. No me obligue a hacerlo, por favor —le suplicó Kubo con fervor.

—Ya veo. Si su esposa lo oyera, las consecuencias podrían ser terribles.

—Sí. —Kubo agachó la cabeza.

—Lo comprendo. ¿Dónde podríamos hablar entonces? Pronto será de noche.

Kubo no respondió.

—Aquí no parece haber ninguna cafetería. ¿Sabe si enfrente del sanatorio hay algún lugar donde podamos sentarnos?

—Preferiría... evitar esa clase de lugares —dijo Kubo con la voz ronca.

—¿Adónde vamos, pues? ¿Volvemos al pueblo? Podemos esperar al siguiente autobús.

—No. Verá... si no tiene inconveniente, podríamos tener esta conversación mientras damos un paseo por aquí —balbuceó Kubo—. Así no nos oirá nadie.

—¿Por aquí? ¿Quiere que tomemos uno de estos caminos rurales?

—Sí, por favor. —Kubo inclinó la cabeza.

A decir verdad, aquella opción era también la más conveniente para Asai. En cierto modo, había estado preparando el terreno en esa dirección.

Lo que más le sorprendió fue que su rival admitiera tan fácilmente su relación con Eiko. Había esperado que Kubo se hiciera el inocente y lo negara todo. Sus actos demostraban que era un hombre astuto y taimado, por eso creía que iba a ser más difícil arrancarle una confesión y tenía preparadas varias estrategias para sonsacársela, pero no había hecho falta. Kubo no había evitado el enfrentamiento, quizá porque Asai había conseguido cogerlo del todo desprevenido apareciendo de repente ante sus ojos. El ataque se había producido de la forma más inesperada y no había tenido ocasión de defenderse. Las acusaciones de Asai eran firmes. Kubo se había dado cuenta enseguida de que lo sabía todo y se había sentido abrumado.

Los dos hombres abandonaron la calle que conducía al sanatorio y se desviaron por un camino de tierra en dirección al pie de la cordillera Yatsugatake. Solo se veían algunas casas dispersas, tenues luces solitarias que brillaban entre el oscuro bosque y las pequeñas arboledas. No había nadie.

Maleta en mano, Konosuke Kubo avanzaba por el estrecho sendero mal iluminado como si Asai lo estuviera arrastrando a la fuerza. Parecía asustado por lo que Asai pudiera decir o hacer a continuación y caminaba a su lado en silencio, lanzándole alguna que otra mirada de reojo. Parecía un animal herido y acorralado a la espera de una oportunidad de escape.

Bien. Asai decidió que, en ese caso, lo haría sufrir un poco más antes de hablar de nuevo, igual que en el ministerio, cuando abusaba de su posición de poder y se hacía de rogar ante los empresarios más vulnerables.

Anduvieron unos cincuenta metros examinándose mutuamente sin decir palabra. Fue Kubo el primero en detenerse.

—Señor Asai. —Era la voz de alguien que ya no aguantaba más el silencio.

—Señor Asai —dijo en voz baja Konosuke Kubo, que se había detenido en mitad del oscuro sendero—. Podemos hablar aquí. —Kubo tenía que agachar la cabeza para mirarlo.

Asai notaba en las mejillas el aire nocturno de finales de octubre, que en aquella región montañosa era tan frío como el de finales de noviembre en la ciudad. El frío se le colaba por la espalda a través del abrigo. Echó un vistazo alrededor.

—Claro. Aquí no hay oídos indiscretos.

Desde allí no se veía el sanatorio. Las laderas de la cordillera Yatsugatake les tapaban la vista como un muro negro e impenetrable. Las luces de las casas dispersas formaban un río que descendía por la base de las montañas. A un lado del camino se encontraba el bosque. Al otro lado, tras una hilera de matorrales, varios campos se extendían a lo lejos por el accidentado terreno. Desde el bosque y la arboleda llegaba un leve olor a hierba seca.

—Señor Asai, ¿qué ha venido a decirme? —preguntó Kubo.

—Quiero preguntarle por el día en que murió Eiko. He venido a hablar de eso.

El zapato de Kubo crujió ligeramente sobre la grava.

—¿El día en que murió? No tengo ni idea. ¿Cómo iba a saberlo?

—Pues tengo entendido que usted y ella tenían una relación muy estrecha.

Kubo no respondió.

—No intente negarlo. Antes, cuando le he dicho que era el marido de Eiko, se ha asustado y ha insistido en alejarme del sanatorio y traerme hasta este lugar apartado. Si no hubiera conocido a mi mujer, no se habría visto obligado a actuar así.

—No he dicho que no la conociera, eso no lo niego. Pero... ¿es por eso por lo que me ha seguido hasta aquí?

—No lo he seguido. He buscado una oportunidad para que pudiéramos hablar. No podía ir a verlo al trabajo, y mucho menos a su casa. ¿Se imagina lo humillante que habría sido para mí?

—Entonces, usted sabía que yo vendría al sanatorio.

—Averigüé que visitaba a su esposa el cuarto sábado de cada mes. He descubierto muchas cosas sobre usted. Sé que tenía una aventura con Eiko, pero quiero que me lo cuente usted directamente. Se lo preguntaría a ella, pero no puedo porque está muerta. Así que usted es el único que puede hablar.

—Eiko... quiero decir, su esposa, ¿no le contó nada antes de morir?

—Usted sabe perfectamente que no. Si me hubiera confesado que me engañaba, se lo habría dicho también a usted, ¿no cree? Si no me equivoco, se reunía con ella dos veces por semana en su antigua casa de Yoyogi.

Kubo hizo un movimiento. Por un momento, Asai pensó que iba a escapar, pero se limitó a ponerse de perfil y dejar pasear la mirada sobre el paisaje. A lo lejos, donde los campos se fundían con el horizonte, se veía el cielo estrellado entre las montañas.

Kubo dejó la maleta en el suelo y sacó un paquete de tabaco del bolsillo. Parecía que intentara ganar tiempo para pensar. La llama del mechero iluminó con un súbito fogonazo de luz escarlata la punta de su nariz y la montura de sus gafas, que pronto desaparecieron de nuevo engullidas por la oscuridad. Solo se veía el extremo incandescente del cigarrillo. Kubo exhaló el humo, pero siguió sin hablar.

—Parece que no encuentra la respuesta. ¿Quiere que empiece hablando yo para facilitarle las cosas? —dijo Asai con una media sonrisa. Kubo expulsó el humo nerviosamente—. Verá, señor Kubo. Eiko escribió en su diario personal todo lo concerniente a usted. Encontré la llave en un cajón de su escritorio. Anotó todas las visitas que le hizo en su casa. Si ella hubiera planeado suicidarse o hubiera caído enferma, se habría asegurado de destruir el diario antes de morir. Pero al fallecer inesperadamente, lejos de casa, no tuvo ocasión de hacerlo. En ese diario lo confiesa prácticamente todo.

Kubo seguía mudo.

—Tengo entendido que es usted aficionado a la artesanía popular: cometas, muñecos, animales tallados en madera, objetos de papel... En su colección tiene un farolillo Yamaga de la prefectura de Kumamoto, y también un

amuleto Somin Shorai. A Eiko le llamaron la atención y los describió en su diario.

Kubo se estremeció ligeramente, como si el frío aire nocturno le hubiera calado el cuerpo.

—Pero hay una cosa que no sé. ¿Cómo llegaron a intimar? Es lo único que no escribió en el diario, como si hubiera decidido omitirlo a propósito por miedo. ¿Cuándo y cómo se conocieron?

Kubo tiró el cigarrillo a medio fumar.

—Está bien, se lo contaré. Así entenderá por qué no le debo ninguna disculpa. —Su alta silueta se volvió de nuevo hacia Asai—. Eiko y yo éramos amantes, lo reconozco. Empezó hace unos dos años. Nos conocimos en un viejo templo de Fuchu. Yo me había enterado de que allí vendían amuletos Somin Shorai y quería comprar uno. Ella estaba dando un paseo a solas por el recinto del templo. Era un lugar muy tranquilo donde no había nadie más. Empecé a hablar con ella y me contó que había ido hasta allí a buscar inspiración para escribir un poema.

Asai sabía que Eiko solía pasear por los suburbios en busca de inspiración, pero jamás habría imaginado que su relación con Kubo hubiera empezado así. Hasta entonces había hecho mil elucubraciones al respecto, pero en sus teorías nunca intervenía la simple casualidad.

—Aquel día anduvimos juntos aproximadamente un kilómetro hasta la estación, hablando sin parar. Una semana más tarde, volvimos a encontrarnos inesperadamente en un centro comercial de Shinjuku. Yo subía al primer piso en la escalera mecánica y ella estaba justo un peldaño por debajo.

Una coincidencia como aquella, además de ser sorprendente, reforzaba la afinidad entre dos personas. Konosuke Kubo le explicó que habían almorzado juntos en un restaurante, y se habían sentido tan a gusto que habían quedado para comer la siguiente semana.

—Si Eiko escribió sobre mí en su diario, no puedo negarlo. No sé qué escribió exactamente, pero no me queda otra que admitirlo todo. —Kubo, que hasta entonces había hablado atropelladamente, prosiguió a un ritmo más moderado—: Dicho esto, no quiero que haya malentendidos. Eiko no me dijo que estaba casada. Me dijo que todavía era soltera. —Ahora fue Asai quien dio un respingo—. Decidí tener un romance con ella porque me dijo que era soltera. Si me hubiera hablado de su marido desde el primer momento, no podría haber hecho lo que hice. Estaba completamente convencido de que era una mujer soltera que había perdido la oportunidad de casarse. ¿Lo entiende, señor Asai? Eiko me engañó, igual que lo engañó a usted.

Asai se había quedado mudo de asombro.

—Un año después de que empezara lo nuestro, ella me confesó la verdad. Se sinceró conmigo hecha un mar de lágrimas y yo me quedé estupefacto. Pero por entonces ya era demasiado tarde. Aunque conocía la verdad, fui incapaz de dejarla. Admitió que me había engañado y dijo que entendería que quisiera romper con ella, pero que no quería dejar de verme. Así pues, nuestra aventura continuó. Es la pura verdad, señor Asai. Yo no le robé a su esposa. Estuve con ella porque creía que era soltera. Si hubiera iniciado una relación con ella a sabiendas de que estaba casada, sería culpable de adulterio y le debería una disculpa. Tendría una responsabilidad moral. Pero el caso es que no lo sabía. Eiko me engañó. Por eso no tengo por qué pedirle perdón. En cualquier caso, podría acusarme de no haber hecho lo correcto cuando ella me confesó la verdad, pues seguimos viéndonos casi un año más, pero ella me suplicó llorando que no se lo contara a su marido, y no tuve más remedio que seguirle la corriente. Esta es la verdad.

Konosuke Kubo había hablado del tirón. Se había aferrado al argumento de que Eiko le había dicho que era soltera y había basado toda su defensa en él. Había recobrado la confianza en sí mismo. Incluso empezaba a sonar agresivo.

Asai estaba convencido de que mentía. Sabía que Kubo había seducido a Eiko, y que ella le había dicho desde el primer momento que estaba casada. El hecho de seducir a una mujer casada debió de suponer un reto aún más excitante para un hombre como él. Y ahora utilizaba las mismas artimañas para hacerle creer a Asai todo lo contrario. Por eso había estado tan callado hasta entonces, porque estaba madurando aquel argumento en su cabeza.

—Así pues, ¿crees que no me debes ninguna disculpa? —le preguntó Asai, con la voz ligeramente alterada.

Kubo miró a derecha e izquierda, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando entre las sombras de aquel sendero aislado. Por lo demás, parecía tranquilo: sabía que Asai era bastante mayor que él y más bajo.

—No creo que deba ofrecerle la disculpa que ha venido a exigirme. Soy una víctima inocente del engaño de Eiko. Solo debería disculparme si fuera culpable de algo, ¿no? Además, aun suponiendo que Eiko y yo hubiéramos cometido adulterio, debería saber que ya no es ilegal. El código penal no lo contempla como delito actualmente. Y hay que tener en cuenta lo que ya le he dicho, es decir, que yo empecé a salir con ella porque me ocultó que estaba casada. No importa que me lo confesara más adelante: la responsabilidad es solo de Eiko.

—¿O sea que no te sientes moralmente responsable conmigo?

—¡Me ofende que me exija una disculpa! Lamento lo que le ha pasado, naturalmente. Pero cuando alguien me sigue hasta Nagano, me arrastra en plena noche hasta un oscuro camino rural y me intimida para obligarme a pedirle perdón... Mire, quizá en otras circunstancias me habría disculpado, pero ahora me niego a hacerlo.

—Ya veo. Te he seguido hasta aquí porque en Tokio no había ningún lugar donde pudiéramos mantener esta conversación, eso ya te lo he dicho antes. Yo no he escogido la hora, he tenido que adaptarme al horario del tren en el que sueles viajar. Además, has sido tú quien me ha llevado hasta este camino rural. Yo te he propuesto hablar en el sanatorio, pero tú has puesto el grito en el cielo y has preferido tener esta conversación aquí.

—Sí, porque usted me ha amenazado con discutirlo delante de mi mujer. Dígame, ¿qué es lo que quiere?

—¿Yo?

—Supongo que no me habrá seguido hasta aquí solo para pedirme que me arrodille ante usted y le pida disculpas. Habrá algo más, ¿no?

Asai se acercó tanto que su rival debía de notar su aliento en la cara.

—Mira, Kubo, eres consciente de que hay bastantes amenazas y peligros a tu alrededor, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—A Chiyoko Takahashi, que te quitó la casa de Yoyogi. He investigado y lo he descubierto todo. Sí, no pongas esa cara de inocente... Después de que Eiko muriera en tu casa de forma repentina, le pediste a tu vecina que te ayudara a deshacerte de su cuerpo. No podías llamarme para que fuera a tu casa a recoger el cadáver de mi esposa, pues entonces todo habría quedado al descubierto. Pero tampoco podías llevar el cuerpo de Eiko a un descampado y abandonarlo allí. Entonces pensaste en la tienda de cosméticos de tu vecina. Te inventaste la versión de que Eiko estaba paseando por el barrio cuando de repente se encontró mal y entró en la tienda de la señora Takahashi, donde murió poco después. Típico de un hombre como tú, capaz de cualquier perfidia para guardar las apariencias. Pero cuando aquella mujer a quien apenas conocías aceptó ayudarte sin rechistar cavaste tu propia tumba. Chiyoko Takahashi resultó ser un hueso duro de roer. Se aprovechó de tu pequeño secreto y consiguió que le vendieras la casa y el terreno a precio de saldo. No creo que el chantaje fuera solo cosa suya, debió de llevarlo a cabo con la complicidad de su amante, un representante de cosméticos. No me estoy inventando nada, Kubo. Contraté a un detective privado para que te investigara. Estos hombres suelen ser exagentes de policía y tienen muchos recursos. Chiyoko Takahashi lo confesó todo. No admitió haberte chantajeado, por supuesto, pero se deducía de sus palabras. Toma, aquí tienes el informe de la investigación.

Asai sacó el sobre que llevaba en el bolsillo del abrigo y extrajo las hojas impresas hasta la mitad. Las hojas blancas reflejaron la poca luz que quedaba.

Konosuke Kubo se quedó rígido, con los músculos de la cara agarrotados. Al parecer, las hojas blancas de la agencia de detectives que sobresalían del sobre le habían sentado como un puñetazo. Ni siquiera tuvo ánimo para leer el contenido del informe y comprobar que fuera cierto. Había sufrido un auténtico revés al oír que Chiyoko Takahashi se lo había confesado todo a un detective privado.

—El detective también visitó a Komako Hanai, de quien obtuvo bastante información. Komako Hanai. La recuerdas, ¿verdad? La asistente que tenías contratada a través de una empresa de servicios domésticos. El detective tuvo que desplegar todos sus recursos para encontrarla y poder hablar con ella, pues la mujer dejó la empresa y ahora vive en una remota aldea de la prefectura de Yamanashi.

Aquella revelación fue otro revés inesperado para Kubo. El cuerpo entero le temblaba, quizá debido al frío. Parecía que tuviera los pies clavados en el suelo. Asai siguió hablando sobre la puerta corredera de papel y el tatami que se habían quemado en la casa de Kubo debido al terremoto del 7 de marzo, y también sobre los tres cubos de agua que se habían utilizado para apagar el incendio. Le contó los hechos que había reconstruido a partir del relato de la asistente y le dijo que Eiko había muerto debido al estrés mental y al agotamiento físico.

—No sabías que Eiko estaba enferma del corazón, ¿verdad? Eso no te lo contó. Su estado no le impedía hacer vida normal, y supongo que no te habló de su grave enfermedad porque temía que te asustaras y te alejaras de ella. Lo más peligroso para su corazón era el sexo. Pero se obsesionó contigo hasta el punto de olvidarlo. De hecho, con la ley en la mano, podrían juzgarte por asesinato.

—Pero ¿qué...?

—Llevaste un cadáver a casa de una tercera persona sin ningún motivo que te obligara a hacerlo. Eso es suficiente para acusarte de abandonar un cuerpo.

Kubo dio una patada en el suelo. Cuando habló, su voz había perdido la moderación y sonaba enfurecida.

—¿Se puede saber qué pretendes? ¡Tus amenazas son peores que las de Chiyoko Takahashi! ¿Qué quieres de mí? ¿Dinero?

—No quiero tu dinero.

—¡Mentiroso! Me has seguido hasta aquí para extorsionarme, pero no pienso ceder fácilmente ante tus amenazas. Todavía me queda un recurso para defenderme.

La alta figura de Kubo levantó los hombros.

—¿Un recurso?

—Exacto. Si sigues por este camino, se lo contaré todo a mi mujer. Chiyoko Takahashi ya me quitó la casa de mi familia, no tengo nada más que perder. Eiko me dijo que trabajabas en el Ministerio de Agricultura, es decir, eres un funcionario que está utilizando la infidelidad de su propia mujer para chantajear a su amante. Puedo decir que tú y tu mujer me engañasteis para ponerme en una situación comprometida y hacerme chantaje.

Asai se sobresaltó como si hubiera tropezado con una roca invisible.

—Qué curioso, ¿verdad? Yo soy un simple asalariado, trabajo en la modesta empresa de mi tío. Nada de esto afectaría a mi reputación. Mi tío no me despediría. Mi mujer tiene cáncer de pulmón, por lo que no vivirá mucho. Es decir, no tengo absolutamente nada que perder. En cambio, si te denuncio por intento de chantaje, tendrás que abandonar tu carrera. Supongo que podrías continuar ejerciendo hasta que el juez dictara sentencia, pero seguro que perderías tu puesto de encargado jefe. Y, para entonces, la prensa sensacionalista ya te habrá despedazado. No podrás entrar en el ministerio, porque ya habrás manchado tu reputación y no querrás presentarte ante todos esos jefes y superiores a los que llevas años dando coba.

Los funcionarios que se habían ganado a pulso el puesto que ocupaban actualmente en la administración pública, como Tsuneo Asai, solían ser tipos modestos que se sentían muy honrados de trabajar en el ministerio y tenían un fuerte apego al cargo por el que tanto habían luchado. En consecuencia, estaban dispuestos a defender su puesto con uñas y dientes, con una pasión visceral que podía ser el detonante de crímenes inesperados.

La oscuridad del altiplano fue la mejor aliada de Asai.

Asai no recordaba haber regresado por el camino que desembocaba en la carretera provincial.

La oscuridad lo envolvía. Su peso lo aplastaba. Se sentía como si caminara dentro del agua, sus piernas no se movían obedeciendo a su voluntad. Tenía que luchar por abrirse paso a través de la oscuridad. El bosque y los árboles negros parecían balancearse. Era una escena propia de un cuento. La niebla atenuaba las escasas luces de las casas lejanas.

Asai no notaba el frío, pues estaba ardiendo por dentro. Oía su propia respiración agitada y veía las nubecillas de aliento que exhalaba en el aire nocturno.

Aquello que acababa de hacer le parecía cada vez menos real. No lo había hecho por voluntad propia. No había sido una acción premeditada ni la culminación de un sueño largamente deseado. Había sido un simple impulso, nunca había tenido la intención de hacerlo. Sus manos se habían movido sin que su cerebro les hubiera dado la orden, como si su conciencia se hubiera desconectado.

El frasquito que contenía el ácido sulfúrico había estado escondido en su bolsillo desde el principio, pero no lo había guardado allí con la intención de utilizarlo como arma. Konosuke Kubo era joven y alto. Tenía que estar preparado por si la discusión derivaba en una pelea cuerpo a cuerpo. Su adversario era físicamente más fuerte. Si se abalanzaba encima de él, le arrojaría el líquido para hacerlo retroceder y aprovecharía para huir. Por eso había metido el ácido en un frasco vacío de sesenta mililitros de aceite para el pelo que había encontrado entre las cosas de Eiko. Lo había llenado, lo había cerrado firmemente con un corcho y le había puesto el tapón. Era un frasquito elegante con un tapón dorado y una etiqueta plateada.

Cuando Konosuke Kubo lo amenazó con denunciarlo por haber conspirado junto a su mujer para chantajearle y le gritó que su carrera en el ministerio había terminado, Asai sintió una oleada de pánico y confusión. Nunca había pensado que los acontecimientos tomarían aquel rumbo. Había imaginado que Kubo se postraría a sus pies, le haría mil reverencias tocando el suelo con la frente, lo confesaría todo con voz ahogada y le pediría perdón. Su objetivo inmediato era poder mirar desde arriba a su tembloroso rival mientras le imploraba perdón y compasión. Era su objetivo inmediato porque no había planeado qué haría después. En cuanto Kubo estuviera arrodillado a sus pies, podría humillarlo tanto como se le antojara. Lo único que había previsto era un escenario en el que Kubo se convertía en un ser lastimoso ante sus ojos, una especie de esclavo implorándole misericordia. Era eso lo que le habría gustado ver.

El contraataque de Kubo había sido inesperado y más violento de lo que Asai hubiera podido imaginar. Además, se podría decir que había atacado su talón de Aquiles, su punto más débil. Asai se vino abajo instantáneamente. El ministerio era el único lugar donde nadie debía saberlo. Era posible que Kubo solo se hubiera marcado un farol, naturalmente, pero Asai no tenía la menor intención de ser juzgado por sus colegas y superiores. No podía permitir que nadie escuchara la voz de aquella fiera lastimada y enfurecida. Así pues, fue el instinto de supervivencia lo que prendió la mecha en la cabeza de Asai.

Había tenido que superar un duro examen para acceder al ministerio, y la escalada hasta el puesto que ocupaba actualmente había sido muy laboriosa. Cuando se dio cuenta de que era inútil estar resentido contra el arbitrario y discriminatorio sistema de los funcionarios de carrera, decidió plantar cara a la élite convirtiéndose en un experto en su área de trabajo. Trabajaba mucho más que nadie y se quedaba más horas en la oficina. Durante la primera década tuvo que aguantar toda clase de ironías y sarcasmos, y sacrificó los placeres de su vida privada para estudiar exhaustivamente las leyes y sus precedentes e investigar a fondo todos los pormenores de la industria de los alimentos procesados. Como resultado de sus esfuerzos, en su mundillo todavía lo llamaban «el demonio» o «la enciclopedia andante», e incluso el jefe de sección y el director de departamento reconocían su superioridad y confiaban en él. Los empresarios del sector lo consideraban una autoridad en la materia, una especie de «jefe en la sombra», y le profesaban un temeroso respeto. En todo el departamento —no solo entre los empresarios— se había extendido el rumor de que si Asai estaba de tu parte era una persona extremadamente fiable, pero si te consideraba

su enemigo podía ser el peor de los adversarios. El cambio de actitud de Konosuke Kubo amenazaba con arruinar aquella reputación que tanto le había costado ganarse.

Las imágenes de todo lo que había hecho y vivido desde que había entrado en el ministerio desfilaron ante sus ojos en cuestión de segundos: las caras de los superiores que lo aterrorizaban cuando era un joven empleado inexperto; los compendios de leyes y reglamentos que había estudiado exhaustivamente hasta aprenderlos de memoria —como si hubiera arrancado todas sus páginas y se las hubiera tragado una por una—; la sensación que había experimentado la primera vez que tuvo ocasión de mostrar sus vastos conocimientos sobre regulaciones, cuando expresó su opinión sobre un asunto complejo y sorprendió al jefe de sección; todos los acontecimientos que le habían otorgado confianza en sí mismo y lo habían ayudado a subir peldaños como persona influyente del departamento; los halagos que recibía por parte del presidente de Embutidos Yagishita y otros empresarios veteranos del sector... Una sucesión de imágenes intermitentes había atravesado su cerebro, como la película de tu vida que dicen que ves instantes antes de morir.

Asai sacó el frasquito del bolsillo. Abrió el tapón y quitó el corcho cuidadosamente. La oscuridad envolvía todos sus gestos, y Kubo estaba tan enfurecido que ni siquiera se dio cuenta. Esperó que la alta figura de su adversario se inclinara sobre él para seguir profiriendo sus amenazas y entonces le arrojó el contenido del frasco describiendo un semicírculo con el brazo, de abajo arriba. En la oscuridad, Asai no vio el chorro saliendo a borbotones del frasco, pero oyó el extraño grito que profirió el hombre e intuyó que se llevaba las manos a la cara y se desplomaba en el suelo hasta quedarse en cuclillas.

Agachado en el suelo, Kubo rebuscó frenéticamente en su bolsillo con una mano y sacó un pañuelo para limpiarse la cara, pero no volvió a levantarse. Empezó a emitir unos extraños gemidos que recordaban al lloriqueo de un niño pequeño. Su figura agazapada se retorció y revolvió, intentaba levantarse y se desplomaba de nuevo, aunque sin quitarse el pañuelo de la cara. Parecía un muñeco a cuerda.

—¡Ve al sanatorio y llama a una ambulancia! —berreó—. ¡Se me derriten los ojos! ¡Se me derriten! ¡La cara me arde! Por el amor de Dios, ¡te lo suplico! ¡Corre y llama a una ambulancia! ¡Me quedará ciego! ¡Los ojos se me van a derretir y me resbalarán por la cara! ¡Por favor, haz algo! —Kubo lloraba a grito pelado, con una voz que apenas parecía humana.

Asai comprendió que el ácido le había entrado en los ojos. Era ácido sulfúrico puro, pues no lo había diluido en agua. Lo había comprado en una farmacia de Shinagawa, un barrio situado a una distancia prudencial de su casa, con la excusa de que necesitaba limpiar un baño. Pero ¿cómo iba a dejar así a su rival? Aunque se quedara ciego, todavía podía hablar y hundirle la carrera.

—Está bien, voy a pedir ayuda. Espérame aquí —le dijo mientras escrutaba la oscuridad buscando una piedra grande y, al mismo tiempo, se aseguraba de que no hubiera nadie alrededor.

Cuando la primera piedra le aplastó la cabeza, Kubo lanzó un grito ahogado, como si se le hubiera cortado la respiración, y se desplomó de bruces. El pañuelo blanco le resbaló de entre los dedos y cayó suavemente al suelo, pero su mano no se movió.

Asai no cometió la estupidez de coger la misma piedra que acababa de utilizar, pues estaría llena de sangre y le mancharía el abrigo o las mangas de la camisa. Así pues, fue en busca de una segunda piedra. En aquella ocasión no le hizo falta decirle a Kubo que esperara.

El hombre quedó tendido en el suelo con tres rocas junto a la cabeza, como una serpiente apedreada hasta la muerte. Asai estaba extrañamente tranquilo. Sentía un profundo alivio ahora que sabía que había hecho callar para siempre a su rival. Le propinó un fuerte puntapié en la pierna para asegurarse de que estuviera muerto. La pierna osciló un poco y se quedó quieta, inerte. Tanto el cuerpo como la cara estaban completamente inmóviles.

Asai se sorprendió al constatar que las facciones de Kubo habían desaparecido. Su rostro cubierto de sangre se confundía con la oscuridad de la noche. Las tres rocas blancas que le enmarcaban la cabeza formando un triángulo perfecto eran lo único que destacaba en la penumbra. Asai se volvió y notó la presencia opresiva de la cordillera Yatsugatake, negra como el azabache, inclinándose encima de él.

En cuanto se dio cuenta de que había cometido una monstruosidad, algo que ya no se podía deshacer, una oleada de calor le invadió el cuerpo entero. En solo cinco minutos se había convertido en un asesino. Jamás había imaginado un destino semejante. Aquello no era propio de él. Tsuneo Asai era incapaz de matar. No encajaba con su personalidad. Se sentía como si hubiera dejado caer por accidente algo que llevaba en la mano.

Volvió hasta la carretera principal y empezó a andar en la dirección en la que suponía que se encontraba la estación. Apenas había recorrido diez metros cuando se detuvo súbitamente. El vello de todo el cuerpo se le erizó como a un gato. ¡Había olvidado el frasquito!

¿Qué podía hacer? ¿Volver sobre sus pasos y recogerlo? Si regresaba junto al cadáver y se encontraba con alguien —o se cruzaba con alguien en el camino de vuelta, una vez recuperado el frasquito— y se fijaban en su cara, la policía podría hacer un retrato robot que resultaría una pista clave en la investigación.

Sin moverse, echó un vistazo alrededor. No pasaba ningún coche ni se veía a nadie caminando. Incluso aquella carretera prefectural (al menos Asai creía que lo era) estaba desierta. Así pues, era poco probable que hubiera alguien en los estrechos caminos rurales que se dirigían al pie de las montañas. Sin embargo, no podía dar nada por sentado. La mala suerte te puede alcanzar en el momento más inesperado.

Al final, Asai decidió dejar el frasquito. Era de una marca japonesa de aceite para el pelo muy corriente. En general Eiko compraba buenas marcas, pero la línea de la etiqueta plateada que vendía Cosméticos S. no era tan cara como los productos de importación. A diario debían de vender decenas de miles de frasquitos como aquel en todo el país. Además, aquel frasco era uno antiguo que Eiko debía haber comprado en un establecimiento cualquiera de Tokio hacía más de un año. Antes de rellenarlo con el ácido, Asai lo había examinado minuciosamente. No tenía ninguna particularidad, y la etiqueta plateada estaba bastante sucia y gastada.

Por otro lado, se encontraba en la prefectura de Nagano. Si la policía decidía utilizar el frasquito como pista clave, empezarían interrogando a los vecinos de la zona. Aunque la víctima fuera de Tokio, nada les haría sospechar que alguien lo había seguido desde la capital con la intención de matarlo allí. No esperaba que la policía preguntara inmediatamente a Cosméticos S. por las ventas de aquel aceite para el pelo. Y, cuando lo hicieran, solo descubrirían que se vendían millones de unidades en decenas de miles de establecimientos de Tokio y del país entero, por lo que los agentes encargados de la investigación no tendrían más remedio que darles las gracias e irse con las manos vacías.

Puesto que aquel frasquito no podía ocasionarle ningún problema, sería mejor no preocuparse más por él.

Sin embargo, si ocurría cualquier casualidad impredecible (si se encontraba con alguien, por ejemplo), cavaría su propia tumba. Lo más seguro, por consiguiente, era huir cuanto antes.

Asai se quedó atónito al sorprenderse a sí mismo pensando en aquellos términos. ¿No era así como pensaría un asesino? Aunque lo hubiera hecho sin premeditación y casi sin querer, no cabía duda de que había cometido un asesinato. Las olas que azotaban la playa lo habían atrapado y arrastrado súbitamente hacia el mar, ya fuera como consecuencia de un descuido o por negligencia. Sea como fuere, se había sentido como si lo engullera una negra ola de irracionalidad y una fuerza externa controlara su voluntad.

Asai aún no era consciente de ser un asesino, al menos no todavía. No se sentía satisfecho por lo que había hecho. No era ese el objetivo que perseguía desde el principio. Si hubiera querido matar a Kubo, se sentiría satisfecho por haberlo intentado, aunque hubiera fracasado. Pero ¿qué satisfacción podía obtener de un acto completamente impulsivo como aquel? Al parecer, ninguna.

Lo que quería no era vengar a Eiko. Si ese hubiera sido su objetivo, no habría tenido que llegar tan lejos. Nunca la había amado apasionadamente, y no tenía ninguna necesidad de cometer un crimen atroz por una mujer por la que no había sentido verdadera pasión. Lo único que necesitaba era reparar el daño que le habían causado la traición de Eiko y el engaño de Konosuke Kubo. Si Kubo se hubiera postrado de rodillas ante él, con la cabeza en el suelo, y le hubiera implorado su perdón, no habría ocurrido nada malo. Asai no quería nada más que eso. Con eso se habría dado por satisfecho.

Kubo no debería haberle plantado cara. Al sentirse acorralado, su cuerpo agazapado se había engrandecido y había sacado las garras. Asai solo se arrepentía de haber presionado tanto a su rival. Había insistido demasiado, pero en cierto modo había disfrutado haciéndolo. Su insistencia había sido natural, motivada por el placer de infligirle a su adversario más dolor del que él había sentido. Y se había obsesionado con aquella persecución.

Aunque deseaba hacerle daño a Kubo, no pretendía aplastarle la cabeza con una roca. Ni dejarlo tendido en el suelo con la cara ensangrentada y la cabeza enmarcada por un triángulo formado por tres piedras blancas. Se habría dado por satisfecho con una venganza psicológica. Si se hubiera arrodillado para pedirle perdón...

Asai llevaba unos veinte minutos corriendo por la carretera. Sus rodillas empezaban a flaquear y las piernas le temblaban. Aún tenía la sensación de encontrarse en uno de esos sueños en los que uno corre sin avanzar y nunca llega a su destino.

Entonces, unas luces lo iluminaron por detrás y oyó el ruido de un motor. Asai se echó a temblar. Ya lo estaban buscando. La luz de los faros fue ganando intensidad. La llegada de sus perseguidores también se le antojó una pesadilla. ¿Era posible que los sueños se hubieran fusionado con la realidad?

Dejó de correr y se echó a un lado de la carretera, pero no se volvió. Quería evitar que los faros le iluminaran la cara. Sacó rápidamente las gafas oscuras del bolsillo y se las puso. Su cerebro todavía pensaba con cierta lucidez.

El coche se detuvo a su lado. El corazón le latía tan deprisa que creía que le iba a explotar.

—¡Buenas noches! —le gritaron desde el coche. Asai se quedó petrificado—. ¿Va a la estación? —preguntó aquella voz tranquila y suave.

—Sí. —Con las gafas oscuras, Asai apenas distinguía las facciones de la persona que le hablaba, pero tampoco lo intentó. Procuró mantener la cabeza gacha en todo momento.

—Nosotros también vamos a la estación, podemos llevarlo. ¡Suba!

Advirtió que en el coche viajaban dos personas, el conductor y alguien más que ocupaba el asiento del copiloto. Se le ocurrió que tal vez fuera una trampa, pero no había escapatoria. Desde allí no tenía adónde huir.

Se sentó en el asiento trasero y el coche arrancó. El hombre que conducía era ancho de espalda y llevaba un abrigo de lana. El copiloto llevaba una chaqueta de cuero y fumaba un cigarrillo. Tenía el pelo largo y revuelto, lo que le daba un aire afeminado. Asai suspiró aliviado: no eran policías. Sin embargo, su corazón seguía latiendo desbocado.

El conductor y el hombre joven de la chaqueta de cuero siguieron hablando, pero Asai apenas oía su conversación. Sentía un pitido en los oídos. Las oscuras siluetas de las montañas y los campos discurrían al otro lado de la ventanilla.

—¿A qué hora sale su tren? —le preguntó el conductor, el hombre del abrigo de lana. Asai no esperaba aquella pregunta.

En realidad, no había consultado el horario de los trenes. Había planeado pasar la noche en Fujimi o en Kamisuwa, en función de cómo fueran las cosas con Kubo.

—No lo sé. A esta hora, supongo que tomaré el primer tren que salga.

—¿En dirección a Tokio?

—Sí.

Tendría que haberles dicho que iba en dirección contraria. Ahora sabrían que era de Tokio. Si hubiera respondido que iba en la otra dirección, habría bajado del coche delante de la estación y aquellos hombres jamás habrían sabido adónde se dirigía. Pero ya era tarde. No podía cambiar su respuesta sin llamar la atención. El joven acompañante consultó su reloj de pulsera y le susurró algo al conductor.

—Ahora son las nueve y media. Tendrá que esperar al tren de las once, que llega a Shinjuku a las cuatro y media de la madrugada.

Asai asintió.

—¿Viene de visitar a alguien en el sanatorio? —inquirió el conductor mientras giraba el volante a la izquierda. La carretera describió una curva y después, a lo lejos, aparecieron las primeras luces del pueblo.

—Sí.

—Deberían alargar un poco el horario de los autobuses.

Asai se fijó en los guantes blancos del conductor y estuvo a punto de dejar escapar un grito. ¿Habría dejado sus huellas dactilares en el frasquito de aceite? Hizo ademán de incorporarse. Tendría que bajar del coche, volver sobre sus pasos y recuperar el frasco. Debería haberlo hecho antes, cuando todavía estaba a tiempo.

—¿Cómo está el mercado en Tokio?

—¿Disculpe? —Asai tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir su nerviosismo.

—Hemos oído que pronto entraremos en recesión. Nosotros también estamos atravesando un bache por culpa de la política de reducción de tierras de cultivo. Se ve que los de ciudad nos envidian porque creen que aquí en el campo todos tenemos los bolsillos llenos, y hasta hace poco no nos podíamos quejar. Pero esta noche hemos ido a una asamblea de la cooperativa agrícola sobre las reducciones y las cuotas, y la verdad es que aquello parecía un funeral. Figúrese que el presidente de la cooperativa se suicidó por culpa de las cuotas de reducción.

¿O sea que aquellos hombres eran miembros de la cooperativa agrícola local? Asai pensó que no era el momento de hacer ningún movimiento sospechoso, y volvió a hundirse en su asiento.

Los periódicos de Tokio hablaron del asesinato de Konosuke Kubo. Uno de ellos lo llamó «El crimen de la cordillera Yatsugatake», mientras que otro periódico lo publicó con el titular «El caso de asesinato del altiplano de Fujimi». Pero el contenido de todos los artículos era más o menos el siguiente:

«Sobre las siete de la mañana de hoy, en los alrededores del pueblo de Fujimi, en la prefectura de Nagano, un vecino ha encontrado el cadáver apedreado de un hombre de unos cuarenta años en un sendero rural situado aproximadamente a un kilómetro al este de la carretera. Los agentes locales han examinado el contenido de una maleta que se hallaba en el escenario del crimen y han identificado a la víctima como el señor Konosuke Kubo, residente en el número 38 del Residencial Keyaki del barrio de Higashi-Nakano, en Tokio. Se calcula que la muerte tuvo lugar entre las 20.00 y las 23.00 del sábado.

«El crimen se cometió al pie de la cara sur del monte Amigasa, uno de los picos que configuran la cordillera Yatsugatake, cerca del valle por donde fluye el curso superior del río Kamanashi. Se trata de un área remota que queda prácticamente desierta por la noche. Junto a la cabeza de la víctima han aparecido tres rocas de unos dos kilos cada una manchadas de sangre que el culpable supuestamente dejó caer sobre la cabeza de la víctima para fracturarle el cráneo y provocarle la muerte. Además, la víctima presentaba graves quemaduras en la cara por ácido sulfúrico, lo que hace pensar que el asesino primero le echó el ácido en la cara y, una vez la víctima estaba en el suelo, la remató aplastándole la cabeza con las rocas. La brutalidad del método empleado hace sospechar que podría tratarse de un ajuste de cuentas. El móvil del robo está descartado.

«El señor Kubo había llegado en el último tren de la tarde procedente de Tokio para visitar a su esposa, ingresada en un sanatorio cercano del altiplano de Fujimi, y fue atacado mientras se dirigía allí. En el escenario del crimen, el asesino solo dejó una botellita de aceite para el pelo de unos sesenta mililitros de capacidad que contenía restos de ácido sulfúrico. Se trata de una botella reutilizada que el culpable supuestamente rellenó de ácido y llevó al lugar del crimen, lo que refuerza la hipótesis de que se trate de un crimen premeditado. En el frasco solo hay una huella dactilar, pero es demasiado borrosa para identificar a su propietario. El aceite para el pelo que contenía originalmente es un producto cosmético femenino de una marca comercializada en todo el país, lo que hará casi imposible rastrear su procedencia. Teniendo en cuenta que el autor del crimen ha utilizado un frasquito de un producto cosmético, la policía no descarta la posibilidad de que sea una mujer.

«El señor Kubo era director del departamento de administración general de la empresa de su tío en Kyobashi, Tokio. Según sus compañeros de trabajo, era un hombre tranquilo que no solía tener enfrentamientos con nadie, y no se le conocen aventuras con mujeres.

«Aparte del crimen pasional, hay otra línea de investigación centrada en la comuna hippie que se instaló hace poco al pie de la cordillera Yatsugatake. La presencia de esta comunidad ha alimentado las especulaciones de que pueda tratarse de un crimen cometido por algún hippie fanático a imitación del asesinato de la actriz Sharon Tate, que murió en Estados Unidos a manos de la familia Manson. La policía todavía no puede descartar ninguna conjetura.»

El lunes por la mañana, Asai compró varios periódicos en el quiosco de la estación y comparó sus versiones de la historia. Todos daban la noticia de un modo muy parecido.

El corazón le dio un vuelco al leer que habían encontrado una huella parcial en el frasco, pero se sintió aliviado al saber que era una prueba insuficiente para identificar al asesino. Los periodistas tenían fuentes fiables en la policía, así que supuso que decían la verdad. Era imposible identificar a alguien mediante una huella parcial. Si parte de ella estaba medio borrada o era demasiado imprecisa, no servía de nada.

Asai recordó un caso que había sucedido al oeste de Tokio un par de años atrás. Haciéndose pasar por agentes de tráfico, unos ladrones habían robado cientos de millones de yenes que se estaban transportando a una fábrica y que estaban destinados a pagar las bonificaciones anuales del personal. Los empleados del banco que se encargaban

del transporte habían sido hábilmente engañados por los ladrones, que se presentaron con las motocicletas blancas de la policía, y les entregaron el dinero voluntariamente. Según la prensa, la policía encontró una huella parcial en uno de los maletines de duraluminio que contenían las bolsas con el dinero. La policía reaccionó con entusiasmo ante aquella posibilidad de identificar a los delincuentes, pero la huella pronto dejó de ser noticia, eclipsada por un nuevo hallazgo: unos restos de tierra roja que aparecieron en el furgón blindado. Los análisis concluyeron que aquel tipo de tierra roja era originaria de una parte concreta de la región de Kanto y los periódicos lo anunciaron con gran pompa, pero al final aquella pista no resultó relevante en la investigación. Cuando Asai leyó la noticia, enseguida le pareció imposible que unos ladrones tan meticulosos hubieran dejado restos de tierra en el furgón blindado, y supuso que lo habían hecho aposta para despistar a la policía. Finalmente, la tierra también acabó desapareciendo de los periódicos, probablemente cuando el jefe de la investigación se dio cuenta de que había mordido el anzuelo. Incluso las investigaciones más mediáticas podían acabar con ese resultado. Asai se tranquilizó al saber que no podrían obtener nada de una huella medio borrada en un frasquito de aceite para el pelo.

Para empezar, las huellas dactilares del escenario de un crimen se cotejaban con las que figuraban en el registro de exconvictos o personas con antecedentes penales; los ciudadanos sin antecedentes no estaban inscritos en ese registro. Aquel camino, pues, no los llevaría a ninguna parte. Además, la huella que habían encontrado ni siquiera era nítida.

En segundo lugar, el frasquito de aceite para el pelo que contenía el ácido sulfúrico se vendía en todo el país y la prensa había llegado a la misma conclusión que Asai: no se podría obtener ninguna pista de aquel frasco. Sobre todo porque la botella no era nueva, sino que la había comprado su esposa tiempo atrás. Sería imposible rastrear su procedencia.

Tras haber reflexionado sobre todas aquellas cuestiones, Asai se dio cuenta de que había acertado al tomar la decisión de no regresar al lugar del crimen para recuperar la botellita. Le había preocupado mucho la posibilidad de que encontraran sus huellas en ella, pero al final no había sido para tanto. ¿Quién sabe qué desafortunada coincidencia podría haberle acaecido si en aquel momento hubiera decidido dar media vuelta? Según los periódicos, el cadáver había sido descubierto a las siete de la mañana siguiente, por lo que probablemente nadie había pasado por allí hasta entonces. Sin embargo, aunque no hubieran visto a Asai al lado del cadáver, nada podía garantizarle que, de haber regresado, no se hubiera cruzado con alguien que podría haberle visto la cara.

Entonces se dio cuenta de que la prensa no mencionaba a los hombres de la cooperativa agrícola que lo habían recogido en la carretera prefectural y lo habían dejado cerca de la estación de Fujimi. Dado que la hora y el lugar coincidían, era muy probable que aquellos hombres lo hubieran relacionado con el crimen y hubieran informado a la policía, pero no salía en ningún periódico. ¿Por qué razón?

A Asai se le ocurrieron tres explicaciones. En primer lugar, tal vez la policía había decidido mantener aquella información en secreto y no filtrarla a la prensa. La segunda posibilidad era que aquellos hombres no se hubieran enterado del asesinato y, por tanto, no hubieran hablado con la policía antes del cierre de la edición de la prensa del lunes. En ese caso, los periódicos del día siguiente probablemente informarían de que unos hombres habían acompañado en coche hasta la estación a un sospechoso que caminaba por la carretera prefectural de Nakano. La tercera explicación plausible era que aquellos hombres que regresaban de la asamblea de la cooperativa agrícola no hubieran relacionado el asesinato con el desconocido que habían recogido en la carretera, y por eso no habían denunciado los hechos.

Asai todavía tenía una última hipótesis, quizá demasiado optimista, demasiado ilusa, pero que no podía pasar por alto. Tal vez aquellos hombres se negaban a creer que alguien que venía de hacer una visita en el sanatorio pudiera cometer un asesinato y luego echar a andar por la carretera hacia la estación, a la vista de todo el mundo.

Sin embargo, aquella última teoría debía de ser la correcta, pues ni los periódicos del día siguiente ni los que leyó en los días sucesivos mencionaban al sospechoso que un coche había recogido en la carretera prefectural. Si los dos hombres de la cooperativa hubieran hablado con la policía, la prensa lo habría anunciado a bombo y platillo. Y no tenía mucho sentido que la policía mantuviera aquella información en secreto y no quisiera divulgarla: la tendencia era más bien publicar aquella clase de datos con la esperanza de encontrar nuevos testigos que pudieran ayudar a esclarecer los hechos. Asai llegó a la conclusión de que los hombres que lo habían recogido en la carretera no creían que pudiera tener algo que ver con el asesinato.

Los primeros días, todos los artículos destacaban que la brutalidad del crimen sugería un ajuste de cuentas. Al parecer, ese era el punto de vista de la policía. Pero lo cierto era que aquella «brutalidad» no había sido

intencionada, pues Asai no había planeado lo ocurrido. Lo había hecho sin querer, forzado por las circunstancias. Así pues, no se sentía responsable de la «brutalidad» que le achacaban. Solo se sentía culpable de haber sucumbido a un impulso.

La prensa también había hablado con los conocidos de Konosuke Kubo, que afirmaban que no era un hombre conflictivo, que no tenía enemigos conocidos y que nadie podía tener motivos para querer matarlo, por lo que era imposible que se tratara de un ajuste de cuentas. Era evidente que nadie conocía su relación secreta con Eiko y, por consiguiente, también ignoraban por completo la existencia de un marido resentido. Ni siquiera el mismo Kubo sabía que Asai estaba al corriente de la relación, y él nunca hablaba de sus sentimientos con nadie.

A pesar de todo, le preocupaba un poco la agencia de detectives que había contratado. Si los detectives se enteraban a través de la prensa de que Kubo había muerto asesinado, podían denunciar a su cliente. Sin embargo, en la prensa no había aparecido nada al respecto.

¿Por qué no? Probablemente porque los detectives privados tenían que respetar el acuerdo de confidencialidad. Aunque alguien a quien habían investigado fuera asesinado, no podían hablar con la policía. ¿Cuál debía ser su prioridad? ¿Anteponer la confidencialidad y el negocio privado al interés público (en este caso, por «interés público» se entendía colaborar con la policía) o anteponer el interés público al estricto cumplimiento del secreto profesional? Era un asunto espinoso. Si una agencia de detectives no proporcionaba información a la policía, significaba que se tomaba su negocio muy en serio y que su principio básico era proteger los secretos tanto de sus clientes como de las personas investigadas. Esa era la forma de que sus clientes se sintieran seguros y la agencia pudiera prosperar.

De todos modos, Asai había tomado otras medidas de precaución. Nunca les había revelado a los detectives su verdadero nombre, el lugar donde trabajaba ni su dirección; había utilizado un nombre inventado y una dirección falsa. No les había dado opción de localizarlo, siempre había sido él quien se había puesto en contacto con ellos para encargarles el trabajo, abonar el anticipo, pedir una segunda investigación, recoger el informe y liquidar la factura. Todo lo había hecho acudiendo personalmente a la agencia y sin quitarse las gafas oscuras. Por ello confiaba en que, si alguno de los detectives se encontraba con él en la ciudad, no sería capaz de reconocerlo. Si, en el peor de los casos, la agencia decidía colaborar con la policía, no podrían darles el nombre ni la dirección de aquel cliente. Era imposible que supieran que trabajaba en el Ministerio de Agricultura. Asai había tomado todas aquellas precauciones precisamente para evitar que pudieran relacionarlo con el ministerio.

El otro cabo suelto era Chiyoko Takahashi, pero no creía que fuera un motivo de preocupación. Estaba convencido de que la mujer ignoraba que él había descubierto que Eiko no había muerto en su tienda. Nunca imaginaría que Asai sabía que Eiko había tenido una aventura con Kubo y que, en realidad, había muerto en su casa. Aunque se enterase de que Kubo había sido asesinado, no establecería una relación causa-efecto con el marido ni los familiares de Eiko. Además, Chiyoko Takahashi había chantajeado a Kubo para conseguir que este le vendiera su casa a buen precio, por lo que no debía de tener la conciencia muy tranquila. Asai estaba convencido de que no se entrometería.

Hechas todas aquellas consideraciones, Asai se dio cuenta de que se encontraba en una zona segura y se sintió bastante a salvo. Esa fue la conclusión a la que llegó después de haber analizado al detalle todas las particularidades del asunto y haberlo estudiado a fondo. Aun así, no cometió el error de dejarse llevar por el optimismo.

Por fortuna para él, los periódicos habían lanzado la teoría de que el asesinato de Kubo podía ser un crimen nihilista cometido por miembros de la comuna hippie asentada al pie de la cordillera Yatsugatake. Un asesinato sin sentido era la explicación más simple y al mismo tiempo más fascinante. La idea de que un fenómeno americano hubiera aterrizado en Japón —de modo que no solo la economía, sino también los crímenes japoneses se estaban americanizando— despertaba sin duda el interés de una sociedad que tendía a centrar su atención en las «curiosidades».

Fue la brutalidad del crimen lo que alimentó la teoría de que lo había cometido la comunidad hippie. Según la prensa, desfigurar con ácido la cara de alguien y aplastarle la cabeza dejando caer tres grandes rocas encima de ella, una tras otra, no era un asesinato normal. Algunos apuntaban a la venganza como móvil. A fin de cuentas, los crímenes de los hippies de América se habían calificado de «asesinatos rituales», una especie de venganza contra la civilización moderna. Aquellas teorías debieron de suponer un problema para la comuna hippie del Yatsugatake. No apareció ningún artículo insinuando que el asesinato pudiera haber sido en defensa propia.

A pesar de todo, a Asai le atormentaba la conciencia el recuerdo de la cabeza de Kubo enmarcada por aquellas tres rocas blancas que brillaban en la oscuridad y la imagen de su cara completamente ensangrentada borrada en la noche. Cuando lograba olvidarlo se sentía como si nada hubiera ocurrido.

Todos los días, en el ministerio, Asai se dedicaba por completo a su trabajo. Revisaba textos y documentos, añadía notas con sus opiniones para sus superiores, se entrevistaba con empresarios, asistía a reuniones y redactaba borradores de propuestas. Estaba tan ocupado como de costumbre.

El recuerdo del asesinato del altiplano de Fujimi empezó a desvanecerse. Había ocurrido lejos de allí y, a medida que iba pasando el tiempo y se convertía en un suceso del pasado, la memoria lo iba enterrando. Asai lo percibía como una experiencia completamente alejada de la realidad. No había actuado siguiendo ningún plan; lo ocurrido había sido más bien fruto de la casualidad. La casualidad carece de objetivo, y una acción sin objetivo perturba la percepción de la realidad.

Sin embargo, Asai no estaba completamente tranquilo. De vez en cuando, de repente, tomaba conciencia de que era un asesino y el sudor le empapaba el cuerpo entero. No porque tuviera remordimientos, sino porque lo aterrorizaban las consecuencias de ser descubierto. Entonces el miedo lo atenazaba y sentía ganas de gritar como si lo hubieran empujado desde el borde de un precipicio. Aquella sensación lo asaltaba inesperadamente, como un calambre en el estómago. Y después, como si el dolor remitiera, lo olvidaba todo y retomaba su rutina diaria como si nada hubiera ocurrido. El fantasma de Konosuke Kubo jamás lo visitaba en sueños.

Todo continuó igual hasta mediados de noviembre.

Un día, un representante de la Unión Nacional de Cooperativas Agrícolas fue al ministerio para proponerle a Asai que diera una serie de conferencias sobre la industria alimentaria.

—¿Dónde serían?

—En el sur de la prefectura de Nagano. En la región de Suwa hay una aldea rural que quiere dedicar más esfuerzos a la industria alimentaria. Me hicieron llegar la petición a través de la cooperativa agrícola de Nagano. Han solicitado expresamente la asistencia del «veterano señor Asai». Las conferencias y charlas de orientación que dio usted en otras prefecturas tuvieron una gran acogida y su fama ha llegado hasta Nagano. Por eso insisten tanto en que vaya usted sin falta.

En otras circunstancias habría respondido que necesitaba un par de días para pensárselo y después habría expresado educadamente su negativa, pero en aquella ocasión rechazó la propuesta en el acto.

—Ahora estoy demasiado ocupado en el ministerio, no tengo tiempo para viajar.

—No tiene por qué ser ahora, puede ser más adelante —respondió el representante de la Unión que había ido a negociar con él.

—No creo que me pueda organizar para ir a corto plazo. No cuente demasiado con ello.

Asai no podía ir bajo ningún concepto a aquella zona de la prefectura de Nagano. ¿Qué pasaría si se encontraba con los dos hombres que lo habían recogido en la carretera y lo habían dejado en la estación de Fujimi? El hombre de mediana edad, el del abrigo de lana, era miembro de la cooperativa agrícola local. Había dicho que acababan de asistir a una asamblea sobre las políticas de reducción de tierras de cultivo. Por tanto, podía ser perfectamente uno de los agricultores interesados en centrar sus esfuerzos en la industria alimentaria para resolver la difícil situación económica de las aldeas rurales. Si Asai se presentaba allí, podría encontrarse cara a cara con ellos. Tenía que dar por sentado que asistirían a sus conferencias. Incluso puede que estuvieran entre los organizadores.

Asai había tomado la precaución de ponerse las gafas oscuras y, además, era de noche, por lo que no creía que hubieran tenido oportunidad de distinguir sus facciones con claridad. Aun así, si volvían a verlo, tal vez el recuerdo se reavivara en su memoria. Además, habían intercambiado algunas palabras durante el trayecto en coche. Puede que recordaran su voz. Y, aunque no le hubieran visto bien la cara, es posible que se hubieran fijado en alguna otra característica de su silueta.

Sea como fuere, lo más seguro era rechazar la propuesta. No tenía ninguna necesidad de meterse en la boca del lobo.

—Es una verdadera lástima. ¿No hay ninguna posibilidad de que pueda ir? —insistió el representante.

—Esta vez será imposible —atajó bruscamente Asai.

—Verá, es que no sé cómo voy a justificar su negativa teniendo en cuenta que la última vez accedió a ir a Yamanashi, que está justo al lado de Nagano.

Era cierto que a principios de otoño había dado una serie de conferencias en la prefectura de Yamanashi. Ahora desearía no haberlo hecho. Pero eso había sido antes de aplastarle la cabeza a Konosuke Kubo al pie de la cordillera Yatsugatake, lo que demostraba una vez más que no había sido un asesinato premeditado. De lo contrario, jamás habría viajado a Yamanashi antes de cometer el crimen.

—Puede ir otra persona en mi lugar —propuso como alternativa.

—Verá... han insistido mucho en que fuera usted personalmente. Han oído opiniones excelentes sobre las charlas de orientación que ofreció en Yamanashi. He venido de parte de la cooperativa agrícola de Nagano. Bueno, supongo que tendré que transmitirles su negativa.

—Lo siento, pero no podré ir.

Todos los días, Asai revisaba atentamente los periódicos para enterarse de cualquier novedad sobre el caso. A domicilio solo le traían uno, por lo que tenía que consultar en el ministerio los otros tres que llegaban a diario a su departamento.

Durante las siguientes tres semanas no apareció ningún artículo relacionado con el asesinato, aunque todos los días se publicaban noticias sobre nuevos casos y sucesos. Parecía que no quedara espacio en los periódicos para seguir hablando sobre un mismo caso, ni periodistas con suficiente paciencia para seguir de cerca el avance de la investigación. Los editores debían de considerar que necesitaban nuevas historias para mantener el interés de sus lectores.

Asai pensó que el caso Kubo ya había quedado enterrado en el pasado o, por lo menos, iba en esa dirección. Como muchas otras historias de asesinatos, esta también acabaría archivada en una vieja carpeta.

Hasta ese momento había vivido bajo la presión de aquella investigación invisible y se había volcado en el trabajo para olvidarla, pero ahora la presión empezaba a aflojar un poco. Asai sentía que había recuperado la libertad y la energía.

No había ninguna necesidad de viajar a Nagano en un momento como ese. Del mismo modo que aquella noche, en la carretera prefectural, había acertado tomando la decisión de no regresar al lugar donde había abandonado el cadáver, ahora tampoco iba a correr un riesgo innecesario regresando al escenario del crimen. Se alegraba de haber rechazado la propuesta de la cooperativa agrícola. Podía ir cualquier otra persona en su lugar.

Un día, mientras se encontraba inmerso en aquellas consideraciones, recogió casualmente una revista semanal que alguien había dejado abierta en una silla de la cafetería del ministerio y empezó a hojearla sin mucho interés. De repente, se topó con una columna titulada «El rastro del crimen» y el corazón le dio un vuelco.

«Hasta ahora se rumoreaba que el crimen de Yatsugatake podía ser un asesinato ritual perpetrado por la comuna hippie asentada recientemente al pie de la cordillera, pero los últimos datos recabados por la policía apuntarían en otra dirección.

»La mañana del pasado domingo 26 de octubre, el cadáver de Konosuke Kubo, de treinta y ocho años y director del departamento de administración general de Textiles R. —con sede en Kyobashi, distrito de Chuo, Tokio — apareció en un sendero rural del altiplano de Fujimi, en la prefectura de Nagano. Los expertos determinaron que el crimen se había cometido la noche anterior, la del 25 de octubre. El asesino desfiguró el rostro de la víctima con ácido sulfúrico y, a continuación, le fracturó el cráneo aplastándolo con tres grandes rocas. El crimen está considerado de extrema brutalidad. El señor Kubo vivió su trágico final cuando se encontraba de camino al sanatorio situado en el altiplano de Fujimi, donde su esposa está siguiendo un tratamiento. Puesto que llevaba todas sus pertenencias encima y no tenía enemigos conocidos, la policía sospechó que se trataba de un asesinato cometido al azar por algún miembro de la comuna hippie.

»Se habló mucho de que podía tratarse de la versión japonesa de los asesinatos cometidos por la familia Manson en Estados Unidos, pero las investigaciones más recientes parecen demostrar que la comunidad hippie no tuvo nada que ver con el crimen. Al principio había varias comunas hippies asentadas en la zona del altiplano, al pie de la cordillera Yatsugatake, pero este estilo de vida ha pasado de moda y, con la llegada del otoño, muchas se disolvieron y son pocas las que resisten.

»A la luz de los últimos datos recabados por la policía, alrededor de las 21.30 del 25 de octubre, dos miembros de la cooperativa agrícola local, el señor Akiharu Kido (cuarenta años) y el señor Jiro Haruta (veintitrés años), que circulaban en coche por la carretera prefectural que se dirige al sanatorio, vieron a un hombre que caminaba solo por dicha carretera. Al parecer, los dos testigos lo llevaron en coche hasta la estación de Fujimi. El desconocido parecía tener unos cuarenta años, pero llevaba gafas oscuras y era de noche, por lo que los dos hombres no le vieron bien la cara. Durante la conversación que mantuvieron en el coche, el desconocido afirmó que venía de visitar a alguien en el sanatorio. Sin embargo, la policía ha comprobado que ninguna visita abandonó las instalaciones a aquella hora. El

punto de la carretera donde fue visto el desconocido está cerca de la bifurcación hacia el sendero rural donde se cometió el crimen. La policía investiga actualmente si este hombre podría guardar alguna relación con el asesinato.

»Durante el trayecto en coche, el hombre admitió que iba a tomar el tren de regreso a Tokio. El fallecido señor Kubo también residía en Tokio, así que es posible que fuera un conocido suyo que lo hubiera acompañado hasta Fujimi para matarlo al llegar. Este hallazgo abre la posibilidad de que lo que al principio se consideraba un «asesinato al azar» sea en realidad un crimen pasional. Las autoridades están investigando exhaustivamente el círculo de amistades y conocidos de la víctima.»

Últimamente, los periódicos apenas publicaban artículos de seguimiento sobre los casos. Eran más bien las revistas semanales las que ampliaban esa clase de información. Asai buscó la fecha de publicación en la portada y se dio cuenta de que era de la semana anterior. Como no solía hojear aquella clase de revistas, no estaba al corriente de las últimas noticias.

Todos sus temores afloraron de nuevo. Al final, aquellos dos hombres que lo habían recogido en la carretera prefectural habían informado a la policía. Toda la distancia que había logrado interponer con el asesinato se borró de un plumazo y el peligro regresó a su lado, más palpable que nunca.

No se sentía con ánimo de comer lo que le habían traído. Se limitó a beber un vaso de agua. «No puedo hundirme ahora», pensó. Tendría que mantener la calma y reflexionar sobre el artículo que acababa de leer. Analizar si aquello entrañaba un peligro inminente.

Los dos hombres habían declarado que tenía alrededor de cuarenta años, pero no le habían visto bien la cara porque llevaba gafas oscuras. Tal y como había imaginado. Por tanto, había acertado al ponerse las gafas. El artículo no lo mencionaba, pero uno de los motivos por los que no lo habían visto bien era porque había procurado mantener la cabeza gacha y no mirar a sus dos acompañantes en ningún momento. No le sorprendía que no le hubieran podido ver la cara, y aquello significaba que sería casi imposible obtener un retrato robot.

Tal y como mencionaba el artículo, el sospechoso les había dicho que tomaría el tren en dirección a Tokio desde la estación de Fujimi —para ser más exactos, el conductor había dado por supuesto que Asai se dirigía de vuelta a Tokio y él había asentido en un murmullo—. A continuación, el hombre mayor —que, según la revista, se llamaba Akiharu Kido y era miembro de la cooperativa agrícola— había empezado a discutir los horarios de los trenes con el más joven, Jiro Haruta.

Asai lamentó no haberles dicho que tomaría el tren en la dirección opuesta. Había estado a punto de rectificar, pero al final había decidido que no podrían identificarlo sabiendo solamente que vivía en Tokio. Según el artículo, la policía sospechaba que era un conocido de Konosuke Kubo, y ahora la investigación se centraba en su círculo de amigos y conocidos. Con el asunto del tren, Asai se había sentido acechado por el peligro, pero estaba convencido de que su nombre no aparecería cuando investigaran el círculo social de Kubo. Nadie lo conocía. Acabarían llegando a la misma conclusión: había sido un crimen sin motivo aparente.

A la luz de aquellas consideraciones, Asai se dio cuenta de que el peligro no era inminente. En un primer momento, el artículo lo había dejado paralizado de miedo, pero ahora veía que no era para tanto. Así pues, recobró la calma.

Tres o cuatro días después, el representante de la Unión Nacional de Cooperativas Agrícolas lo visitó de nuevo en el ministerio.

—Señor Asai, el otro día hablé con la cooperativa de Nagano y les dije que le resultaría imposible ir. Ayer recibí su respuesta: quieren a toda costa que vaya usted a dar las conferencias. ¿Habría algún modo de que pudiera organizarse?

—¿No ha encontrado a nadie que pueda ir en mi lugar? —preguntó Asai con cara severa.

—No. Intenté negociarlo con ellos, pero se ve que no quieren a nadie más que a usted —respondió el delegado, sonriendo con afectación—. Si usted no puede ir, prefieren cancelarlo.

—Por más que insistan, mi trabajo está aquí. No puedo reorganizar mi agenda para adaptarme a ellos. Dígalos que no, por favor.

—¿Es un no definitivo?

—Absolutamente. Hay otros funcionarios tan bien cualificados como yo que podrían sustituirme.

—Permítame que discrepe. Hemos estado buscando a un sustituto de su nivel y no hemos encontrado ninguno. Por eso en la prefectura de Nagano le han echado el ojo.

—Venga, ¡no me presione usted también! La respuesta es no.

—Esto me pone en un compromiso, señor Asai. Las conferencias que dio en la prefectura de Yamanashi fueron un éxito indiscutible. Si pudiera visitar la prefectura vecina y echar una mano a sus agricultores...

—Tengo mucho trabajo en el ministerio y no puedo permitirme ningún viaje. No tengo más remedio que rechazar —respondió Asai, en un tono algo crispado.

—¿Y cuándo cree que podrá organizarse?

Asai no supo qué responder.

—¿Cuándo quedará un poco más libre en el ministerio?

—No sé decírselo. Lo único que sé es que ahora mismo me resulta del todo imposible. Dígalos que no, por favor. —Asai movió la mano varias veces en un gesto de rechazo inequívoco.

Asai no podía plantearse viajar al sur de Nagano. En realidad, no solo corría riesgo en el sur, sino en cualquier zona de la prefectura. Si las conferencias estaban organizadas por la delegación prefectural de la cooperativa, asistirían agricultores de cualquier aldea.

Akiharu Kido y Jiro Haruta. Tenía que recordar aquellos nombres. Sobre todo el de Kido, el mayor de los dos, que parecía un hombre con cierta influencia en la cooperativa de Fujimi. Podía encontrarse con él en cualquier lugar. Tendría que permanecer alerta.

Pasaron diez días sin novedades significativas. Asai no volvió a tener noticias del representante de la Unión Nacional. Puesto que no se volvió a hablar de encontrar a un sustituto en su propio departamento, Asai dio por sentado que habían enviado a algún técnico del centro experimental de agricultura. En realidad, no le correspondía a él —un simple funcionario de la administración— participar en aquella clase de formaciones, era mucho más adecuado que lo hiciera un experto en tecnología.

Entonces Asai recibió una carta de Kobe, remitida por el presidente de Embutidos Yagishita. La primera mitad de la carta era una educada queja sobre la situación económica, y después seguía así:

«También en la prefectura de Tottori se están desvinculando del cultivo de arroz, al mismo tiempo que aumenta el interés por la moderna industria de alimentos procesados, por lo que está previsto organizar pronto unas sesiones formativas de una semana patrocinadas por la Unión Nacional de Cooperativas Agrícolas. Quieren invitar a profesores de la Escuela Superior de Agricultura y a ingenieros de algunas de las fábricas más conocidas del sector. Además, también me han preguntado si podrían contar con la asistencia del adjunto del jefe de sección —es decir, usted— durante un par de días. Probablemente saben que usted y yo tenemos una estrecha relación.

»El vicepresidente de la delegación prefectural y yo somos amigos desde hace tiempo, y le aseguro que es muy buena persona. Opina que su presencia como adjunto del jefe de sección del ministerio otorgaría prestigio a la formación y mejoraría las perspectivas de asistencia. Dice que le gustaría llevarlo a visitar todos los rincones de la prefectura de Tottori, como el parque nacional DaisenOki y las dunas de arena, además de los famosos manantiales de Misaki, cuyas aguas son ricas en radio. Sé que está muy ocupado en el ministerio, así que espero no importunarle con esta petición...».

Yagishita añadía que esperaba sinceramente que Asai aceptara la invitación.

La propuesta venía de su viejo amigo Yagishita y Asai no quería que quedara mal con el vicepresidente. No había estado nunca en la prefectura de Tottori, y la perspectiva de recorrer sus lugares más turísticos de arriba abajo era muy tentadora. En realidad, no era una época de mucho trabajo en el ministerio.

Pero había un obstáculo. Si iba a la prefectura de Tottori, la gente de Nagano volvería a invitarlo. Asai no sabría cómo justificar un viaje a Tottori después de haberse negado a ir a Nagano. Ya había tenido problemas para explicar por qué no quería ir a Nagano tras haber visitado la vecina Yamanashi. Si ahora aceptaba viajar a Tottori, que estaba mucho más lejos, los cooperativistas de Nagano se quejarían, y con razón.

Yagishita había escrito que, según el vicepresidente de la delegación prefectural de Tottori, la asistencia de un directivo del ministerio como Asai añadiría prestigio a la sesión formativa. Asai pensó que por eso la gente de Nagano había insistido tanto en que fuera él quien asistiera a sus conferencias.

Asai se sentía halagado, pero en aquel momento aquella amabilidad lo ponía en apuros. La gente de las zonas rurales se quejaba mucho, pero todavía respetaba la autoridad que emanaba del gobierno central.

Un día, Asai recibió una llamada desde Kobe, de parte de Embutidos Yagishita.

—He recibido su respuesta —empezó Yagishita con su voz áspera—. Comprendo que esté muy ocupado, pero en Tottori desean desesperadamente poder contar con usted. ¿No podría hacer nada?

—Imposible —respondió tajantemente. Sabía que Yagishita podía ser muy insistente y que, si no dejaba clara su postura, intentaría enredarlo.

—No tiene por qué ser ahora —dijo Yagishita.

—Aunque sea más adelante, lo veo imposible. Hay que cerrar el año y tengo muchísimo trabajo. Por ahora no puedo permitirme el lujo de viajar fuera de la ciudad.

—Pues qué fastidio...

—Lo sé, pero no puedo remediarlo. ¿No sería suficiente con que asistiera algún profesor de la Escuela Superior de Tokio?

—No se van a dar por satisfechos. La reputación de un tal señor Asai del ministerio ha cruzado fronteras y ha llegado hasta Tottori.

—Digas lo que digas, la respuesta seguirá siendo la misma.

—¿No conseguiré que cambie de opinión?

—No.

—Hoy no parece estar de buen humor. Volveré a llamarle otro día.

—Puedes llamar tantas veces como quieras, pero será inútil. No tiene nada que ver con mi estado de ánimo. Por favor, transmite mi respuesta al vicepresidente.

—Está bien, como quiera. De todos modos, pronto iré a Tokio para hacer algunas gestiones.

—Puedes venir a verme cuando quieras, faltaría más, pero no intentes convencerme de nuevo.

—De acuerdo. Ya hablaremos. —Yagishita rio y colgó el teléfono.

Asai sabía que un hombre perseverante como Yagishita no se rendiría fácilmente. Era previsible que, después de haber recibido la primera negativa por carta, le llamara. Probablemente ya le había prometido al vicepresidente de la delegación prefectural de la cooperativa de Tottori que Asai aceptaría su invitación. Conociendo a Yagishita, le habría dicho que era íntimo de Asai, el adjunto del jefe de sección, y que no tendría ningún problema en convencerlo para que fuera. Probablemente ya hubiera asegurado su asistencia. «Ya veremos quién acaba yendo», pensó Asai. No es que le gustara hacerse de rogar, es que quería estar a salvo.

Al cabo de cuatro días, Yagishita volvió a llamarle.

—¿Cuento con usted, entonces?

—Imposible.

—Todavía hay tiempo. Piénselo bien.

—No hay nada que pensar. Estoy metido de lleno en el cierre del año, no puedo ir.

—¿No podría organizarse de algún modo?

Asai colgó el teléfono. Aunque estaba acostumbrado a la perseverancia de Yagishita, aquella vez le pareció que rozaba la impertinencia. Sin embargo, ni Yagishita ni la prefectura de Tottori habían sido impertinentes. El problema era que la delegación prefectural de Nagano lo había invitado antes. Si no lo hubieran hecho, aquel mes de diciembre podría ir a relajarse tranquilamente en unos baños termales de Tottori.

En cuanto a la prefectura de Nagano, no había vuelto a tener noticias suyas. ¿Habrían desistido?

Tres días más tarde, Asai estaba esperando el ascensor para bajar cuando la puerta se abrió y salieron, procedentes de la planta baja, el secretario en jefe acompañado por el director general Shiraishi. El secretario en jefe era delgado y elegante como una grulla, mientras que el director general era rechoncho y torpe como un oso. Asai les dirigió sendas reverencias.

Los dos hombres se encaminaron hacia el pasillo, pero de repente Shiraishi dio media vuelta y regresó al lugar donde estaba Asai. Por su forma de mirarlo directamente y su generosa sonrisa —que muy raras veces lucía—, Asai supo que quería dirigirse a él. Al constatar que la rechoncha silueta de su jefe se aproximaba pesadamente hacia él, Asai avanzó dos o tres pasos en su dirección.

—¿Cómo estás? ¿Más animado? —le preguntó Shiraishi con voz agradable, interesándose por su estado de ánimo tras la muerte de su mujer. Era la clásica muestra de consideración de un jefe para con sus empleados, aunque Asai no tardaría en darse cuenta de que en realidad se trataba de un gesto interesado.

—Estoy bien, gracias —respondió con una reverencia.

—Me alegro. Por cierto, he recibido una invitación de la cooperativa agrícola de Nagano. Quieren que vaya a visitar las instalaciones de la prefectura. Tenía previsto viajar allí a mediados de la semana que viene y quedarme unos tres días. Dicen que es por el cambio en la política agraria del gobierno cuando lo que quieren en realidad es pedir algún subsidio, pero en esta ocasión no podemos ignorarlos. El procesado de productos agrícolas y de carne de vacuno y cerdo ganará cada vez más peso. Me gustaría que me acompañaras. ¿Podrías tomar las disposiciones necesarias? No hemos vuelto a viajar juntos desde que estuvimos en Kobe, ¿verdad?

Asai no sabía qué decir.

—Y en aquella ocasión recibimos la trágica noticia de la muerte de su esposa. Espero que este viaje resulte más agradable.

Asai seguía sin poder articular palabra.

—¿Te parece bien?

—Sí —acertó a murmurar al fin.

El director general regresó al lugar donde lo esperaba el secretario en jefe y Asai observó cómo se alejaban hasta que desaparecieron al doblar la siguiente esquina. Minutos más tarde seguía plantado en el mismo lugar como un pasmarote, con la mente en blanco.

Llegó el ascensor, que venía de arriba, y la puerta se abrió. Como no subió nadie, se cerró de nuevo y siguió bajando.

Cuando el director general Shiraishi partió hacia Nagano, Asai no lo acompañaba. Llevaba dos días sin ir a trabajar, con la excusa de que estaba muy acatarrado y tenía fiebre.

¿Cómo habría podido exponerse a semejante peligro?

Asai era consciente de que aquello causaría una mala impresión al director general, pero era un sacrificio necesario para resolver el problema. Y no había encontrado otra solución. Más adelante ya buscaría la forma de ganarse de nuevo el favor de su jefe.

El director general era imprevisible como un niño consentido y cambiaba de opinión cada dos por tres. Se lo podría describir como lunático. Un veterano como Asai, experto en la vertiente práctica de su trabajo, sabía que el enfado de Shiraishi no duraría mucho. Ningún jefe podía permitirse que un empleado tan capacitado como Asai le diera la espalda. Además, Shiraishi no tenía la intención de perpetuarse en aquel cargo, pues su objetivo era llegar a ser director general de Administración Agrícola o de Agricultura. No iba a preocuparse por asuntos triviales.

Cuando Shiraishi le había planteado sin previo aviso el viaje a Nagano delante del ascensor, Asai había aceptado casi sin pensar, y aquello le había ocasionado toda clase de molestias más adelante. El hecho de no haber podido negarse demostraba hasta qué punto se sentía intimidado por el director general. Aunque se comportara como un niño consentido, el cargo que ostentaba lo diferenciaba de cualquier otro. Y Asai, que llevaba años luchando por conseguir un buen puesto dentro del ministerio, nunca abandonaría su actitud de aprendiz.

Cuatro o cinco días después de haber aceptado, Asai se sentía abatido. El jefe de sección lo informó oficialmente de que acompañaría al director general en su viaje a Nagano. Como era el propio Shiraishi quien se lo había pedido, no podía negarse. Fingir que estaba enfermo para no ir a trabajar había sido su último recurso. Había esquivado el peligro por los pelos.

Probablemente habría estado a salvo en Nagano, pero no tenía la certeza absoluta. Puede que hubiera coincidido en algún lugar con aquellos dos hombres, Akiharu Kido y Jiro Haruta. Ambos afirmaban no recordar su cara, pero, por muy vago que fuera el recuerdo, verlo de nuevo quizá les refrescara la memoria. Y quería evitar a toda costa presentarse en aquel lugar donde corría tanto peligro.

A última hora escogieron a uno de los encargados del departamento para que acompañara al director general en su lugar. El hombre le dijo a Asai que en Nagano habían lamentado profundamente su ausencia.

—Dijeron que la próxima vez conseguirían que fuera usted. De hecho, se ve que ya están preparando un curso especial al que no invitarán a los peces gordos, sino a formadores competentes como usted.

Aquello era inconcebible. Para poder esquivar las invitaciones que le enviaban desde la zona potencialmente más peligrosa, tendría que rechazar durante un tiempo todas las ofertas que le hicieran desde cualquier prefectura.

Asai no había vuelto a ver a Shiraishi desde entonces. Sabía que le debía una disculpa por las molestias que le había ocasionado con su supuesta enfermedad, pero no le apetecía ir expresamente al despacho del director general. Cuando se «recuperó» del catarro y volvió al trabajo, solo fue a ver al jefe de sección para presentarle sus excusas.

—Estabas enfermo, era una causa de fuerza mayor. Le transmitiré tus disculpas al director general.

El jefe de sección habló con un tono indiferente, que parecía insinuar que había varias personas preparadas para sustituirlo en cualquier momento. Asai se sintió ligeramente ofendido. El jefe de sección era un funcionario de carrera, como Shiraishi, y también él consideraba temporal la silla que ocupaba entonces. Los hombres como él estaban más interesados en mantenerse al margen de cualquier conflicto que en profundizar en el contenido de su trabajo.

Asai pensaba que Shiraishi le habría comunicado su contrariedad enviándole un mensaje a través del jefe de sección, pero no era así. A pesar de que el director general le había pedido personalmente que lo acompañara a Nagano, si Asai no podía ir, cualquier otro acompañante le servía. Y también supuso que las palabras de su sustituto no eran más que un cumplido. Era posible que la gente de Nagano hubiera querido que asistiera Asai, pero quizá tampoco lo deseaban tanto. O quizá estuviera pensando demasiado.

Estaba tan alerta que se preocupaba en exceso por las cosas. Tenía que andarse con cuidado y tomar todas las precauciones, pero sin obsesionarse. Era importante mantener la calma.

Por el momento, no parecía que hubiera peligros a la vista. Los periódicos y las revistas no habían publicado más artículos sobre el caso, y no había indicios de que la policía estuviera a punto de encontrar al sospechoso. Aquel asesinato cometido en un paisaje tan bucólico como la cordillera Yatsugatake y el altiplano de Fujimi, que había despertado el interés de los lectores por el contraste con la sordidez de las ciudades, al final también acabó desapareciendo de la prensa. No debía de haber avances en la investigación, de modo que no había nada nuevo que contar.

Asai pensaba ir a ver al director general para pedirle disculpas personalmente por no haber podido acompañarlo, pero no encontró la ocasión y el tiempo fue pasando. El año terminó y empezó el siguiente. El director general reunió a todos los empleados para pronunciar un discurso de año nuevo, pero no era el momento de dar un paso al frente y disculparse delante de todo el mundo.

Durante los meses de enero y febrero no tuvo ocasión de estar a solas con Shiraishi. Lo veía a menudo, pero siempre estaba lejos y rodeado de gente. No se produjo ningún otro encuentro casual frente al ascensor. Las oportunidades son caprichosas, a veces vienen todas seguidas y otras veces brillan por su ausencia.

Finalmente, a principios de marzo, se encontró con el director general Shiraishi en el vestíbulo del ministerio. Al parecer, el hombre quería salir a almorzar y estaba solo en el vestíbulo, andando impaciente de un lado para otro mientras esperaba su coche.

Las disculpas de Asai llegaban un poco tarde, pues ya habían pasado tres meses desde el viaje, pero no podía dejar de pensar en ello y necesitaba quitárselo de encima.

—Señor director. —Asai se puso a su lado y le hizo una reverencia—. El año pasado... Lamento mucho no haber podido acompañarlo en el viaje de diciembre.

La robusta silueta de Shiraishi se detuvo. Se volvió para mirar a Asai, y sus pequeños ojos revelaron que no sabía de qué le estaba hablando.

—Esto... Cuando la cooperativa agrícola de la prefectura de Nagano lo invitó, caí enfermo y no pude acompañarlo. —Asai volvió a inclinar la cabeza.

—¡Ah! —Al fin, un destello de comprensión brilló en la desconcertada mirada del director general—. Es verdad, ya lo recuerdo. Vaya... ¿Te encuentras mejor? —le preguntó. Pero eran solo palabras pronunciadas sin sentimiento, mientras empezaba a andar hacia su coche.

—Sí, ya estoy bien.

¿Cómo no iba a estar recuperado de un catarro que había cogido tres meses antes?

—Me alegro. ¡Cuidate!

—Gracias, señor director.

Mientras contemplaba la ancha espalda de su jefe, Asai se arrepintió de haber hablado más de la cuenta. Era evidente que a Shiraishi no le había afectado lo más mínimo su enfermedad. No le importaba demasiado cuál de sus subordinados lo acompañara, lo importante era viajar con una comitiva numerosa. Aquel día, delante del ascensor, Asai había tenido la sensación de que quería que fuera él, pero ahora se daba cuenta de que solo lo había dicho por ser amable.

Los altos cargos solían comportarse así. Intentaban caer bien a sus empleados, pero todo era pura palabrería que no contenía ningún tipo de preocupación real.

No debería haberle dado tantas vueltas. Shiraishi ya había olvidado que Asai no había podido acompañarlo, y eso demostraba que no le había afectado en absoluto. Asai se sintió contrariado por haber dado tanta importancia a algo que no la tenía y, al mismo tiempo, fue un alivio descubrirlo. Su contrariedad era la de cualquier funcionario de bajo rango acostumbrado a depender de lo que sus superiores opinaran de él. Aunque Shiraishi le pareciera un hombre mediocre, Asai llevaba años soportando la opresión del sistema y no sabía actuar de otro modo. En ese sentido envidiaba a los empleados más jóvenes, que se expresaban con más libertad.

Por otro lado, era una buena noticia que el director general hubiera olvidado el asunto tan pronto. Aquello demostraba que no había peligro de que lo obligaran a viajar a Nagano. En lugar de entristecerse por su actitud servil, Asai debía alegrarse.

Después de aquello, las cosas siguieron su curso con normalidad. Las temperaturas frías y suaves se alternaron durante varios días, hasta que se estabilizaron y el tiempo empezó a ser típicamente primaveral.

Los periódicos traían todos los días noticias de asesinatos cuyos autores eran detenidos en el acto. Y, si lograban escapar, terminaban suicidándose a los pocos días. En todos los casos se descubría al asesino a través de su relación con la víctima. Siempre había una tercera persona que podía arrojar algo de luz sobre el móvil del crimen. Sin aquella información, la policía investigaba a ciegas.

En el escritorio de Asai se amontonaban toda clase de libros sobre leyes y regulaciones, necesarios para desempeñar su labor en la administración pública. Uno de ellos era, naturalmente, el *Seis Códigos*, el compendio de leyes japonesas. El capítulo veinticinco, titulado «Penas por corrupción», correspondía a los funcionarios.

«Artículo 197: Si un funcionario público o un intermediario es declarado culpable de haber aceptado o solicitado sobornos, o ha llegado a un acuerdo para ofrecer o aceptar un soborno, será condenado a un mínimo de tres años de cárcel. Si es declarado culpable de haber concedido un trato de favor, será condenado a un mínimo de cinco años.»

Por extraño que pueda parecer, el capítulo de homicidios venía justo después del capítulo de penas por corrupción de los funcionarios públicos.

«Capítulo 26: Penas por homicidio. Artículo 199: Los culpables de homicidio recibirán la pena de muerte o una pena de prisión de entre tres años y cadena perpetua.»

La coincidencia de que el capítulo de corrupción fuera seguido del capítulo de homicidios parecía insinuar que los funcionarios eran más proclives a cometer asesinatos.

«Código de procedimiento penal. Artículo 250: La ley de prescripción se aplica según los periodos descritos a continuación:

- »1. Quince años para crímenes punibles con la pena de muerte.
- »2. Diez años para crímenes punibles con cadena perpetua o trabajos forzados.
- »3. Siete años para crímenes punibles con una sentencia de más de diez años de prisión o trabajos forzados.»

Entre siete y quince años. Asai calculó lo que significaba aquel periodo de tiempo, tomando como criterio los años de servicio que le quedaban en la administración. Al cabo de quince años, llevaría un año jubilado. Al cabo de diez años, probablemente sería jefe de sección. Al cabo de siete años, estarían considerando si lo ascendían a jefe de sección o no.

El asesinato cada vez le parecía más irreal, pero de vez en cuando se sorprendía haciendo aquellos cálculos. No era por miedo a que el cerco de la investigación policial se estuviera estrechando en torno a él, más bien quería calcular cuánto faltaba para poder vivir una vida libre de angustia.

Mientras se hallaba sumido en aquellas reflexiones, el presidente de Embutidos Yagishita llegó a Tokio de viaje, procedente de Kobe.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Asai.

Ambos hombres se encontraban en una cafetería cercana. Era la hora del almuerzo, y desde las ventanas se veían hombres y mujeres, empleados de las distintas oficinas gubernamentales, paseando por el parque.

—Un regalo para nuestros franquiciados de Tokio. Los hemos invitado a un balneario de Hokkaido —respondió Yagishita.

—Siempre estáis organizando esa clase de cosas.

—Hay mucha competencia en el sector industrial. Nosotros solo regalamos escapadas, pero hay algunos que organizan viajes de empresa al extranjero.

—¿Quiénes?

—Kurosaki, la fábrica de maquinaria y material agrícola. En fin, las cifras de ventas de las empresas de maquinaria son mucho más elevadas. Nosotros no podemos ofrecer esa clase de regalos a las charcuterías que venden nuestro jamón y nuestras salchichas. He oído decir que Kurosaki organizará un viaje al sureste asiático a finales de marzo para miembros de la junta de las cooperativas agrícolas de la zona de Koshinetsu.

—¿De toda la zona de Koshinetsu? Es muy grande.

—Parece que lo han limitado a unas cuarenta personas, supongo que los cooperativistas más destacados. No han invitado a altos cargos de la delegación prefectural, sino a cooperativistas de pueblos y ciudades. El director general de Kurosaki es amigo mío, por lo que lo sé de buena tinta. La política de reducción de tierras de cultivo es una amenaza para el sector de maquinaria agrícola. En esta ocasión no han escogido a los peces gordos de la

delegación prefectural, sino que han decidido tener contentos a los miembros regionales. Lo tienen todo planeado al detalle.

—Es una época dura para todos.

—Sí, también para los comerciantes.

Un par de días más tarde, el jefe de sección convocó a Asai en su despacho.

—Asai, la cooperativa agrícola de la prefectura de Nagano va a organizar un seminario. ¿Podrías asistir como ponente?

—¿La prefectura de Nagano? —repitió Asai, sobresaltado.

—Sí. La Unión Nacional y la delegación prefectural han solicitado que se celebre allí.

¿Otra vez Nagano? ¡Qué pesados! ¿Por qué eran tan insistentes? Asai se sentía irritado.

—¿En qué zona de Nagano?

—En el sur.

Asai se quedó sin palabras.

—Quieren dar un curso formativo en cada una de las regiones del sur durante cinco días. Lo cierto es que he recibido la solicitud de parte del director general.

—¿El director general?

—Exacto. El señor Shiraishi opina que, a raíz de las nuevas políticas agrarias, el ministerio debe ofrecer todo su apoyo a los agricultores locales. Sé que un viaje como este supone muchas molestias para ti, pero me gustaría que fueras tú, puesto que conoces al dedillo la administración de la industria de los procesados.

—¿Han pedido...? Es decir, ¿la gente de Nagano ha preguntado concretamente por mí?

—En realidad, no. Han pedido que mandáramos a alguien con experiencia, y el director general te ha propuesto a ti.

—¿El director general en persona?

—Tengo entendido que tú mismo te ofreciste voluntario. El pasado mes de diciembre tenías previsto acompañar al señor Shiraishi a Nagano, pero te pusiste enfermo y no pudiste ir. Le comentaste al director general que lo lamentabas mucho y que la próxima vez no te perderías el viaje.

—Sí, pero eso fue...

No había hablado con Shiraishi para expresarle su deseo de ir a Nagano en la próxima ocasión, sino para disculparse por su ausencia. El director general lo había malinterpretado. Pero no podía decírselo al jefe de sección, que siguió hablando:

—El director general recuerda claramente tu proposición.

Asai no supo qué contestar.

—La gira empezará el 1 de abril y durará cinco días. Pronto recibirás la solicitud oficial por escrito.

—¿Qué distritos del sur de Nagano debería visitar?

—Ina, Takato, Ida, Fujimi y Chino. Será un viaje de cinco noches y seis días.

Asai no podía negarse, y mucho menos después de lo de la última vez. Además, en aquella ocasión lo habían escogido por recomendación del director general.

Fingir otra vez que estaba enfermo no funcionaría. No podía volver a jugar la misma carta.

No debería haberle dicho nada a Shiraishi. Él ya había olvidado el asunto por completo, y no parecía que lo hubiera afectado en lo más mínimo. Cuando se acercó a pedirle disculpas ya había tenido la desagradable sensación de que no era necesario hacerlo, y aquello le daba la razón. Debería haber dejado las cosas tal y como estaban.

Una gira de seis días y cinco noches por una región pequeña significaba que se encontraría con aquellos dos hombres. Los cursos estaban dirigidos solo a miembros de la cooperativa. Además de las sesiones formativas, por la noche habría fiestas de bienvenida y cenas de agradecimiento. Los cooperativistas estarían deseando asistir a tales eventos, y allí también se encontraría con ellos. Asai ocuparía el asiento principal y los asistentes se turnarían para brindar con él. Los señores Kido y Haruta estarían sentados enfrente. Los habitantes de las zonas rurales estaban acostumbrados a beber, y sus celebraciones solían alargarse. Tendrían mucho tiempo para acordarse de él.

«Ojalá no vinieran», pensó Asai. Si tuviera la seguridad de que Kido y Haruta no iban a asistir, estaría completamente a salvo. Sería incapaz de impartir las sesiones formativas con naturalidad sabiendo que aquellos dos

hombres lo estaban observando entre el público. Se sentiría amenazado en todo momento y no podría bajar la guardia.

¿Por qué todos se empeñaban en enviarlo a un lugar que intentaba evitar desesperadamente? Creía que iba a volverse loco.

Entonces recordó la última conversación que había mantenido con Yagishita.

Kurosaki, la empresa de maquinaria agrícola, había invitado a varios cooperativistas de la zona de Koshinetsu a un viaje por el sureste asiático a finales de marzo. Los participantes habían sido cuidadosamente seleccionados, dando prioridad a los miembros de las pequeñas cooperativas locales.

¿Era posible que Akiharu Kido y Jiro Haruta figurasen en la lista de asistentes? Precisamente era a finales de marzo cuando empezaba la gira en Nagano. Aún existía una posibilidad de evitar el encuentro.

Asai vio brillar un destello de esperanza. Necesitaba consultar cuanto antes la lista de invitados de Kurosaki. Si el viaje estaba previsto para finales de marzo, ya debían de haber seleccionado a los participantes.

Asai esperó impaciente que Yagishita regresara de su escapada al balneario de Hokkaido.

A su regreso de Hokkaido, Yagishita pasó unos días en Tokio y llamó a Asai al ministerio. Asai le había dejado un mensaje en la sucursal que Embutidos Yagishita tenía en Tokio.

—Hola, ya estoy de vuelta —dijo tosiendo.

—Bienvenido. ¿Qué tal en Hokkaido? —preguntó Asai amablemente.

—Todavía hace frío ahí arriba, he pillado un buen catarro. Oiga, me han dicho que ha llamado. —La voz de Yagishita sonaba más áspera que de costumbre.

—Sí, pero no era nada urgente. ¿Qué te parece si quedamos para cenar esta noche?

—Me parece perfecto. ¿Quiere que venga con alguien de mi oficina?

—No, no. Tú y yo solos —se apresuró a aclarar—. Tengo que pedirte un pequeño favor.

—¿Ah sí? De acuerdo, como quiera.

Normalmente era Yagishita quien proponía los encuentros, pero como aquella vez lo había invitado Asai, fue él quien escogió la hora y el lugar.

Quedaron a las seis de la tarde en una cafetería de Shinjuku. Yagishita no paraba de toser y sonarse la nariz.

—En Hokkaido todavía hay nieve. Fuimos al balneario de Noboribetsu. El agua estaba caliente, pero el aire era frío.

—¿Por qué escogiste un lugar tan frío como Hokkaido?

—Porque todo el mundo va a Shirahama o Atami, y me pareció más original viajar un poco más lejos, aunque hiciera frío. Mis clientes estuvieron encantados de poder bañarse en las piscinas de aguas termales al aire libre rodeadas de nieve, parecían muy impresionados. Pero es cierto que hacía más frío del que imaginaba. Aun así, el hotel era muy tranquilo y el servicio, inmejorable.

Así pues, Yagishita había escogido Hokkaido porque Shirahama y Atami eran destinos demasiado corrientes para sus clientes, pero había decidido a propósito viajar en temporada baja para ahorrar dinero en el alojamiento. Asai recordó que la última vez su amigo había lamentado que la facturación de su empresa de embutidos y salchichas no le permitiera regalar a sus franquiciados un viaje por el sureste asiático como el que había organizado Kurosaki, la empresa de maquinaria agrícola.

Asai, consciente de que no podía pedirle ningún favor a Yagishita invitándolo solo a un café, lo llevó a cenar a un restaurante cercano especializado en cocina del noreste de Japón. Era un lugar sencillo, con taburetes en lugar de sillas. La barra estaba vacía, pero Asai escogió una de las mesas del fondo y pidió sake y *shottsuru*, una especialidad regional a base de pescado fermentado. Era un plato sencillo, pues a un funcionario no se le permitía invitar a un empresario, pero aquel estofado caliente resultó ser exactamente lo que necesitaba Yagishita para su catarro.

Mientras bebían, charlaron de todo un poco. Asai sabía que no podía sacar el tema inmediatamente. Había pensado cómo iba a decírselo, pero el contenido de la conversación no tenía nada que ver con los asuntos que ambos hombres solían tratar cuando se reunían, por lo que debía ser muy cauteloso para no levantar sospechas.

Pasó aproximadamente una hora. Yagishita parecía cada vez más intrigado por conocer la naturaleza del «pequeño favor» que Asai quería pedirle, tal y como le había anticipado por teléfono. Por tanto, lo más prudente sería no esperar más. Si el restaurante se llenaba, resultaría más difícil sacar el tema.

—Verás, Yagishita. Si no me equivoco, el otro día comentaste que tenías buena relación con el director general de Kurosaki —dijo Asai en un tono neutro, como si se tratara de la continuación de la conversación intrascendente que habían mantenido hasta entonces.

—Sí, lo conozco bien. En realidad, es amigo mío. Es el hermano pequeño de la esposa del presidente de la empresa, y un empresario muy hábil —respondió Yagishita, asintiendo y dejando el vaso de sake encima de la mesa.

—Tengo que comentarle un asunto un poco delicado, y me gustaría que lo hicieras tú.

—¿De qué se trata?

—Verás, es un favor que me ha pedido otra persona, un contacto del trabajo. Por eso no he podido decirle que no. Comprendes que me encuentre en una situación comprometida, ¿verdad? —Asai había exagerado a propósito, e

hizo una pequeña pausa para que su amigo pudiera ponerse en su lugar.

—Sí, lo entiendo —asintió Yagishita—. Es usted todo un veterano en el ministerio, imagino que le pedirán favores desde todas partes —respondió. Estaba claro que Yagishita imaginaba que la petición procedía de uno de los superiores de Asai o de algún empresario influyente.

—Exacto. El problema es que, a pesar de que soy un veterano, sigo siendo un simple funcionario.

—No, no. No me refería a eso —se apresuró a decir Yagishita, consciente de que tal vez había usado una palabra inapropiada—. Cuando he dicho que era un veterano quería decir que tiene muchos contactos.

—No te preocupes —repuso Asai despreocupadamente, y le sirvió a su amigo otro vaso de sake—. Mi sentido del deber es demasiado alto.

—Lo imagino. Disculpe. En fin, ¿qué es lo que quiere que le pida a Yada de su parte? Yada es el director general de Kurosaki.

—Verás. Por circunstancias que no vienen al caso, no puedo decirte quién me lo ha pedido. Se trata de lo siguiente. Me comentaste que Kurosaki había organizado un viaje al sureste asiático a finales de marzo para los miembros más destacados de las cooperativas agrícolas de la región de Koshinetsu, ¿no es así? Supongo que ya habrán escogido a los participantes.

—Si es a finales de marzo, seguro que sí. Es un viaje al extranjero, o sea que habrá que hacer varios preparativos.

—Por supuesto.

—¿Por qué lo pregunta?

Asai tragó saliva y soltó lo que tenía pensado:

—Mira, mi contacto quiere saber si entre los miembros de la lista figuran los nombres de Akiharu Kido y Jiro Haruta, de la cooperativa de Nagano.

—No puedo confirmárselo de memoria, pero se lo puedo preguntar a Yada. Si quiere, le llamo ahora mismo —se ofreció Yagishita, mientras hacía ademán de levantarse y consultaba el reloj—. Vaya, lo siento. Es demasiado tarde, ya se habrá ido a casa.

—Tranquilo, no es tan urgente.

—Entendido. ¿Se lo pregunto mañana, entonces?

—Sí, mañana va bien. Pero aún tengo que pedirte otro favor. Y este no es tan fácil.

—¿De qué se trata?

Asai no tuvo valor para decírselo inmediatamente y bebió un sorbo de su vaso de sake.

—Verás, para mí también es un engorro tener que pedírtelo, así que será mejor que vaya directo al grano. Si Akiharu Kido y Jiro Haruta, de la cooperativa de Nagano, no están en la lista del viaje, ¿podrías pedirle al director de Kurosaki que los incluyera?

—¿Quiere que los meta en la lista? —Yagishita tosió y su expresión se agravó.

Al verlo, Asai se apresuró a añadir:

—Mi contacto, es decir, la persona que me ha pedido el favor, estaría dispuesto a correr con todos los gastos del viaje de esos dos hombres, naturalmente. No quiere ocasionar ningún gasto adicional a Kurosaki. Pero dice que les estaría muy agradecido si pudieran incluirlos en la lista.

—Si él corre con los gastos, supongo que no habrá problema —concedió Yagishita—. Pero ¿qué quiere conseguir con todo esto? Es decir, ¿cuál es su propósito?

—Sí, yo también se lo pregunté. Al parecer, esta persona quiere regalarles a esos dos hombres un viaje al extranjero. Supongo que está en deuda con ellos por algún motivo, pero no conozco los detalles. El caso es que los viajes en grupo salen a mitad de precio de lo que cuestan los viajes individuales. Probablemente sea esta la razón.

—Claro, ahora lo entiendo. La única forma de reducir el gasto a la mitad es apuntándolos a un viaje en grupo.

Asai había supuesto que Yagishita sería más comprensivo si alegaba motivos económicos.

—Tengo entendido que el viaje al sureste asiático durará seis noches y siete días y será una ruta por Hong Kong, Macao y Taiwán. —Asai había obtenido aquella información llamando a la Unión Nacional de Cooperativas Agrícolas con un nombre falso. El grupo saldría del aeropuerto de Haneda el 31 de marzo y regresaría la noche del 6 de abril. Los dos hombres no volverían a Nagano hasta el día 7. Para entonces, la gira de conferencias de Asai habría terminado—. En cuanto a los gastos, he calculado que ascenderán a unos ciento setenta o ciento ochenta mil por

persona, es decir, trescientos cincuenta o trescientos sesenta mil entre los dos. Si Kurosaki accede, mi contacto me ha autorizado a entregar el dinero en efectivo en la sede de la empresa.

—Un momento, no puedo decirle nada hasta que haya hablado con Yada.

—Claro, faltaría más.

—Además, si resulta que los señores Kido y Haruta ya están en la lista, no tendríamos que ocuparnos de nada más, ¿correcto?

—Sí, es correcto.

Asai pensó que sería ideal que ya estuvieran en la lista. Trescientos cincuenta mil yenes era mucho dinero. A pesar de ello, estaba dispuesto a pagarlo si de esa forma evitaba un gran riesgo e incluso salvaba la vida. Estaba acorralado y no se le había ocurrido otra forma de evitar su propia ruina, de modo que no podía lamentar sacar cerca de cuatrocientos mil yenes del depósito que tenía en el banco. Era una decisión que rozaba la locura. Sin embargo, si aquellos dos hombres ya estaban en la lista, esquivaría el peligro sin tener que pagar ni un centavo. Visto así, la decisión de desembolsar tanto dinero se le antojaba ridícula y absurda. Ojalá que al final no existiera la necesidad de dar un rodeo tan grande para que aquellos hombres no asistieran a las sesiones formativas que iba a impartir.

—Hay un problema, señor Asai. Kurosaki llevó a cabo un exhaustivo proceso de selección entre las cooperativas de la región de Koshinetsu para escoger a los participantes en el viaje. Los candidatos serán sin duda gente destacada —observó Yagishita.

Asai se vio obligado a evocar de nuevo en su mente a aquellos dos hombres que lo habían recogido en coche. Ninguno de los dos parecía un cooperativista importante. Estaba seguro de que Jiro Haruta, el más joven, no estaría en la lista del viaje. Así pues, no le quedaría otra que pagar. Si por lo menos Akiharu Kido hubiera sido seleccionado, solo tendría que pagar un viaje.

¿Por qué demonios habría subido al coche? Si no lo hubiera hecho, ahora no tendría tantas preocupaciones. ¿Y por qué aquel coche había tenido que pasar a su lado justo entonces?

Sin darse cuenta, Asai apretó el vaso de sake con tanta fuerza que estuvo a punto de resquebrajarlo. Estaba muy alterado.

Yagishita le prometió que al día siguiente iría a la sede de Kurosaki en Tokio y le preguntaría a Yada, el director general, si aquellos dos hombres de Nagano figuraban entre los seleccionados para el viaje. Si no estaban en la lista, se inventaría algún pretexto para que los incluyera.

—Oye, supongo que entenderás que nadie puede saber que soy yo quien te lo ha pedido. Si alguien se enterase podría haber un gran malentendido en el ministerio. Y si alguien tirase del hilo mi contacto acabaría teniendo muchos problemas. Por eso debo pedirte la máxima discreción. Siento ser tan insistente, pero es de vital importancia —dijo Asai. Yagishita volvió a toser y le dio unas palmaditas en el hombro.

—No se preocupe por eso. Está en una situación comprometida. Me ha hecho muchos favores, y de ahora en adelante necesitaré que siga apoyándose. Tiene mi palabra, no se lo contaré a nadie. Puede confiar en mí. Yada es amigo mío y estoy seguro de que se hará cargo de la situación.

Asai no pudo evitar inquietarse al observar que Yagishita ya estaba un poco borracho.

Yagishita le llamó al día siguiente por la tarde.

—En cuanto a lo que hablamos anoche, he ido a ver a mi amigo y resulta que ninguno de esos dos hombres figura en la lista —anunció con voz nasal. No parecía que su resfriado hubiera mejorado.

—Me lo suponía —respondió Asai. Hizo lo posible para disimular ante sus colegas, pero en el fondo había estado esperando un golpe de suerte y aquella noticia le sentó como un mazazo.

Solo le quedaba por saber qué había conseguido Yagishita. Ya no le importaba tener que desembolsar cuatrocientos mil o incluso quinientos mil yenes. No le haría falta pedir un préstamo, tenía el dinero en el banco. Se sentía como si hubiera estado ahorrando para estar preparado ante una emergencia como aquella. Una repentina oleada de calor le recorrió la espalda. Necesitaba conocer cuanto antes el resultado de las negociaciones entre Yagishita y Yada.

—¿Estás preparado? Iré directo al grano y te lo explicaré con pocas palabras —continuó su amigo, consciente de que Asai estaba rodeado de gente—. Yada ha accedido.

Asai se quedó sin palabras. El jefe de sección no estaba en su escritorio y no le preocupaba especialmente que los demás jefes y empleados pudieran oírlo, así que debió de ser el gran alivio que sentía lo que lo había dejado sin habla.

—Yada me ha dicho que el viaje ya estaba cerrado, pero me he inventado una excusa sin mencionarle la conversación que tuve ayer con usted, naturalmente. Ha dicho que, teniendo en cuenta que era yo quien se lo pedía, se aseguraría de incluir a esos dos hombres en la lista.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Yada ha revisado los directorios de todas las cooperativas agrícolas de la prefectura de Nagano. Al parecer, tanto Akiharu Kido como Jiro Haruta son miembros de la cooperativa de Fujimi. ¿Me equivoco?

—No, es correcto.

Asai se notaba la frente empapada en sudor, y sintió un pinchazo en la nuca.

—Iniciará los trámites para incluirlos en el viaje. En cuanto al dinero, ya se lo he adelantado. En total asciende a ciento ochenta mil yenes por barba, es decir, trescientos sesenta mil yenes entre los dos. No hace falta que me dé el dinero ahora, ya me lo dará cuando le vaya bien. O paso a verle un día de estos y lo arreglamos.

—Pero...

—Ahora lo tengo complicado para quedar, ya lo arreglaremos la próxima vez que nos veamos. ¿Necesita algo más?

—No, nada.

—Por cierto, puede dar por seguro que no he mencionado su nombre ni una sola vez. En ese aspecto, quédese tranquilo. Esos dos hombres y todo el mundo creerán que la invitación la ha enviado Kurosaki.

Asai no supo qué decir.

—Bien, pues tengo que dejarle.

La voz de Yagishita —tal vez por culpa del resfriado— le dejó una agradable resonancia en el oído.

Aquella noche, Asai se sentía más tranquilo de lo que había estado en mucho tiempo. El peligro había pasado. Ahora podría viajar a la prefectura de Nagano sin tener que inquietarse por nada. Si cumplía con la misión que le habían encargado, no tendría que regresar. Por lo menos no hasta dentro de muchos años. Es decir, nunca más. Nadie sospecharía nada si al cabo de diez años rechazaba una invitación para ir a la prefectura de Nagano.

En cuanto a los trescientos sesenta mil yenes que Yagishita había adelantado a Kurosaki, los reuniría y se los devolvería la próxima vez que fuera a Tokio. Cabía la posibilidad de que Yagishita no quisiera aceptar el dinero, pero en cualquier caso no sería a cambio de nada. Cada vez que lo pensaba, Asai se horrorizaba ante la perspectiva de tener que pagar aquella cantidad de dinero, pero había decidido devolvérselo a Yagishita y hacer caso omiso a lo que este pudiera decirle. Los asuntos de dinero había que dejarlos bien zanjados. De lo contrario, nunca se sabía qué podía ocurrir más adelante.

Asai se quedó dormido, pero se despertó sobresaltado en mitad de la noche. Ya se había acostumbrado a dormir solo, así que no podía ser por eso. Últimamente, debido a los nervios que estaba pasando, imágenes inquietantes aparecían en su mente incluso mientras dormía, y entonces se despertaba sobresaltado.

¿Acaso no levantarían sospechas que Akiharu Kido y Jiro Haruta aparecieran de repente en la lista de participantes en el viaje? ¿No querrían saber sus compañeros el porqué de aquel cambio de última hora? Todo el mundo empezaría a especular sobre la inclusión de aquellos dos hombres en una lista de nombres cuidadosamente seleccionados. Puede que, al final, alguien acabara atando cabos y advirtiera que Kido y Haruta eran precisamente los hombres que habían recogido a un desconocido en la carretera de Fujimi.

Asai maldijo para sus adentros. El rumor empezaría a circular entre los vecinos y obligaría a la policía a reabrir la investigación. Sí, era una posibilidad muy real.

Hasta entonces Asai había creído que era una idea brillante, pero ahora se daba cuenta de lo irreflexivo que era su plan. Se había obsesionado tanto con librarse de aquellos dos hombres durante la semana de formación que no había pensado en la reacción de sus compañeros. Asai se sentó en el futón con el corazón en un puño.

Llamaría a Yagishita a primera hora de la mañana para cancelarlo todo. Si no dejaba pasar más tiempo, Kido y Haruta aún no habrían recibido la invitación.

Pero tan pronto como hubo tomado la decisión, se dio cuenta de que eso sería aún más peligroso. Si pedía el favor y luego lo cancelaba todo, Yagishita y Yada se preguntarían qué se traía entre manos. En ningún momento había aclarado el motivo de su extraña petición, y si se echaba atrás levantaría sospechas.

Asai era incapaz de quedarse sentado. Tenía la cabeza a punto de estallar.

Tsuneo Asai tardaría poco en darse cuenta de que sus temores eran infundados y de que había hecho una montaña de un grano de arena.

Yagishita le envió una carta desde Kobe para informarle de que Akiharu Kido y Jiro Haruta habían sido incluidos con éxito en la lista de candidatas para participar en el viaje al sureste asiático organizado por Kurosaki. Saldrían el 31 de marzo del aeropuerto de Haneda. Yagishita añadía en su carta: «Gracias a las disposiciones tomadas por el director general Yada, su elección no ha parecido una decisión de última hora. Así pues, sus vecinos están firmemente convencidos de haber sido elegidos desde el primer momento. Todo ha transcurrido de forma muy natural».

Asai suspiró momentáneamente. Así pues, a nadie le extrañaría que Kido y Haruta hubieran recibido un trato especial. Había temido que su privilegiada situación llamara la atención de su entorno y alguien acabara relacionándolo con la noche del asesinato, cuando aquellos dos hombres habían recogido a un desconocido en la carretera. Pero ahora nadie sabía que habían sido incluidos a última hora, sino que parecía que hubieran formado parte del grupo desde el principio; por lo tanto, no había peligro de que llamara la atención o de que alguien se extrañara.

Asai se alegró de no haberse echado atrás. Si lo hubiera anulado todo justo después de haber movido cielo y tierra para que incluyeran a aquellos dos hombres en la lista, tanto Yagishita como Yada, el director general de Kurosaki, habrían desconfiado de él y habrían querido averiguar sus intenciones. Un exceso de precauciones no habría hecho más que aumentar el peligro.

Asai se dio cuenta de que tenía el sistema nervioso muy alterado, pues se preocupaba continuamente por detalles insignificantes. Llevaba cuatro o cinco días sin dormir, esperando recibir la carta de Yagishita. En cuanto se quedaba adormilado, su corazón empezaba a latir desbocado y se levantaba de un salto. Después se sentaba de nuevo en el futón para tratar de calmarse, pero su corazón seguía latiendo acelerado y el miedo lo atenazaba en la oscuridad. Un torbellino de pensamientos destructivos giraba en su mente, y sentía la apremiante necesidad de gritar. Sufría síntomas claros de neurosis.

Ahora que había esquivado el peligro una vez más, debería empezar a cuidar de sus frágiles nervios. Aunque el principal motivo de su angustia hubiera desaparecido, no creía que los síntomas de la neurosis remitieran de la noche a la mañana. Todavía quedaban restos escondidos entre los pliegues de su cerebro y podían aflorar en cualquier momento y hacer que se comportara o hablara de forma irracional. Eso sería muy grave. Tendría que andarse con mucho cuidado, ser prudente y, al mismo tiempo, relajarse y tomarse las cosas con más calma.

Entre el 1 y el 5 de abril, Asai estuvo de gira por el sur de la prefectura de Nagano. Todas sus conferencias fueron un éxito.

El peligro había volado lejos de allí y estaba visitando Hong Kong, Macao y Taiwán. No existía ninguna posibilidad de toparse de bruces con aquellos dos hombres. En todas las aldeas que visitó en su papel de formador fue capaz de decir lo que tenía previsto y actuar con desenvoltura. Se sentía liberado: la neurosis empezaba a remitir.

Después de visitar la cooperativa agrícola de Chino, se dirigió a la de Fujimi. La cordillera Yatsugatake se erigía justo enfrente de él. En aquella ocasión la veía a plena luz del día, no como la última vez, y podía distinguir perfectamente el contorno de las aristas y los pliegues de las laderas. La primavera acababa de empezar, pero ahí arriba el invierno aún estaba muy presente. Las cumbres seguían nevadas, y las laderas y el pie de las montañas estaban teñidos de marrón.

En la oscuridad de la noche, aquellas montañas parecían un muro negro, impenetrable e intimidante. La luz del día, en cambio, revelaba un paisaje seco y desolado.

¿Dónde habría abandonado el cadáver de Konosuke Kubo? A lo lejos vio un bosque, justo en el punto en que se abría una quebrada por donde probablemente fluía un río. Había leído en los periódicos que el cuerpo había aparecido cerca de un río, y la forma de aquel bosque le resultaba vagamente familiar. Puede que se equivocara, pero al menos coincidía con la masa negra que conservaba en sus recuerdos.

Asai contemplaba el paisaje desde la ventana de la sala de conferencias de la cooperativa agrícola. No era escalofriante. El hombre estaba muerto. Tres rocas le rodeaban el rostro cubierto de sangre. Las rocas blancas relucían tenuemente en la oscuridad, mientras que la cara, negra y aplastada, era invisible.

«¡Fantasma de Konosuke Kubo! ¡Sal si te atreves!», gritó en silencio, con la mirada fija en un punto lejano. No temía a los fantasmas. No era como uno de esos maridos vengativos que observan desafiantes el lugar donde su esposa se ha suicidado y la retan a regresar convertida en fantasma. De los muertos no había nada que temer. Además, él nunca había tenido la intención de matar a Kubo. Se había dejado llevar por un arrebato. Kubo lo había provocado, así que, en cierto modo, era responsable de su propia muerte. ¿Por qué razón iba a tener miedo?

De repente, Asai se dio cuenta de que llevaba un buen rato contemplando las montañas y se enfadó consigo mismo. «Los demás sospecharán algo, ¡haz el favor de comportarte! Ignora las montañas, actúa con normalidad. No tienes por qué inquietarte. Aparta la vista de la ventana.»

Aquel extraño comportamiento y aquella angustia debían de ser vestigios de la neurosis. «Cuidado, ¡cuidado! No abras la boca y digas algo absurdo sin querer. Mantén la calma y actúa con naturalidad. No hay nada de lo que preocuparse. Tranquilo.»

Mientras duró la gira formativa, no oyó que nadie mencionara el viaje al sureste asiático organizado por Kurosaki. Al parecer, últimamente los viajes al extranjero eran bastante frecuentes en las cooperativas. Por desgracia, como el resto de turistas japoneses se encontraban con grupos de cooperativistas en todos sus destinos, no gozaban de muy buena fama entre la población. Calumnias aparte, si los viajes internacionales relacionados con las cooperativas agrícolas eran tan frecuentes, en las aldeas rurales ya no parecería tan raro que alguno de sus vecinos viajara a Hong Kong y Taiwán.

No había nada de qué preocuparse. En aquella región a nadie parecía importarle si Akiharu Kido y Jiro Haruta habían sido seleccionados desde el principio o no. Como en ningún momento se habló del viaje organizado por Kurosaki, nadie tuvo ocasión de cotillear sobre los participantes.

El 6 de abril, después de una gira de conferencias verdaderamente agradable, Asai regresó a Tokio. El jefe de sección le manifestó su agradecimiento por su trabajo.

—Enhorabuena, Asai. Tus charlas formativas han tenido una gran acogida en todas partes. El presidente de la delegación prefectural de Nagano me ha llamado para que te transmitiera su agradecimiento. Así pues, gracias por todo.

Asai había cumplido con su deber. Si volvían a llamarle de la prefectura de Nagano, podría rechazar la invitación sin necesidad de ofrecer ninguna excusa, y a nadie le parecería extraño. No tenía la intención de regresar hasta dentro de diez años por lo menos.

El grupo del viaje organizado por Kurosaki aterrizaría en el aeropuerto de Haneda aquella misma noche y regresaría a Nagano al día siguiente. Así pues, sus caminos se habrían cruzado sin llegar a coincidir. Tal y como estaba previsto.

El plan había salido a la perfección. El mismo Yagishita se lo dijo tres días más tarde, cuando fue a Tokio por negocios. Asai se reunió con él en una cafetería cerca del ministerio.

—Señor Asai, el grupo del viaje organizado por Kurosaki llegó a Nagano el 7 de abril sin contratiempos.

—Gracias por haberlo gestionado con tanta eficacia.

Asai evitó decir en voz alta los nombres de Kido y Haruta.

—Mi amigo Yada, el director general, aceptó enseguida mi petición. Por eso todo ha salido tan bien. Además, tal y como le adelanté por carta, consiguió disimular el hecho de que aquellos dos hombres habían sido añadidos a última hora, por lo que nadie se enteró.

—Gracias, de verdad —repitió Asai, haciéndole varias reverencias.

—Ellos solo supieron que estaban sustituyendo a dos personas que no habían podido asistir.

—¿Eso les dijeron?

—Sí. Verá, la lista ya estaba cerrada y no había otra forma de entrar. Aun así, sus compañeros de viaje no llegaron a saberlo.

Y sus vecinos de Nagano tampoco, pues nadie había mencionado a aquellos dos hombres durante la gira de Asai. Lo importante era que no hubieran llamado la atención.

—Yo también me alegro de haber podido ser útil —dijo Asai, insistiendo en su papel de simple intermediario—. Mi contacto está muy satisfecho. De hecho, me ha pedido que te pague los gastos del viaje de Kido y Haruta. ¿A

cuánto ascienden en total?

—No, no es necesario —dijo Yagishita, haciendo un gesto de rechazo.

—Tengo que devolverte el dinero que adelantaste.

—Ya lo arreglaremos en otra ocasión.

—No estaría bien. Te pagaré. Es decir, no soy yo quien está en deuda contigo. El dinero es de la persona que me pidió el favor.

Asai tuvo el presentimiento de que Yagishita pretendía asumir los gastos del viaje de aquellos dos hombres. A juzgar por sus palabras, eso es lo que estaba insinuando. Yagishita era un hombre de negocios. Debía de considerarlo como una inversión que recuperaría en un futuro, cuando necesitara algún favor del ministerio.

El viaje había costado un total de trescientos cincuenta y seis mil yenes. A Asai le habría venido muy bien que Yagishita asumiera todos los gastos. Cuando sentía que el peligro lo acechaba, había estado más que dispuesto a desembolsar quinientos mil e incluso un millón de yenes, pero ahora que ya estaba a salvo le parecía desorbitado pagar tanto dinero por dos completos desconocidos. Anteriormente ya se había amonestado a sí mismo por pensar en aquellos términos, pero fue cuando aún no estaba fuera de peligro. Ahora ya no había nada que temer, y aquello le parecía un despilfarro.

—¿Está seguro? —dijo Yagishita, ladeando ligeramente la cabeza para expresar sus dudas—. Si insiste, dejaré que me pague solo la mitad.

—¿La mitad?

—Es decir, los gastos de una persona. Ciento setenta y ocho mil yenes.

Yagishita ya no parecía dispuesto a pagarlo todo. Asai no supo si su amigo había adoptado la actitud de hombre de negocios o si él había insistido demasiado en pagar. Quizá debería haber cedido antes, pero ahora ya no podía echarse atrás. Además, tenía que seguir fingiendo que el dinero no era suyo, sino de su misterioso contacto.

—¿Te parece bien así?

Asai sacó del bolsillo del abrigo el sobre que tenía preparado y contó discretamente los billetes de diez mil yenes que contenía.

—Por supuesto. Si el dinero fuera suyo, no lo aceptaría. Estoy dispuesto a aceptar la mitad porque sé que es de otra persona. —La amplia sonrisa que se dibujó en el rostro de Yagishita parecía insinuar que Asai podía quedarse la otra mitad para sus gastos particulares.

Asai le entregó a Yagishita diecisiete billetes de diez mil yenes, pero no tenía ninguno de cinco mil, así que añadió otro de diez mil.

—Yo tampoco tengo cambio —dijo Yagishita, devolviéndole el billete—. No se preocupe, está bien así. Lo dejaremos en ciento setenta mil.

—No, no puede ser. Es decir...

—Venga, ¡no me trate como a un extraño! ¿Qué son diez mil yenes entre amigos?

Akiharu Kido y Jiro Haruta se sentían muy agradecidos por haber sido elegidos para participar en el viaje al sureste asiático organizado por Kurosaki como sustitutos de otros dos participantes. Kido no era precisamente un miembro influyente de la cooperativa agrícola de Fujimi: había sido incluido como un simple asambleísta. En cuanto a Jiro Haruta, no era más que un joven administrativo del departamento de compras. Por eso ambos estaban entusiasmados por haber podido viajar al extranjero en compañía de personas muy influyentes de otras regiones, aunque hubiera sido en calidad de «sustitutos». Al mismo tiempo, estaban un poco desconcertados por la desigualdad de rango que habían observado entre sus compañeros de viaje y ellos mismos.

A pesar de su desconcierto, no sospechaban que detrás de aquel viaje se escondiera ningún propósito delictivo, sino al contrario: querían saber quién había tenido la consideración especial de concederles semejante privilegio para poder agradecerse como les dictaba su sentido del deber.

Tan pronto como regresaron a Nagano, Kido habló con Haruta y ambos le mandaron una carta al director general de Kurosaki preguntándole quién era su benefactor. Dirigieron la carta al director general porque era la persona de más alto rango que había ido al aeropuerto de Haneda a despedir al grupo de viajeros. Uno de sus empleados se la entregó en persona.

Yada, el director general, les dijo en su respuesta que el responsable de que hubieran podido viajar había sido el presidente de Embutidos Yagishita, y reveló que había corrido con los gastos personalmente. El hombre se vio obligado a admitir que su empresa no había pagado nada, sino que su benefactor había sido Yagishita. Le parecía injusto aceptar la enorme gratitud de aquellos dos hombres en nombre de la empresa.

Kido y Haruta eran hombres agradecidos. Viajaron expresamente hasta Kobe para entrevistarse con el presidente de Embutidos Yagishita, agradecerle su generosidad y entregarle un pequeño obsequio que habían comprado en Hong Kong. Lo cierto era que ninguno de los dos entendía por qué alguien como Yagishita, que no tenía ningún tipo de vínculo con ellos, les había pagado un viaje al extranjero.

Yagishita, por su parte, se quedó perplejo al ver que aquellos dos hombres le dedicaban reverencias tan profundas. Él solo había pagado la mitad de los gastos, es decir, la parte de uno de los dos. La otra parte la había pagado Asai, y le dolía en el alma que ambos se lo agradecieran solo a él.

Entonces fue cuando Yagishita rompió la promesa que le había hecho a Asai, según la cual jamás revelaría su nombre. Les dijo a Kido y Haruta que su verdadero benefactor era Tsuneo Asai, adjunto del jefe de sección del Ministerio de Agricultura. No se le puede reprochar a Yagishita que rompiera su promesa. Le resultaba demasiado incómodo llevarse todo el mérito y aceptar la profunda gratitud de aquellos dos hombres.

—Pero no es necesario que se lo agradezcan. Él lo hizo como favor a un contacto suyo que quiere permanecer en el anonimato. Yo mismo hablaré con el señor Asai y le transmitiré su agradecimiento —dijo Yagishita.

Pero Kido y Haruta eran hombres con un gran sentido del deber, y aún más sabiendo que su benefactor secreto era el adjunto del jefe de sección del Ministerio de Agricultura. Tomaron el tren de vuelta desde Kobe y, en lugar de bajar en Nagoya para hacer transbordo hacia Nagano, siguieron en dirección a Tokio.

Alrededor de las tres de la tarde llegaron al distrito de Kasumigaseki y fueron directamente al mostrador del Ministerio de Agricultura y Silvicultura, donde presentaron sus tarjetas de visita y solicitaron reunirse con el señor Asai, adjunto del jefe de sección. Les hicieron esperar un rato y, finalmente, les comunicaron que el señor Asai estaba muy ocupado y no podría recibirlos.

Sin embargo, aquellos dos hombres tenían un gran sentido del deber. Les pareció de mala educación dejarle una simple nota de agradecimiento, así que decidieron esperar en el vestíbulo hasta que Asai saliera del ministerio una vez terminada su jornada laboral. Parece mentira la paciencia que puede llegar a tener la gente de pueblo. Asai no tenía ni idea, e imaginaba que los hombres se habrían ido horas atrás. Por eso ni siquiera tomó la precaución de salir del ministerio por la puerta trasera, sino que salió por el vestíbulo con los demás empleados poco después de las 17.40, hora en la que terminaba de trabajar.

La recepcionista se compadeció de Kido y Haruta, que llevaban tanto tiempo esperando, y les indicó cuál de aquellos hombres era Asai. Ellos intentaron acercarse a él, pero lo perdieron de vista entre la muchedumbre que salía del ministerio. Cuando lo localizaron de nuevo, Asai ya había salido del edificio. Los dos hombres se precipitaron tras él.

—¡Señor Asai! ¡Señor Asai! —gritó Akiharu Kido.

Asai se volvió sobresaltado.

Kido avanzó hasta donde Asai se encontraba petrificado de miedo, con las facciones desencajadas, y Jiro Haruta se reunió con él. Ambos le hicieron una profunda reverencia.

—¿Es usted el señor Asai, adjunto del jefe de sección? Soy Akiharu Kido, de la cooperativa agrícola de Fujimi, y este es mi colega Jiro Haruta. Hemos solicitado una reunión con usted, pero en recepción nos han dicho que estaba muy ocupado. Por eso hemos decidido esperarlo hasta ahora. No queríamos irnos sin haber hablado con usted...

Mientras Kido hacía las presentaciones, ocurrió algo difícil de creer. Asai soltó un extraño grito, como si hubiera sido atacado por un malhechor, y echó a correr de repente. Corría velozmente por la acera, con el cuerpo tan inclinado hacia delante que a punto estuvo de perder el maletín.

Los dos hombres lo observaban perplejos. ¿Qué estaba pasando? ¿A qué venía aquello?

A pesar de que no entendían nada, imaginaron que había habido algún tipo de malentendido y echaron a correr tras él.

—¡Señor Asai! ¡Señor Asai! —gritaba Kido sin parar de correr—. ¡Espere, por favor!

Pero en lugar de detenerse, Asai aceleró el paso al oír su voz. A aquella hora había mucha gente saliendo de las demás oficinas gubernamentales, y muchas cabezas se volvieron hacia ellos. Era un día de mediados de abril, cerca de las seis de la tarde. Había empezado a oscurecer. Los faros de los coches iluminaban la silueta de Asai por detrás.

Kido y Haruta renunciaron a la persecución, se detuvieron y observaron la alocada huida de aquel hombre.

Esa silueta iluminada por los faros de los coches... Ambos conservaban una escena muy parecida en su memoria. La noche en la que regresaban de la asamblea de la cooperativa, los faros de su coche habían iluminado a un hombre de espaldas que andaba a paso rápido por la carretera prefectural, a la altura de la cordillera Yatsugatake. ¿No tenía la misma curvatura en la espalda que el señor Asai?

—No me digas que el señor Asai...

Durante el viaje de regreso en tren a Fujimi, Kido y Haruta hablaron de lo que habían visto sin apenas dar crédito.

El rumor pronto empezó a circular y llegó a oídos de la policía de Fujimi, que se desplazó a Tokio para interrogar a Tsuneo Asai acerca de su paradero la noche del 25 de octubre del año anterior, el último sábado del mes. Si bien era cierto que en el frasquito de aceite para el pelo no había huellas dactilares y no tenían ninguna otra prueba material, muchos casos solían resolverse investigando la coartada del sospechoso. Lo sabían por experiencia.

«El castigo entra en el corazón del hombre desde el momento en que comete el crimen.»

HESÍODO

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Un lugar desconocido*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



## Nota biográfica

Seicho Matsumoto (1909-1992) fue un prolífico escritor japonés. Comenzó a publicar cuando ya tenía más de cuarenta años, pero su carrera literaria no despegó hasta su segundo libro, cuando recibió el premio Akutagawa por *Historia del diario de Kokura* (*Aru Kokuranikki den*, 1952). Matsumoto recibió alguno de los más prestigiosos premios literarios de su país y está considerado uno de los principales escritores japoneses de novela negra. Entre sus libros destacan *La voz* (Koe, 1955), *El expreso de Tokio* (*Ten tosen*, 1958; Libros del Asteroide, 2014), *El inspector Imanishi investiga* (*Suna no utsuwa*, 1961), *La chica de Kyushu* (*Kiri no hata*, 1961; Libros del Asteroide, 2017) y *Un lugar desconocido* (*Kikanakatta Basho*, 1975; Libros del Asteroide, 2021).

# Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de Un lugar desconocido, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[El expreso de Tokio](#), Seicho Matsumoto

[La chica de Kyushu](#), Seicho Matsumoto

[No cerramos en agosto](#), Eduard Palomares

cover